



CARTA AL SEÑOR MINISTRO DE FOMENTO

Dicen los periódicos que S. E., por no ser menos que todos sus predecesores, va á reformar en todos sus grados la enseñanza, no precisamente como el Sr. Linares Rivas por motivos de economía, sino por imponer en ella su característico sello científico. Estas noticias han impresionado mi atención y vencido mi pereza, incitándome á escribir estas cuartillas.

Vengo hace tiempo actuando bajo diferentes conceptos en puestos, desde donde se ve con claridad el desenvolvimiento de la actual legislación escolástica, y desgraciadamente descubro que cada día es más triste y oscuro el camino que se recorre. Subyugado el genio nacional á lo que se piensa en Francia, tenemos aquí la desgracia de escoger lo peor, sin reparar en que nuestro derrotero es funesto, en tanto grado, cuanto que dentro de veinte años, fuera de algún genio, que siempre los hay, la mayoría de los hombres de este país estará en la ignorancia. No se asuste V. E., Sr. Ministro; en la ignorancia. Ésta es una de las afirmaciones atrevidas que quiero presentar ante la consideración de V. E. Hemos llegado á creer que es verdad, que es una realidad lo que, amoldados á la fraseología francesa, decimos; y sostenemos, entre otras cosas, que á la sombra de la educación moderna todos somos maravillas. Así cuando, por galantería y calificando á cualquier individuo, decimos: el ilustre hombre público, el insigne ora-

dor, el profundo pensador, el distinguido jurista, el eximio poeta, el escritor fecundo; la bella, la elegante, la simpática, la virtuosa señora, creamos eminencias que aturden. De este modo ha nacido tanto sabio que, hinchado y grave, calificará estos renglones durísimamente. Aquí, según ellos, estamos á no hay más que pedir: todos somos eminencias, y sin embargo, apenas hay quien resista á un mediano examen; lo cual procede de nuestro malhadado sistema de enseñanza. Comienza á notarse el defecto en la primaria, en la cual se ha creído que se hacían sabios, fatigando la inteligencia en penoso aprendizaje sobre múltiples materias. Un niño, que hace cuarenta años limitaba este período de la enseñanza á leer, escribir y sumar, lo cual *aprendía perfectamente*, y esto bajo la dirección de un maestro sin subvención alguna de fondos públicos, hoy, aleccionado por un sabio profesor normalista, pagado con tres mil pesetas, casa y retribución, y aprendiendo de memoria ó leyendo en ocho ó diez libros, cuando termina la primera enseñanza, no sabe ni leer, ni escribir, ni matemáticas, ni agricultura, ni tanta cosa como ha leído sin fruto en el espacio de seis ú ocho años.

En cuanto á la segunda enseñanza, el problema es mucho más complejo: todos los que desde 1845 (plan de Pidal) hasta hoy han sido reformistas, lo han hecho peor. La idea en todos ellos ha sido que los niños sepan mucho y de muchas cosas; bajo cuya ofuscación no han tenido para nada en cuenta ni la edad, ni el método, ni el libro, cosas necesarias para alcanzar el bien deseado. Ni aun la ley Moyano, que ha resistido los embates de tanto reformador, está exenta del mal que lamentamos. Por eso, al terminar el bachillerato, tenemos una cohorte de jóvenes que ya ha oído hablar de todo, pero que nada sabe. En cambio se le han inculcado ideas peregrinas: «el latín, se les ha dicho, y las lenguas sabias, deben estar reservadas para los estudios superiores: de nada sirven para la enseñanza: la historia de la ciencia sólo se necesita para evocar el pasado, que es el período de la ignorancia: el último libro que se publica es el representante de la verdad.» Así se forman jóvenes presuntuosos y descreídos, como deben de ser los ignorantes.

Ni en la primera ni en la segunda enseñanza llega hoy el alumno á conocer medianamente su propio idioma: del latín y del griego huye, por el tedio que le causa lo difícil y lo considerado inútil; del francés se contenta con saber lo que pide el programa; la retórica es un adorno impertinente; la historia antigua y de la Edad Media son cuentos sin utilidad; la moderna puede servir de algo, sobre todo la contemporánea; las matemáticas importan sólo á los que van á ser ingenieros; la psicología es insorportable; la física, la química y la historia natural se aprenderán en el preparatorio de las facultades de medicina y farmacia; la agricultura es una tontería. Así han pasado en la vida de este joven cinco años, al cabo de los cuales recibe un título académico.

Ahora bien, Sr. Ministro: yo juro ante Dios que él, aun habiendo sido el más aprovechado de su clase, seis meses después, cuando se hayan ido de la memoria aquellas ideas, cogidas fugazmente, es completamente ajeno á los múltiples conocimientos que sólo ha esbozado. Y esto es preciso remediarlo: lo dicen todos los hombres doctos, lo repiten los periódicos ilustrados en artículos notables. Uno de ellos, en época no muy lejana, vió la luz en *El Imparcial* bajo la forma de carta del Emperador de Rusia al Ministro de Fomento, en el cual se trataba magistralmente esta materia. La REVISTA CONTEMPORÁNEA acaba de publicar otros, y su lectura me ha hecho creer que es un deber de conciencia escribir estos renglonejos, que nadie apreciará, que nuestros sabios calificarán de anticuados, pero que si V. E. los lee, que lo dudo, quizás podrían servir de algo. Antes de formular mi pensamiento, protestaré de la calificación de retrógrado, que quieran atribuirme: yo creo en el incesante progreso de la humanidad, pero siento á la vez que la historia es el espejo del pasado para enseñanza del porvenir; y que en el transcurso de los siglos, nada ha sucedido sin razón, ni debe ser indiferente á las generaciones presentes: que la ciencia es una y que del conocimiento en el enlace de todas sus ramas ha de nacer la verdad. El desprecio al pasado es, por tanto, una señal de decaimiento y de barbarie, contra la cual es preciso rebelarse.

Aceptamos el progreso bajo todas sus formas, pero debemos ir á él en el tiempo, en la edad y bajo el método que cada clase de estudios exige, para que el trabajo no sea infructífero, tal vez dañoso á la sociedad y á la salud del niño.

¿Qué hacer, pues? dirá V. E. Permítame V. E., benévolo, que, aunque en abreviada síntesis, exponga el pensamiento que tengo respecto de lo que es preciso hacer en la organización de la primera y de la segunda enseñanza. No crea V. E., Sr. Ministro, que voy á andar con disfraces: entiendo que es preciso tener valor para llamar las cosas por su nombre, ó, en otro caso, estarse callado, y que sea lo que Dios quiera; y esto no es digno del que ha pasado toda su vida en la enseñanza: haré mis anotaciones por separado en una y otra; pero antes quiero sentar una regla, común á ambas.

La primera necesidad de los estudios en España es tener libros adecuados. Entre nosotros hay un error crasísimo: se cree que es el mejor el de muchas páginas, lo cual es contrario á la verdad. Oí decir al sabio Sr. D. Alberto Lista, que escribir uno para la enseñanza de los niños era el trabajo más difícil que había que hacer. Los libros para la infancia, decía, han de contener todo lo pertinente á la materia de que se ocupan en poquísimas páginas, y esto sólo puede realizarse por hombres eminentes. Se necesita, pues, que los Gobiernos abran concursos respecto de todas las materias de la primera y de la segunda enseñanza, ofreciendo grandes premios que exciten el honor y la avaricia, con lo cual se podría desterrar tanto librito insulso y perjudicial como hoy se hace comprar á los padres de familia en precios fabulosos. Así, provistos de buenos libros, y atemperándose al tiempo y á la edad de los niños, bajo un método en relación con la clase de conocimientos, podrá irse á la regeneración, en sus más importantes grados, de esta desgraciada instrucción elemental, madre hoy ó madrastra de tanto tonto, ignorante con ribetes de sabio, como hoy pasea por los claustros de nuestros establecimientos.

I

Esto sentado, vamos á ocuparnos de la PRIMERA ENSEÑANZA, respecto de la cual es preciso destruir todo el edificio levantado por la ley Moyano, contra la que, quizás en este solo punto, se ha levantado la experiencia. Sírvase V. E. leer con benevolencia las siguientes, en opinión de algunos, escandalosas proposiciones:

Al magisterio se llegará, en tesis general, mediante estudio privado, no por excepción, como hoy sucede.

La enseñanza de la instrucción primaria será libre, lo cual hace necesario el descrédito en que ha caído la oficial.

La primera proposición entraña la supresión de las escuelas normales; la segunda, la de los maestros dotados por los municipios. ¿Y por qué? Porque las presentes escuelas han creado quizás sabios, pero no maestros para niños, y porque los actuales, lejos de ser atractivos, son repulsivos á ellos y no dan el fruto que les corresponde.

¡Qué dos proposiciones tan atrevidas! Pues ruego á V. E. que no se asuste y medite sobre mi razonamiento. Entra en una escuela normal un hombre ó una mujer sin más antecedentes literarios que los de la escuela, y en tres ó cuatro años ha de aprender un número casi indeterminable de asignaturas importantes. Olvidado de su providencial misión, se envanece al verse adornado de tanto saber: se cree rebajado cuando escribe una plana, cuando lee, cuando trata de enseñar á practicar las reglas de la gramática; se fija sólo en la filosofía de las lenguas, en la resolución de los abstrusos problemas algebraicos, en los encantos de la poesía, en la determinación de las graves y trascendentales cuestiones pedagógicas; y esto, que es bueno sepa el maestro, no debe ser materia de la enseñanza del niño. El normalista se engríe en lo subjetivo, y á la plancha de cera, como diría Condillac, no es aplicable sino lo objetivo: levantado en alas de un deseo superior, desdeña y olvida, si supo, la escritura y la práctica de esa pesada rutina de enseñar á hablar. Pruébese esto, más que en otras

partes, en Andalucía, en donde por el vulgo, en general, se sincopan muchas palabras y se truecan las letras; allí se ve que los maestros se ocupan poco en corregir estos defectos, los cuales, si no desaparecer, podrían atenuarse con algún cuidado. El profesor, así educado y así envanecido, aspira á una posición oficial desahogada, y obtiene plaza en un municipio en donde, asegurado su sueldo, se olvida pronto de la enseñanza. Se dedica á la caza ú otros entretenimientos en los pueblos rurales, á crear colegios de segunda enseñanza, á la política, á escribir periódicos ó comedias en las capitales, olvidándose de la clase, adonde, sin su cuidado, acude cada día menor número de alumnos: éstos, por otra parte, obligados á fatigar la memoria estudiando múltiples trozos en libros de variadas é inconexas materias, que, después de repasar una y otra y otra vez, jamás aprenden, no son llevados á la escritura y la lectura, que el profesor cree poco importantes. Tiene excepciones esta conducta, y precisamente ellas justifican más la verdad de lo que voy exponiendo. Así, pues, el profesor de instrucción primaria necesita saber menos y enseñar más, y como estímulo para el trabajo, no un sueldo que no puede perder, sino la compensación relacionada con su laboriosidad, con el trabajo que por su propio interés emplee.

Pueden, pues, hacerse buenos profesores conservando una sola escuela normal en la capital del Estado, cuando más otras dos en todo el país, á las cuales acudirán los aspirantes al magisterio. Deben simplificarse los estudios para que no tengamos aspirantes á cultivar todas las ciencias, en vez de maestros; deben saber música, que ha de ser motivo de especial atención para los niños en la escuela; es preciso que aprendan el método práctico de enseñar con pocos libros, procurando que la explicación se reduzca á hacer conocer objetos, con lo cual se hará fácil el aprendizaje á las nacientes inteligencias. Por lo demás, al profesorado podrá llegarse por enseñanza libre, y libre ha de ser su ejercicio, sin subvención directa del municipio, ni de la provincia. En cambio, el profesor alcanzará premio correspondiente á su laboriosidad; tendrá derecho á una casa, labrada higiénicamente para él y para la escuela, y á una compensación proporcional al número de alumnos que cada

seis meses presente á examen ante un tribunal de jueces, bien retribuidos, que califique su trabajo. El maestro, á quien hoy es indiferente que vayan, ó no, los niños á su clase, los catequizará después y formará una clase numerosa, con lo cual disminuirá ese 60 por 100 de españoles que no saben leer. Este grave mal de nuestro país necesita ser estudiado con relación á las costumbres y necesidades de las clases pobres. Aquí se dice que una familia de éstas es tanto más rica cuanto más hijos tiene, y es verdad: desde que pueden ir á todas partes solos, esto es, á los cuatro ó cinco años, les dan ocupación en que ganan algo, cuando no otra cosa, pidiendo limosna. Los padres no piensan en la escuela, si no en obtener utilidad. Por eso es menester que el maestro traiga los niños á su clase á horas compatibles con el trabajo. Si se facilita de este modo la concurrencia al aula, si se hace menos pesado el aprendizaje y se estimula con una materia tan grata y civilizadora como la música, las clases estarán llenas y los maestros podrán alcanzar grandes premios semestrales. No serán, como hoy, empleados del municipio, sino industriales que vivirán bien, si trabajan, y si no, tendrán que abandonar el puesto. Esto se refiere especialmente al maestro que forzosamente debe de haber en los pueblos rurales, que por lo demás el ejercicio del magisterio debe de ser completamente libre. El Estado debe auxiliarle en la laboriosidad á que se le obliga: es preciso buscar penalidad para el padre que á determinada edad no compela á su hijo para que concurra puntualmente á la escuela.

Parece á primera vista económico este sistema, y sin embargo, no debe serlo. Se han de suprimir los sueldos de las escuelas normales y de todos los maestros asalariados por los municipios; pero se va á crear en cada provincia un tribunal de tres individuos caracterizados, y pagados bien para garantía de la justicia con que deben de obrar. Él ha de distribuir su trabajo de modo que cada seis meses haya exámenes en todas las escuelas de la provincia, y al terminar debe de expedir á favor del maestro certificado expresivo del premio merecido, y á cuya presentación, el Estado ó la Provincia ha de pagar sin dilación el importe. Éste se constituirá abonando

do una cantidad dada por cada individuo que sabe perfectamente la sección de la enseñanza primaria que ha cursado, de las cuales pondré algún ejemplo: lectura en gruesos caracteres, en pequeños, en la cursiva, en prosa, en verso; escritura en papel de las varias rayas, copiando y al dictado; conocimiento de algún instrumento de música, de las varias partes de la gramática, de la religión y moral, de la aritmética, de los instrumentos de artes y oficios y de la agricultura, de las partes del cuerpo humano y de los animales domésticos, vistos exteriormente; de la manera de observar las reglas de la educación social, todo lo cual ha de constituir la enseñanza, que se dará siempre que sea posible, no por medio de libros en lecciones de memoria, sino por demostraciones prácticas y explicaciones de objetos; mejor aún, en conversaciones familiares que después de clase deba tener el profesor con sus alumnos, sobre los cuales entonces filtra su pensamiento y hace que aprendan sin trabajo.

Este profesor, por tanto, merece extraordinaria consideración, y su premio no puede ser mezquino. Á mis ojos, el que labra los cimientos de la educación de los niños tiene casi tanta importancia como la madre que moldea su corazón. Por eso, es preciso pagar tan ímprobo trabajo; y pagarlo bien, lo cual exige gastos, quizás superiores á lo que importan los actuales sueldos. Es preciso, al establecer estos premios, tener en cuenta que el material de la nueva escuela debe ser costoso, y siendo libre, pesar sobre el maestro: instrumentos de agricultura, de artes y oficios, y de música, máquinas vulgares, muebles y todo lo que da forma á la sociedad, sin lo cual no saldremos de esta enseñanza pedantesca y rutinaria, de que nada debemos de esperar. Porque, en efecto, el niño debe aprender desde la infancia todo lo que ha de necesitar en la vida social. Esto, dado el actual sistema de enseñanza, exigiría una biblioteca y veinte años de estudio; mas, por un método práctico, en poco tiempo se llegará al fin, sin fatigar la imaginación. Nada de discursos pedantescos y mortificantes; nada de libros de memoria: se debe aprender, como he dicho, por una sencilla demostración de los objetos que se tengan á la vista, y en conversación familiar profesores y alumnos. Y

estos trabajos han de ser interrumpidos cada dos ó tres horas por una de recreación en jardines ó patios, ampliamente ventilados, ó por una ó dos comiditas, que ha de concedérseles por lo menos, mientras dura la primera infancia. En la segunda, podrá ya aplicárseles á la lectura con corrección, á la escritura, al estudio de la gramática castellana y de la aritmética en sus más simples rudimentos, procurando siempre que adquieran estos conocimientos por medio de ejemplos sencillos ó por demostraciones prácticas. Bajo de estas bases, es evidente que, sin esfuerzos de inteligencia, y en armonía con el desarrollo físico, estos niños sabrán á los diez ó á los once años leer correctamente, dibujar letras ó escribir, conforme á reglas gramaticales, hacer operaciones aritméticas sencillas, el manejo de un instrumento de música, elegido con vista de su organismo. Más allá, no debe irse en la educación primaria.

II

La experiencia ha demostrado palmariamente que es preciso un radical arreglo en el modo de hacerse la SEGUNDA ENSEÑANZA. Es de todo punto ilusorio el empeño de que los jóvenes aprendan ciertas materias en clases numerosas, en lecciones de hora y media y con explicaciones retóricas: muchas de ellas exigen una repetición incesante, que no es posible alcanzar en las pobladas clases de los Institutos. Por eso, es indispensable acordarse de los antiguos y renombrados *dómines*, si bien sea preciso moldearlos á la moderna; esto es, hacer profesores especiales, libres, como los que en el plan Pidal se llamaron *regentes de segunda clase*. Ellos así estarán con sus alumnos en comunicación permanente, cinco ó seis horas entre mañana y tarde, único sistema para aprender idiomas. Basado mi juicio en estos principios, paréceme que la segunda enseñanza debe dividirse en dos períodos: uno de estudios hechos libremente, otro de los que exigen la asistencia á las aulas del Instituto, en donde ha de haber el material científico necesario para aprender con poco trabajo. Las lenguas, la retórica y la geografía forman el primero; el segundo,

abrazará los demás conocimientos que debe de adquirir el que, antes de comenzar una carrera, ha de tener una noción general del saber.

No creo necesario emplear un largo razonamiento para justificar la necesidad del estudio de las lenguas sabias; porque en la conciencia de todos está que es menester rectificar el juicio inexacto, formado en los tiempos modernos, de que debía de ser proscrito de nuestros planes de enseñanza secundaria. Este error, que venimos alimentando hace cuarenta años, está en oposición con lo que hacen Inglaterra, Italia y Alemania, en donde se da á estos conocimientos preferente atención; y está, por otra parte, en contradicción con la actual forma científica, que va á buscar en los mismos idiomas el nombre de todos los hechos ú objetos que aportan los nuevos progresos, aun en las artes y oficios. De modo que ¡cosa extraña! los que lo proscriben de la enseñanza, lo traen á la técnica de la ciencia y de las artes. Indiscutiblemente, pues, es una necesidad grande dar á este estudio la importancia que demanda la cultura general del espíritu. Y para hacerlo con provecho, lo mismo que el de las lenguas vivas, es preciso en la juventud una constante práctica del alumno con el profesor, que debe de conocerlas perfectamente. Tratándose de idiomas, es perder lastimosamente el tiempo hacer que un profesor, aun sapientísimo, haga sólo una explicación diaria, principalmente á jóvenes sin completa madurez de juicio: es preciso para estos estudios su método especial, sin lo cual nada adelantarán en las clases públicas, demandando en cambio el estudio privado.

En el segundo período deben enseñarse tan sólo las materias que basten para la cultura general, para iniciarse en los conocimientos que la sociedad en general exige; no más. Su amplificación deberá hacerse concretamente á un ramo dado del saber en las facultades ó carreras especiales. Por eso, no debe de ser en este período grande el número de las asignaturas, limitándolas á las que sintetizan los ulteriores conocimientos. Y esto debe de hacerse en el lenguaje más llano que se pueda, y demostrando siempre, ó con ejemplos, ó por medio de experiencias y de la exhibición de objetos, lo que se

explique, para facilitar el aprendizaje; los discursos elocuentes, muy importantes en el foro y en el parlamento, deben de estar proscritos generalmente de las aulas, sobre todo de los Institutos. Lo que en ellas hace principalmente falta es una explicación sencilla, limitada á la ampliación de buenos libros, escritos especialmente por sabios, que en reducido espacio contengan con suma claridad todo lo que pertenece á la asignatura: no hay que pretender ridículamente, como hoy creen muchos, que en la segunda enseñanza debe de aprenderse todo, aun lo que es propio de la superior. Por eso insisto ahora en lo que respecto de libros dije al principio de esta carta.

No debe permitirse que los padres, por una mal entendida vanidad en la apreciación de las facultades intelectuales de sus hijos, anticipen, en daño de ellos mismos, el tiempo de los estudios; ni que pueda el favor halagarla, haciendo benévola la calificación en los exámenes, que siempre deben ser ajustados, no á la severidad, sino á la justicia. No se podrá ingresar en el período primero sin probar suficientemente que se conoce bajo todas sus fases el idioma patrio; ni pasar al segundo sin acreditar perfecta suficiencia en todas las materias del primero, cuyo examen se hará individualmente, pero simultáneo en una de las épocas reglamentarias. Y por cuanto la exposición de este pensamiento será más fácil de realizar dándole forma concreta, y sin duda más provechosa que una extensa disertación, lo resumiré en un cuadro, de tal modo que pueda ser corregido sin desnaturalizar la idea primitiva, que considero, quizás sin razón, de aceptación necesaria. El orden de colocación de las materias es el que me ha parecido más propio para facilitar el aprendizaje; y sin embargo, este orden puede modificarse á voluntad de los padres en el primer período, supuesto que el examen ha de ser cuando todas estén ya aprendidas.

Antes de inscribirse un alumno en la segunda enseñanza deberá acreditar que tiene once años y sufrir examen de instrucción primaria en todos sus grados, razonando en la práctica, á que se le someta, los trabajos de lectura, escritura, análisis castellano; además de las nociones de religión y arit-

mética que á este período corresponden. Una vez aprobado, se le dará ingreso en los estudios de segunda enseñanza, la cual se dividirá en dos períodos: Primero, libre; segundo, oficial.

PRIMER PERÍODO, LIBRE

Latín..	} Gramática, lectura, análisis,	} El examen de todas será simultáneo, individual y en un mismo período. Aprobadas todas, pasa al segundo período.
Griego.		
Francés.....	} Leer, analizar, tra-	
Alemán ó inglés.		
Geografía universal y particular de España.....	} Aprobadas todas, pasa al segundo período.	
Retórica y poética latina y castellana, comparadas.....		

Este período ha de durar lo menos cuatro años.

SEGUNDO PERÍODO, OFICIAL

Historia general, sagrada y profana.....	} Primer curso.
Lógica, psicología y ética.....	
Aritmética y álgebra y nociones de geometría y trigonometría.....	
Historia de España.....	} Segundo curso.
Agricultura, lección alterna.....	
Nociones de historia natural.....	
Física y química.....	

Probados estos estudios, se podrá aspirar al grado de bachiller en artes, cuyos ejercicios serán tres:

- 1.º Examen de lenguas.
- 2.º Ídem de las asignaturas de letras.
- 3.º Ídem íd. de ciencias.

Bajo este régimen puede hacerse el estudio perfectamente, sin sobrecargar al niño de trabajo, ni aumentar el número de años.

Si se quiere premiar la aplicación y el talento, puede concederse pase á la segunda enseñanza al que á los diez años obtenga nota de sobresaliente y al que la merezca igualmente á los tres de haberse inscrito en el primer período. Éstos po-

drán terminar sus estudios á los quince años, mientras que para los demás será el fin á los diez y siete, los cuales, sumados al preparatorio y á los seis de enseñanza superior, darán un total de veintidós y veinticuatro para los sobresalientes y para los demás.

Los profesores que han de examinar de las asignaturas del primer período serán los mismos del Instituto, en donde darán sus explicaciones todo el curso á los que quieran concurrir, sin necesidad de estar matriculados. Y por cuanto tengo fe en el saber de V. E., dejo por exponer detalles que, aun sin necesidad de mis anteriores reflexiones, han de estar en su clara inteligencia.

J. M. I.

Agosto de 1893.





EL MOBILIARIO MODERNO Y LOS SALONES

I

Tipos de muebles antiguos.—Descripción hecha por la Condesa D'Aulnoy.

Como la parte principal de este libro se dedica á la enseñanza é industrias artísticas, sólo hemos de detenernos en lo que atañe al decorado de la habitación, para presentar una especie de museo de los objetos que la embellecen, y aun esto, limitado á los que se fabrican actualmente, recomendando á las personas que quieran conocer los muebles de los siglos pasados, entre las obras españolas, la del Sr. Miquel y Badía, que contiene bonitos grabados de arcas de novias; sala española de 1500, silla tapizada con cuero de Córdoba, arquilla tallada de nogal, vargueña de la misma madera con herrajes dorados sobre terciopelo carmesí que, abriéndola, se convierte en escritorio; bufetillos de taracea ó de laca, sillones del palacio real de Madrid, de los reinados de Carlos III y Carlos IV, cornucopias y espejos.

No obstante hemos de quebrantar por breves momentos nuestro propósito de evitar las digresiones retrospectivas, para insertar algunos párrafos de la curiosa relación de un viaje á España en el año 1679, escrita por la señora Condesa

D'Aulnoy, que acaba de traducirse al español, en la que, describiendo los palacios de la grandeza madrileña, se expresa en los siguientes términos: «Los muebles que aquí he visto son muy lujosos, pero no están tan bien labrados como los franceses; abundan los brillantes tapices, las ricas sillerías, las artísticas pinturas, los grandes espejos y vajillas de plata. Los virreyes de Nápoles, Sicilia y de las Indias y los gobernadores de los Países Bajos han inundado la villa y corte con primorosos objetos de arte, piedras preciosas y finos metales, regresando á España, con frecuencia, cargados de riquezas.

»Los muebles de las habitaciones se cambian dos ó tres veces al año; las camas de invierno están forradas de terciopelo guarnecido de oro, pero son tan bajas, y en cambio las colgaduras tan amplias, que el que se acuesta se queda como enterrado en ellas, y en verano se retiran por completo ó se sustituyen por mosquiteros. Las casas tienen 12 ó 15 salas y dormitorios en su planta baja; los techos no están pintados ni dorados y son de yeso, lisos y tan blancos que ofenden la vista, porque los blanquean todos los años, así como las paredes, que en su parte baja se cubren con esterillas lo mismo que el suelo. Cuélganse en la parte superior cuadros y espejos; los almohadones de brocados se colocan sobre la estera, lo mismo que algunas mesitas y escaparates muy hermosos, entre tiestos de plata donde arraigan naranjos y jazmines. Durante el día, las cortinas que cubren las ventanas preservan de los rayos del sol, y al anochecer salen las gentes á pasearse por los jardines, que son magníficos en algunas casas, dotados de agua en abundancia y adornados con multitud de grutas y fuentes, siendo numerosos los que reúnen mil atractivos.

»Pocos alcanzan á tener en Francia un mobiliario tan espléndido como usan aquí las personas de posición elevada. Es necesario verlo para juzgar de una diferencia tan grande; nunca se hace uso de vajillas estañadas, y sólo las de plata y de porcelana se sirven en las mesas, debiendo tener presente que un plato de aquí no es menos pesado que una fuente en Francia, porque se requiere gran solidez como condición esencial de tales objetos.

«El duque de Alburquerque empleó mes y medio para pesar su vajilla de oro y plata al inventariarla, y se compone, entre otras cosas, de 1.400 docenas de platos, 50 docenas de fuentes y 700 bandejas; el resto del servicio estaba en la misma proporción y constaba además de 40 escalones de plata para llegar á lo más alto del aparador. El duque de Alba, sin considerarse rico en vajilla de oro y plata, poseía 600 docenas de platos y 800 fuentes.»

Al lado de esta pintura, de la magnificencia y ostentación de los palacios de la corte, añadía la citada escritora algunas consideraciones que ya en aquella época reflejaban los defectos del carácter nacional. «Los grandes señores enriquecidos en las Indias no piensan más que en gastar alegremente en la relajación y la ociosidad los tesoros acumulados. Es digno de compasión el mal arreglo de las casas de los magnates; no se observa en ningún país la extremada liberalidad que aquí es natural y corriente, como lo es también la paciencia, digna por todos estilos de admiración, y la sobriedad de los españoles en los asedios. En cambio, observan un trato ceremonioso, desprecian los negocios que proporcionan la fortuna, no se regatean los precios ni se administra con orden; hay pocos obreros y escaso comercio en Madrid, donde apenas se ven más que personas de calidad y sus criados.»

Esta descripción y otras no menos interesantes del referido libro pintan el carácter español durante el reinado de Carlos II, y otro escritor francés tan ilustre como H. Taine se expresaba en 1869, en su *Philosophie de l'art*, en términos parecidos, diciendo: «*La vida noble*, la pereza del hombre que cifra su honor en no trabajar, que vive de expedientes y á veces ayuna, ha sido el mal de Italia y España durante los dos últimos siglos. Por el contrario, en las mismas épocas, el flamenco, el holandés, el inglés y el alemán han cifrado su gloria en proveerse de cosas útiles; la repugnancia instintiva que induce al hombre ordinario á huir del trabajo, y la vanidad pueril que impulsa á las personas ilustradas á distinguirse de los obreros, han cedido ante su buen sentido y su reflexión.»

Y como hay un fondo de verdad en ambos juicios, porque

los hidalgüelos aventureros y ociosos han sido en España una verdadera calamidad, todas las personas amantes del país están en el deber de esforzarse por su regeneración, para recuperar el largo período de postración á que nos ha conducido la idiosincrasia nacional, aunque por fortuna tiene algunas honrosas excepciones en determinadas regiones de la Península.

II

La moda en el decorado.—Aglomeración de servicios heterogéneos en las casas de otras épocas.

El adorno de la casa debe reflejar los gustos y hábitos de su dueño, de modo que hay que dejar cierta libertad al capricho y originalidad del encargado de alhajarla, sin sujetar el mobiliario á un patrón fijo ni reglas cerradas; pero no es tampoco discreto romper con el imperio de la moda, porque sus caprichos se imponen, y lo que constituye el colmo de la elegancia en determinada época, parece horrible en otros tiempos. ¿Qué señora se atrevería á vestirse ahora con los inflados miriñaques ó antiguos tontillos? Y aunque el decorado de la casa no cambia con la vertiginosa rapidez de los trajes, y el eclecticismo actual se halla muy acentuado, se necesitan dotes artísticas excepcionales para emanciparse por completo de los preceptos que sugieren la observación, el estudio y el buen gusto, lanzándose por el derrotero de las extravagancias.

Nuestras indicaciones no se encaminan al ornato de los palacios (1), porque los pocos afortunados mortales que pueden permitirse su construcción están en el deber de viajar mucho, y frecuentando el trato de la alta sociedad de las capitales más cultas, pueden estudiar sobre el terreno todos los refinamientos del *confort*, de la suprema distinción y del buen tono, limitándose nuestra aspiración á tratar del decorado de los pa-

(1) En la *France Juive*, de Drumont, que ha levantado tanta polvareda, se describen las magnificencias del palacio de Rothschild.

lacitos ó pequeños *hoteles* y de las habitaciones algo lujosas de las casas de vecindad, en donde se instalan las familias que, sin llegar á la opulencia, disfrutan de cierta holgura y bienestar.

La casa, ya sea aislada ó de pisos, consta de piezas de acceso, salones de recepción, dormitorios, cuartos para los usos de la familia y piezas destinadas á servicios domésticos. El vestíbulo lo consideraban antiguamente como formando parte integrante de la calle, mientras ahora se aísla cuidadosamente de la misma para abrigar el edificio y darle mayor independencia.

Los salones destinados á recibir á los amigos y conocidos de la familia constituyen una institución moderna. Los emperadores romanos tenían en sus palacios muchísimos aposentos, pero carecían de salón; lo propio sucedía en la Edad Media, en la que, según los diseños y descripciones de Viollet-le-Duc, agrupaban en una misma estancia de la morada señorial las heterogéneas funciones de sala, comedor y dormitorio, dándose de Francisco I de Francia, ó sea de la época del Renacimiento, la costumbre de introducir á las damas en la corte, hecho que dió nacimiento al espíritu de sociabilidad, pero la distribución de la casa en aposentos con destino determinado es posterior, porque cuando Luis XIV no tenía un salón especial para comedor, es más que probable que tampoco lo tuvieran sus súbditos, siendo muy común en el siglo XVII que los padres ocupasen el mismo dormitorio que los hijos y los criados, mientras ahora, toda familia acomodada tiene un salón y gabinete para recibir las visitas, otro para estancia de la familia, comedor y, á ser posible, antecomedor, despacho, dormitorios y cuartos accesorios. Por cierto que este patrón para la distribución de las viviendas se extiende aún á las habitaciones modestas y de cortos alquileres, siendo en España muy frecuente que se ocupen unos dormitorios lóbregos y poco ventilados, para reservar los tres huecos de la calle á la sala y gabinete destinados á un público que no existe, dada la escasez de relaciones de los inquilinos, siendo en tales casos mucho más acertado que la flamante sala se destine á dormitorio principal de la familia, reservando el gabinete para

cuarto de estancia y para las visitas, con la economía consiguiente en los gastos de instalación que origina una vanidad pueril, basada en el espíritu de imitación.

Hasta estos últimos años ha prevalecido la costumbre de sujetar á un estilo determinado el mobiliario de cada pieza, de manera que se adoptaba, por ejemplo, la suntuosidad del género Luis XIV para el salón, la elegancia de Enrique II para el comedor, la gracia de Luis XVI para el gabinete y la coquetería de Luis XV para el tocador; pero el gusto moderno ha empezado ya á manifestarse contra ese abigarramiento de estilos distintos, decorándose en París algunos *hotels* de nueva construcción buscando la armonía de la arquitectura externa con el decorado interior y el carácter de los muebles principales de todas las dependencias de la casa, observación digna quizá de estudio, antes de decidirse en las nuevas instalaciones, pero que no influirá seguramente para que las familias destruyan la decoración mural y se desprendan de su ajuar por los frívolos caprichos de la veleidosa moda, no siendo tampoco probable que adquiriera mucho favor ese austero puritanismo, llamado á coartar con exceso los vuelos de las iniciativas fecundas de la fantasía. Pero esta libertad debe usarse con parsimonia, y entre límites que abarquen estilos que guarden entre sí alguna semejanza, sin que bajo ningún concepto se llegue á aberraciones, como la que refiere el ilustre arquitecto César Daly, de un colega diocesano á quien el obispo le imponía la condición de que adoptase el estilo ojival para su palacio, y de que el salón fuese de la época de Luis XIV; si bien podríamos citar varias impropiedades de este género, que no han quedado en proyecto, sino que se han llevado á la práctica en tierra española.

Suponemos terminado el ornamento fijo de un edificio, y al introducir á los tapiceros y mueblistas para alhajarlo, hay que armonizar los tonos generales, de modo que obedezcan á un mismo pensamiento y el decorado mural y el portátil, dejando al mobiliario menudo y al accesorio, compuesto de jardineras, bronce, cerámica, pantallas, biombos, sillas de fantasía, caballetes, cuadros, plantas y flores, la misión de que con sus vivos colores y caprichosas formas rompa la monotonía del

fondo por la exuberante riqueza de matices de tan variados objetos de arte, aunque es preciso advertir que empieza también á observarse en las instalaciones muy lujosas una reacción á favor de la sobriedad de muebles y accesorios, en vez de la aglomeración que está todavía tan en boga.

III

Vestíbulo.—Escalera.—El *hotel* de Zola.

Pero empecemos por el vestíbulo que forma, el ingreso de la casa. Si el edificio es importante y tiene entrada de carruaje, aquél será distinto de la antesala y llevará una decoración mural, bien sea de piedra ó mármol, con adornos de azulejos, bronces ó de imitaciones hechas con pinturas. En donde se confunden ambas piezas hay que distinguir si hay ó no alguna salita de espera, lo cual es conveniente, para no verse precisados á pasar á los salones al enjambre de desconocidos, pretendientes é importunos que se introducen en las casas. Dicho aposento puede ser reducido y debe decorarse con sencillez, por ejemplo, con muebles de madera forrados de cuero, sólido arrimadillo, una mesa con tapete, y sobre ella algunos periódicos ó revistas; buenos grabados en las paredes; el pavimento de madera ó forrado de hule para que no manchen la alfombra, cortinas de lana de doble cara, y convendrá tenga luz suficiente para distinguir las personas; pero si no existe este aposento, debe procurarse que el despacho se halle en la planta baja y que los criados sepan conocer la calidad de los que deben detener en la entrada, pasar á aquella pieza ó al gabinete.

El vestíbulo es el prelude que indica por ciertos rasgos el carácter y gustos de los dueños, del mismo modo que una sinfonía comprende los motivos principales de la ópera; pero conviene que no sea demasiado lujoso ni brillante, sino más bien un prólogo de tonos sobrios, puesto que la antesala es tan sólo un sitio de paso, y las galas han de reservarse para los salones destinados á lo más selecto entre las personas que visiten la casa. Debe estar despejado para facilitar el trán-

sito, con pavimento de mármol ó de elegantes mosaicos, las paredes cubiertas de frisos de madera y recubiertas con imitaciones de cuero, de mármoles ó pintadas con sobriedad, las puertas rodeadas de sólidos cercos y copetes que podrán ser de madera ó de yeso y el techo decorado en armonía con el carácter de la pieza. El mobiliario suele constar de banquetas ó rígidas sillas de madera tallada, á juego con el amplio colgador y paragüero; el espejo formando parte del mismo, ó mejor si es independiente y bastante capaz para que las damas puedan arreglarse el tocado antes de entrar en el salón. Si hay panoplias con bruñidas corazas y armas blancas antiguas, es preciso que sean romas, y conviene colocarlas bastante altas para evitar sirvan de tentación á algún espíritu belicoso, debiendo suprimirse los atributos de caza por los picarescos chistes á que se prestan. El escudo de armas de gran tamaño, si la familia tiene pretensiones nobiliarias, los jarrones de barro cocido, con plantas exóticas, los aparatos de gas ó luz eléctrica, ya sean estatuas de bronce, caprichosos animales, elegantes lámparas ó artísticos brazos; una estufa de cerámica si no hubiese caloríferos en la casa; un arca antigua de buena talla ó de lo contrario la robusta mesa que sostenga la bandeja repujada para recibir las tarjetas; los cortinajes sencillos y sin lambrequinos, las canastillas de flores y la tira de alfombra desde la entrada hasta la escalera, completarán el efecto del conjunto, si todo está distribuído y arreglado por una mano inteligente. En caso de que el vestíbulo sea reducido, es claro que habrá que suprimir lo más superfluo de cuanto antecede.

Las escaleras tienen gran importancia en el edificio y requieren cierta solemnidad, cuando las salas de recepción están situadas en el piso principal; pero nosotros nos referimos á casas más modestas que carecen de escalera de honor, por tener aquellos aposentos en la planta baja; aun entonces conviene que la destinada á los señores sea independiente de la del servicio, cuando menos hasta el piso primero, y si se decora convenientemente, contribuirá á embellecer la casa. Debe procurarse resulte suficientemente clara, suave y cómoda, y, á nuestro juicio, es menester rechazar en absoluto, en una

buena instalación, las de caracol y las de forma elipsoidal ó de zanca curvilínea, que son siempre peligrosas é incómodas, optando exclusivamente por las de tramos rectos, y para llenar aquellos requisitos, hace falta que el número de peldaños entre cada dos descansos no exceda de 17, ni las alturas de igual número de centímetros, bajando si es posible hasta 15, y que las huellas se hallen comprendidas entre 0,29 y 0,35 metros, condiciones que desgraciadamente se olvidan aun en algunos edificios públicos, por el afán de escatimar el terreno en la caja de la escalera, con las consiguientes molestias para el tránsito cuando queda demasiado empinada.

Los peldaños pueden ser de madera ó de chapa de mármol, con el friso de la misma clase de material, para evitar la impropiedad bastante generalizada de poner papeles ó pinturas de imitación de mármol ó de piedra sillar encima del zócalo de madera; los techos de las rampas hay que aligerarlos en lo posible, con tonos claros, evitando los pesados casetones; y los cristales de muselina, grabados ó de vidrios de colores, de las ventanas; el decorado de la cúpula; las telas; el empapelado, estuco ó pintura de los muros, según la riqueza que se quiera desplegar; los pasamanos de terciopelo, metal ó de madera aplicados á los mismos; las balaustradas lujosas de bronce ó metal delta; las más económicas de madera, acero ó hierro forjado, ya sean lisas estas últimas ó con adornos de cobre, bronce, níquel ó de diversas oxidaciones; los cuadros, los jarrones sobre columnas y los espejos colocados en los descansos intermedios; el mobiliario más completo de las antecámaras de los pisos; la obligada alfombra sujeta con varillas de latón, y los artísticos aparatos de luz eléctrica ó de gas, contribuirán al ornato de la escalera, cuyos detalles deberán atemperarse á los rasgos característicos que marquen el estilo del edificio, y si se ha tratado con gusto el decorado en las tintas generales y accesorios, podrá resultar bonita, sin pretensiones de grandiosa ni monumental, que deben reservarse para los palacios, como la célebre del barón de Hirsch en París, y las de otras mansiones opulentas.

Mas ya se comprende que estos tipos de entrada y de subida á las habitaciones los han de encontrar excesivamente

pobres y sobrios las personas dotadas de un sentimiento artístico exaltado, que en su ardiente fantasía no admiten más reglas que las dictadas por la propia inspiración, y en prueba de ello, basta pasar la vista por la siguiente descripción del *hotel* que habita en París el eminente novelista Emilio Zola, que acaba de publicar *La Revue Illustrée* (1): «Desde el vestíbulo se observa una confusión fabulosa de formas y colores con aglomeración inusitada de *bibelots*; á la izquierda se destaca un Buda hipnotizado por el ombligo, sentado en el centro del sol de oro, en su nicho de hojas de loto, sombreado por dos palmeras plantadas en jarrones de China; enfrente, una fila de sillas de coro, de roble viejo tallado, destinadas á las personas que esperan en un ángulo, iluminado por la tibia luz de los cristales de colores. Se sube por la gran escalera del *hotel*, en cuya meseta hay en el centro del muro una hermosa vidriera, á su izquierda un bajo relieve de madera pintada; media docena de personajes muy extraños; una dalmática de gran tamaño con enormes bordados en relieve de plata vieja, que se destacan sobre el fondo de perlas azules, ofreciendo el aspecto de la concha de algún monstruo apocalíptico. Á cada lado de la vidriera dos santos mitrados, completamente negros, con sus manos levantadas en actitud de echar bendiciones; en el centro se destaca una reproducción reducida, pero en mármol, de la Venus de Milo, y detras de ella un retrato del dueño de la finca hecho por Manet. Agréguese un hermoso tapiz de tonos apagados, una floresta con cuadros iluminados y esmaltados, y debajo de otra vieja dalmática de seda brochada, una antigua *madona* de madera en un nicho forrado de sederías amarillas y azules, de modo que es tal la aglomeración de objetos que no encuentra la mirada un solo rincón para reposar y fijarse.

»Esta decoración representa á lo vivo la agitación que constituye el fondo del temperamento de Zola. La reunión de tantas formas y colores tan diversamente sugestivas en esta compleja ornamentación es lo único que puede satisfacer al autor de tantas descripciones brillantes trazadas á la manera de sin-

(1) *Une heure chez E. Zola*, número 155. 1892.

fonías á toda orquesta, y al novelista que, con sus vigorosos brochazos, ha pintado los magníficos frescos de la vida moderna y cuyo sentido artístico es de tan intenso realismo y de tan potente brutalidad.» Y al interpellarle el periodista sobre todo lo que iba observando en tan fantástica morada, le contestó: «¿Qué quiere usted? Hay en mí esa flagrante contradicción; amamantado por Hugo y Musset, me he esforzado en borrar de mí mismo el romanticismo, y sin embargo, sigo siendo en el fondo un romántico empedernido y cerril. Cuando un hombre *arrive*, despliega siempre el lujo con que soñaba en su juventud.»

IV

Telas de seda, lana y de otras materias textiles.

Antes de tratar de la manera de alhajar los salones principales, diremos dos palabras acerca del arte del tapicero y decorador, que con los espléndidos recursos que le ofrecen los adelantos de la fabricación de telas, y la inventiva inagotable de caprichosas formas, ha logrado casar con incomparable gracia y profundo conocimiento de la ciencia del colorido los tejidos más ricos con los muebles primorosos y la decoración mural, creando esos elegantísimos dormitorios, tocadores y salones que se admiraban en la última Exposición universal y se contemplan en algunos palacios modernos, muy dignos de competir con las mágicas mansiones de los castillos encantados.

Las telas ocupan un lugar importantísimo en la habitación, como que visten las sillerías, las puertas, las ventanas, las mesas, los espejos, los pianos, las paredes y los suelos, evitan las corrientes de aire, abrigan la casa y moderan los efectos de luz. Suelen ser transparentes ó tupidas; entre las primeras, se emplean para cortinas de vidrieras interiores, de colgaduras y camas, la muselina, las blondas, el tul la granadina, los encajes y telas orientales, ya sean lisas ó con bordados de seda de colores. De las telas de fondo, las más estimadas son los buenos tapices de que nos hemos ocupado anteriormente

al tratar de la decoración mural: son de seda el damasco, raso, tafetán, brocado, brocatel (mezcla de seda y algodón), lustrina, *reps*, y la marcelina y *foulard* que sirven para forros. Lo que no saben la mayor parte de los españoles es que algunos de estos ricos tejidos se fabrican en España. Hay en Barcelona un industrial que surte á los tapiceros de sus excelentes productos, poniendo á las telas las iniciales y los nombres en francés, para mantener la ilusión de que las sederías proceden de Lyon, y por cierto que los muestrarios catalanes son bien lucidos, pues comprenden el raso, *satín* mate; brocado, *brocart* Luis XIII; brocatel, *brocatelle* Regencia; lustrina, *lampas* florido, brillante, oriental y Pompadour, y damascos de varias clases y precios, ya sean en seda pura ó con mezcla; pero no tratamos con esto de rebajar en lo más mínimo el grandísimo mérito de las sederías francesas, que se distinguen por su delicado gusto y gran originalidad de los diseños.

Los mejores terciopelos son los de seda lisos ó labrados, y se hacen de toda clase de matices. Las felpas de pelo de seda no deben usarse para asientos ni alfombras; han estado muy en moda para colgaduras, vitrinas y otras aplicaciones, pero van perdiendo su estimación, y en cambio ganan terreno los tejidos orientales de dibujos de seda sobre trama de algodón.

Los paños y tejidos de lana se usan para mobiliarios menos ricos que los anteriores, y mezclados con trama de algodón se fabrican bonitas imitaciones de tapicería antigua en tonos apagados, de cachemir, moqueta, persa, *reps* y telas granudas.

Los estampados de algodón producen, á precios muy económicos, preciosas cretonas, y los tejidos de yute, que se han generalizado mucho, sirven para cortinajes y cubrepuestas que resultan á precios inverosímiles por lo baratos. Hay telas muy bonitas de yute y algodón, con floreado que parece hecho á mano, que sólo cuestan á razón de 1,40 francos el metro de 1,30 metros de ancho; y sobre fondos rojo, turco ó azul persa se fabrican imitaciones de telas orientales de valor insignificante. Las que llevan sólo yute, es decir, sin mezcla de algodón, son más fuertes y resultan muy agradables á la vista, aunque algo más caras.

V

Reglas para conocer el estilo de los muebles.—Colgaduras.

No hay en el mobiliario moderno un estilo característico; así es que se echa mano para alhajar las casas de los recursos que ofrece el arte antiguo y de las creaciones de los ebanistas contemporáneos; pero hay que reconocer que la inventiva se ha desplegado con mejor éxito en los muebles accesorios que en los principales. El que da carácter á una sala es el sillón que ocupa con el sofá el lugar preferente, destinándose á las personas que por su edad ó categoría son acogidas con mayores muestras de respeto ó deferencia, mientras que las sillas, marquesas, confidentes y taburetes se ofrecen á los jóvenes y gente menos conspicua.

Para distinguir los estilos de los muebles hay que fijarse, en primer término, en el sillón de cada época que caracteriza los diversos tipos, sin perjuicio de analizar también las consolas, bufetes, camas y otros accesorios. Dicho se está que el Renacimiento consistió en la restauración de las formas clásicas, distinguiéndose los muebles de este período por su composición análoga á las fachadas externas de la arquitectura, con columnas, frisos, frontones y cariátides, y la profusión de talla; los sillones son anchos, de bajo respaldo, y de pies rectos con torneados algo panzudos, y las camas de cuatro columnas con dosel que cubre todo el lecho. El cofre de la Edad Media, cuyo uso se conservó para regalo de boda hasta el siglo pasado, se transformó durante el Renacimiento con la adición de puertas de hojas en su parte anterior, que se labraban con arte y decoraban con elegantes herrajes, para colocar estas arquillas, llamadas en España vargueños, sobre armazones de columnas salomónicas ó mesas, haciéndose también hermosos

armarios de talla, especialmente en Italia, que brilló á mayor altura que ninguna otra nación en aquel período.

Durante todo el siglo XVI se conservan con escasas alteraciones los primitivos modelos del Renacimiento, observándose en el reinado de Enrique II la misma forma de pies torneados, pero con la introducción como motivo de ornato de pequeños balaustres en los frisos de las camas, en las galerías y en las sillas. Á principios del siglo XVII siguen prevaleciendo formas parecidas, pero con Luis XIII el estilo se inspira más en la decadencia italiana y comienza á extenderse el uso de los muebles de ébano con embutidos de taracea, preparando la renovación de las artes de decorar que caracteriza á la época de Luis XIV. Distínguese ésta por el sello personal que imprime aquel Monarca tan omnipotente, con sus aficiones fastuosas, su inclinación á lo majestuoso y teatral y su influencia decisiva, lo mismo en los negocios del Estado, como en los cánones del arte, y hay que reconocer que la decoración de los salones es de una suntuosidad imponente por la profusión del dorado, desde los frisos á las ricas sederías carmesí, á los lambrequinos bordados con franjas de oro, los recuadros y adornos de la pintura mural, las puertas, los flecos de las colgaduras, las cornisas, los techos y los muebles; pero estas magnificencias, que seducen en el primer momento, cansan bien pronto, porque fatigan la imaginación por la exuberancia y monotonía del ornato.

La afición al lujo, tan generalizada en aquella corte, ofrece ancho campo al talento y á la fantasía de Boulle, creador de un género muy artístico de muebles que conserva su nombre; los fabrica con madera de ébano y de sándalo, adornadas con preciosas taraceas de incrustaciones de metales, piedras de colores y maderas finas, adornos de bronce dorado y figuras alegóricas. Las formas de los muebles son amplias y elegantes en la primera época de tan largo reinado; el respaldo del sillón termina por contornos rectos, excepción hecha del copete; el asiento es de forma rectangular y los pies y los brazos ligeramente curvos, pero en el último período prevalecen otros tipos más ondulados, aunque siempre graciosos, en las butacás y en los sofás. Durante la Regencia se acentúa

la transición hacia el afeminamiento y la molicie con el predominio absoluto de las líneas curvas que caracteriza los gestos, movimientos y la configuración de la mujer, de modo que se redondean los ángulos de toda clase de muebles, se retuercen las formas, extremándose con Luis XV las contorsiones; se adoptan los colores lánguidos, las pinturas galantes y voluptuosas y la profusión de dorados que guarda marcadas analogías con los afeites y galoneadas casacas de la época. Las comunicaciones con el Celeste Imperio despiertan la afición á los muebles de laca, se inventa entonces un barniz para fijar las pinturas, y los artistas decoradores, como Watteau y Boucher, adornan con sus primorosas composiciones los muebles, las sillas de mano, los frisos y aun los carruajes.

El abuso de las líneas onduladas, tanto en sentido horizontal como vertical, promueve la reacción que desde la arquitectura se extiende á los menores detalles del mobiliario; pero repetimos que el estilo Luis XV, aplicado á las sillas, cómodas, espejos y cornucopias, no carece de cierta gracia desde el momento que se depure de sus excesivos atavíos; así es que todavía tiene ardientes defensores y se emplea con frecuencia; nosotros damos, sin embargo, la preferencia al género Luis XVI con su elegante sencillez; los pies y las líneas verticales vuelven á la forma recta, lo cual es más racional, y en cambio, las horizontales tienen contornos curvilíneos para que los muebles sean de aspecto airoso, evitando al propio tiempo los ángulos; el respaldo del sillón es plano y casi cuadrado, con remate en arco carpanel, ó tiene forma ovalada; lleva columnas y pies torneados enriquecidos con estrías y delicada talla, y este mobiliario, con maderas pintadas de tono claro, toques dorados ó rica taracea y tapizado de telas de seda delicadas y brillantes, resulta de una elegancia incomparable.

El Imperio, con su afán de restablecer las formas clásicas, crea un género seco y rígido; la Restauración de los Borbones evoca los recuerdos del arte gótico, y da formas pesadas á los muebles, hasta que en el reinado de Luis Felipe se vuelve á los patrones graciosos del siglo XVIII, adoptando

indistintamente sus tres estilos; pero se tiene cuidado, dado el refinamiento del gusto moderno, de eliminar en el Luis XV la exagerada profusión del barroco. La fantasía de los tapiceros idea otro género nuevo en que la madera desaparece en absoluto del armazón, sustituyéndola por formas de almohadón obtenidas combinando caprichosamente las sedas y terciopelos de colores delicados, que dan á los sofás, confidentes, *chaise-longues*, sillones y taburetes gran comodidad, á la par que mucha originalidad y gracia, realzada por cordones, borlas y flecos artísticamente combinados. Quiere decir que este nuevo recurso ha venido á aumentar la extraordinaria variedad de modelos que concurren á embellecer el mobiliario moderno.

Los cortinajes se componen de la galería superior, del lambrequino, nombre tomado de las telas que flotaban en los cascos y armaduras de los guerreros, de los paños y alzapaños. Las galerías Luis XIV son doradas, de forma recta ú ondulada con copete ovalado ó de figura de concha; los alzapaños á juego y las colgaduras de dos cortinas, ya sean sencillas ó de una sola tela, ó bien dobles. Con Luis XV se recarga su armazón de follajes, conchas, broches y figuras que requieren una ejecución muy esmerada, y el adelanto de la fabricación de tejidos aumenta la riqueza de las telas; con Luis XVI la galería es recta ó tiene una elevación, ya sea también en forma recta ó ligeramente ondulada hacia el centro, pero bastante menos acentuada que en los reinados anteriores, y el lambrequino es generalmente de tres ondas graciosamente enlazadas con las dobles cortinas recogidas simétricamente por los alzapaños.

La fantasía moderna ha creado otras formas variadas en que la galería de la madera desaparece recubierta por la tela, como en los muebles de almohadón, y se adorna á veces con caprichosas combinaciones de tejidos de distintos colores ó se sustituye por una franja ancha en sentido horizontal; en la colgadura italiana está sostenido uno de los paños por un cordón en diagonal, puesto con gracia para decorar la puerta ó ventana, mientras la otra cortina cae á plomo; hay la forma flamenca que es muy airosa, las imitaciones del género griego,

oriental, etc., que pueden examinarse en las publicaciones especiales del ramo (1). La más sencilla de las colgaduras es la suspendida del palo *portier* ó cubrepuerta, que reemplaza al pabellón, pudiendo ser éste de fleco ó de los llamados de guarda-malleta; hay otra forma que consiste en hacer de una pieza el lambrequino y las caídas á la manera de un marco que se destaca sobre las cortinas blancas. También se emplea la tapicería para guarnecer los espejos, las chimeneas, los pianos y las columnas, que se forran formando graciosas caídas y combinaciones á fin de realzar su aspecto.

PABLÓ DE ALZOLA.

(Concluirá.)

(1) *Le portefeuille pratique du tapissier.*

L'ameublement.

Le magasin de meubles.

La porte, la fenetre et la baie, par A. L. Turnayre.





DISCURSO ACADÉMICO

(Conclusión) (1).

Pudiera, de manera igualmente lógica, no haber prescindido del concepto de magnitud y haberlo desde luego aplicado al espacio, y, sumando nociones de cantidad y de orden, apreciar éste y á la vez hacerlo objeto de comparación y medida, caminando después siempre, y como antes, deductivamente, y constituir de golpe la ciencia geométrica completa.

En uno y otro caso puede además proceder por vía de inducción (variación de método que no consiente con igual desembarazo de aplicación lógica la ciencia de la cantidad pura); es decir, elevándose de lo particular á lo general y, por abstracción de accidentes, pasar desde las figuras á las formas, clasificar éstas y venir á la investigación de todas las posibles.

Conviéneme hacer notar que estas consideraciones generales sobre métodos no se dirigen á discernir el carácter de analítica ó sintética que á la geometría moderna deba atribuirse. Punto es éste que Chasles en su discurso de inauguración de la cátedra de geometría superior dilucidó largamente,

(1) Véase la pág. 225 de este tomo.

haciendo notar el equívoco originado por el nombre de geometría analítica, dado á la geometría que se sirve del estudio y discusión de las ecuaciones, representativas de las líneas y superficies, para conocer sus propiedades, y demostrando la influencia que el nombre de análisis, con dudosa propiedad dado por antonomasia al álgebra y al cálculo, ha ejercido en los juicios inexactos hechos sobre los métodos de los griegos en geometría, y, por tanto, de los que se hagan sobre las teorías de aquellos ahora en cierto modo restaurados.

Á lo que quiero referirme es á lo mismo que el Sr. Torroja se refiere cuando, con razón manifiesta, expone que la geometría moderna busca la mayor generalización posible en sus doctrinas, no limitando sus proposiciones á determinadas figuras ni anticipando indebidamente el concepto de magnitud.

Y ha podido en este punto acentuar más el carácter de los esfuerzos hechos modernamente para constituir la ciencia geométrica en su mayor pureza, y por consiguiente, con mayor generalidad.

Verdaderamente la geometría admite hoy por noción cardinal la del espacio ilimitado, considerado intuitivamente, no por abstracción del cuerpo geométrico. Contempla el espacio, que es, según definición de los metafísicos, posibilidad de posición de objetos, y mentalmente supone en él formas generales, cuyos elementos define y cuya generalidad marca en oposición á la noción de *figura*. Define lo que es una *radiación*, y un *angoloide*, y una superficie cónica de orden *par* ó *dispar*, antes que definir el plano, y por consiguiente, que los *haces de rectas*, pues el plano es para la pura geometría una superficie cónica de orden *dispar*.

Resulta, pues, que lo que se pretende ante todo es estudiar en términos generales el espacio como lugar de formas cardinales (radiaciones, angoloides, superficies cónicas, planos, haces y series de puntos), de las cuales sean dependientes ó derivados los cuerpos geométricos y las figuras, abarcando así imaginativamente todo el espacio y cuanto en él se pueda idear como objeto de la ciencia geométrica.

Esta misma consideración conduce desde los primeros pa-

sos á la introducción del infinito en las definiciones y proposiciones, partiendo de la observación del giro de una recta que se mueve alrededor de uno de sus puntos y cortando á otra: donde se advierte que hay un momento en que el punto de intersección de ambas ha llegado al infinito para reaparecer del otro lado sin solución alguna de tiempo ni de posición: observación que conduce á afirmar inmediatamente que dos rectas paralelas tienen común un punto del infinito, y que éste es único, en términos de que, aunque la frase extrañe, la recta se ha de mirar como línea cerrada, y como complementarios dos segmentos indefinidos, tomados á uno y otro lado de un punto de ella.

Por consideraciones igualmente lógicas se viene á introducir el empleo de los *signos* desde estas primeras nociones y sin todavía haberse empleado para nada la noción de magnitud.

Sobre estas amplísimas bases—concepto general y clasificación de formas, consideración del infinito y de los signos—surgen inmediatamente los principios relativos á la dualidad y reciprocidad de las formas y de las figuras, á su proyectividad y á nuevas investigaciones sobre las imaginarias, tales como el Sr. Torroja nos ha explicado, y que son los grandes capítulos abiertos por la geometría moderna.

Ante tan importantes concepciones, ¿no pierde algo de importancia la elección entre las dos tendencias ó procederes que dejo indicados?

Ambos estarán, á mi juicio, dentro de la geometría moderna, de la geometría pura, siempre que, cuando del álgebra y del cálculo se use en las demostraciones y en las investigaciones, no se empleen las ciencias de la cantidad para deducir de las expresiones algébricas propiedades geométricas, sino que éstas, lleven ó no traducción algébrica, se deriven del estudio inmediato de las formas generales ó de las figuras particulares del espacio.

Me guardaré bien de entrar á discurrir sobre cuál de estos métodos es preferible. Con las condiciones que he apuntado, hecha dejo la declaración de que ambos me parecen racionales. Y en punto á fecundidad, tengo para mí que ambos pue-

den producir frutos abundantes y sazonados, si quien los aplica despliega grandes recursos intelectuales. Respecto á las ventajas para la enseñanza de la geometría por cada uno de los dos sistemas, allá también se me figura que han de andar compensadas las facilidades y llanezas de uno con la mayor amplitud y generalidad que el otro lleva consigo. Tal vez la elección más acertada haya de depender del carácter que al estudio de la geometría elemental se dé previamente.

Por lo demás, y en cuanto al más rápido progreso científico importa, ¿quién sería capaz de profetizar, por conjeturas racionales ó por la experiencia, que la historia de las ciencias suministra por dónde conviene enderezar el pensamiento para lograr más sólidos ensanches y alcanzar mayores alturas en las esferas del saber?

La razón humana, por ley de su naturaleza, no parece que se satisfice con otro método que el deductivo para construir la ciencia, partiendo de las verdades ó axiomas más generales, y derivando, de consecuencia en consecuencia, proposiciones particulares. Pero como tal proceder supone lo que al hombre está vedado, facultad de elevarse sobre sí mismo y sobre la naturaleza que le envuelve, de aquí que, al inquirir las verdades, se le imponga el estudio de lo contingente y de lo limitado, y satisfaga sus aspiraciones por el procedimiento precisamente contrario de la inducción ó de la abstracción.

Con ser tan perspicaz el entendimiento del Sr. Torroja, y precisamente haber ahondado tanto en estas materias, no se ha decidido á decirnos cuáles, en el inmenso edificio que la ciencia geométrica labra, son las partes principales, y hasta qué punto sobre ellas se ha de continuar edificando. Sólo ha afirmado juiciosamente que el terreno sobre que los matemáticos, y en este caso los geómetras, levantan las hermosas creaciones de su espíritu, se halla bien cimentado y es capaz de soportarlas sin riesgo de que, con el trascurso del tiempo, flaqueen y se desmoronen.

Y, es verdad, mil y mil veces ocurre que los sabios, subiendo y subiendo á grandes alturas sobre el suelo en que edifican, páranse repentinamente, asombrados de que el sillar que acaban de asentar no necesitaba, para formar parte natu-

ralísima de la obra que van erigiendo, sino haberse continuado levantando directamente cierta columna, que otros dejaron truncada y que subía derechamente á aquel mismo punto del edificio, desde el suelo ó cimientos primeros de la construcción científica.

Cosa es entonces de deplorar que aquel fuste, que antiguamente comenzó á elevarse, quedase á corta altura incompleto; pero no tanto como para desdeñar la obra que por otras partes se fabricó, y que ahora adquiere nuevos enlaces y aplomos sobre verdades cardinales; sobre todo, si se considera que á la limitada vista de los constructores no le es dado abarcar desde el primer momento el plan entero y superior destino del edificio que se propusieron erigir.

La historia confirma en todas sus páginas la realidad de tales juicios. No es único, ni mucho menos, el caso de Colón, que por ir directa y más brevemente al Asia tropieza con una América, ni siquiera soñada, que vale más, para gloria de sus descubridores y provecho de la humanidad, que la empresa acometida, en justo premio de la fe inquebrantable, prestada á una verdad, como la de la redondez de la Tierra, superior en el orden científico á la verdad parcial que se persigue y á la misma verdad real que se descubre.

Si meditásemos, por ejemplo, y para no salir fuera de nuestra materia, sobre un punto determinado de la historia, en sus comienzos, de la nueva geometría, advertiríamos cómo Monge atinó, ó pudo atinar, con la relación que sus procedimientos peculiares de geometría descriptiva tienen con las verdades más generales de la pura geometría; y cómo también Desargues hubiera podido llegar al mismo término, de haber continuado edificando sobre algunos de sus teoremas; y cómo Carnot, para fundamentar su teoría de las transversales, buscó y encontró apoyo en el mismo lugar del suelo ya explorado por los geómetras griegos, y donde éstos empezaron á establecer iguales ó análogas proposiciones.

El hexagrama místico, ó aquella otra figura que cuentan trazó Mahoma, á guisa de rúbrica, sobre la arena del desierto, con la punta de su cimitarra, pudieron parecer símbolos mis-

teriosos y raros, hasta que su examen sugirió á Euler una teoría general sobre cierto género de figuras.

Difícilísimo es para cualquiera, imposible para mí, hacer á este propósito la sinopsis del estado actual de los estudios geométricos. Es hoy tan copiosa la tarea á que se consagran los geómetras; son tantas las publicaciones que á diario ven la luz; son tan varios y entre sí tan distantes los puntos de vista que adoptan los autores de geometría pura, ó los que se dedican á sus aplicaciones, que quizá no se está á la hora presente en el caso de emprender su cuenta y su resumen, por lo que toca al último tercio de este siglo.

Entre las dos ediciones de la conocida *Reseña histórica de los progresos de la geometría*, tuvo Chasles que dar á luz un grueso volumen, en 1870, para completar su obra; y no se refirió más que á la ciencia francesa. Y Ball calcula en quince mil los artículos, memorias y tratados sobre asuntos matemáticos que al año se imprimen en Europa y América.

Lo que puede hacerse es condensar y resumir la historia de los progresos de la geometría moderna en los doce primeros lustros del siglo XIX, tal como aparece bosquejada en la introducción á los *Elementos de la geometría proyectiva*, por el malogrado profesor de matemáticas de la Universidad de Tubinga, Doctor Hankel: obra póstuma (Leipzig, 1875), dada á luz por iniciativa de Klein y por el celo del Doctor Harnack, y libro, en mi opinión, el más claro y mejor ordenado como texto didáctico elemental de cuantos corren con iguales y parecidos títulos.

La reacción que antes dije se inició en fin del siglo XVIII contra la absorción de la geometría por el álgebra y el cálculo, cobró vigoroso vuelo en Francia por el ingenio de Monge y sus creaciones de la geometría descriptiva. Maestro sin par en el arte de exponer, que rivaliza en elegancia con Lagrange y con Euler en sus lecciones, fundador de la Escuela central de Obras públicas, transformada luego en Escuela politécnica, Monge no inventó con su *Geometría descriptiva* una simple manera de representación de los sólidos en el plano, para uso y provecho de los ingenieros, de los arquitectos y de los topógrafos, sino algo más transcendental para la

ciencia: la doctrina del transporte de las propiedades de los cuerpos y de las formas generales á las figuras planas.

Aunque Monge no hubiese hecho más, aunque no hubiese después marcado nuevos rumbos á la geometría analítica, bastárale haber concebido y desenvuelto el método de mirar en las dos proyecciones las propiedades de los cuerpos geométricos para merecer honores extraordinarios en la historia de las ciencias.

Reparad por un momento en la fecundidad de este principio, y considerad la virtualidad de tal proceder, no sólo porque, como dije antes, se dota con él á la geometría de la flexibilidad del álgebra y del cálculo, sino más principalmente porque constituye, á más de un sistema, un método natural y generalísimo, ajustado como ninguno á la índole del entendimiento. ¿Acaso el hombre puede por sí mismo, saliendo fuera de sí, aplicar su intelecto á cosa alguna que no sea él mismo? ¿No son proyecciones de las cosas nuestras ideas acerca de ellas?

La transcendencia de tan cardinal principio se quilató muy pronto, cuando Poncelet, prisionero de guerra en la dura campaña de Rusia, medita sobre las lecciones del maestro en las tristes orillas del Volga, y en sus soledades prepara el *Tra-tado de las propiedades proyectivas de las figuras*; ó cuando Gaultier, también discípulo de Monge, explana sus teoremas sobre el eje radical de dos circunferencias, aplicándolos en toda su generalidad á cualesquiera posiciones, para abrir campo al conocimiento de las imaginarias en pura geometría.

Débese también á la escuela francesa del primer tercio del siglo la teoría de la *reciprocidad polar*, que, eliminando la cónica de referencia, Gergonne ensancha con la fundamental idea de la *dualidad*.

Los alemanes, hasta el año de 1820, no habían descollado en investigaciones matemáticas: tanto que, después de Euler, solamente Gauss había ganado justo renombre de matemático de primer rango.

Hasta que Möbius (1826), en su *Cálculo baricéntrico*, inventa un sistema de coordenadas homogéneas, y deduce de las propiedades descriptivas muchas de las relaciones métricas, y

presta al nombre de *Geometría de la posición* significado mucho más alto é independiente del que en boca de Carnot tuviera, Alemania no parecía rival de Francia en el palenque de la geometría. Aseguran los historiadores que el profesor de astronomía de Leipzig desconocía la obra de Poncelet, y á esta circunstancia atribuyen la diferente nomenclatura de la correlación de figuras que empleó y los alemanes mantienen.

No así Plücker, que estudió en París con Poncelet y Gergonne, antes de establecerse en Berlín y de publicar sus nuevos métodos de la *Geometría analítica pura*. ¡Lástima para la geometría que abandonara después la ciencia del espacio por las ciencias físicas, y que sólo al fin de su vida (1868) volviera á sus primeras aficiones!

Con Möbius y con Plücker comparte las glorias de la geometría alemana en esta primera época Jacobo Steiner, autor de verdadero genio. Suizo de origen, hombre singular que no aprendió á leer hasta los catorce años, estudiante de Heidelberg, amigo del infortunado Abel, generaliza la teoría de la transformación de figuras con sus *Systematische Entwicklungen der Abhängigkeit geometrischer Gestalten von einander* (1832), y gana por el influjo de Humboldt la cátedra de *geometría moderna*, creada en Berlín (1834), y que había de honrar hasta su muerte (1863), como honró las columnas de la Revista de Crelle.

En el segundo tercio del siglo los autores de obras que pueden llamarse generales de la pura geometría, y son fundamento de la enseñanza, sirviendo de preparación necesaria al estudio de cuestiones especiales, se pueden agrupar alrededor de los nombres de Chasles, de von Staudt y de Grassmann: con el primero aquellos que, aunque no repugnan el empleo del álgebra y del cálculo, cumplen con la condición de no deducir de los algoritmos y fórmulas propiedades geométricas; con el segundo, los que constituyen su doctrina sin la menor intervención de la magnitud, hasta haber agotado el concepto de la posición y de la dirección, y toman para pasar á la geometría de la medida el camino que poco antes de morir marcó el profesor bávaro en sus *Beiträgen zur Geometrie der Lage*, y muy especialmente en su «Estudio (1867)

de los semidiámetros reales é imaginarios de las curvas y superficies de segundo orden;» y con el tercero, en fin, aquellos que partiendo de sus investigaciones filosófico-matemáticas (*Ausdehnungs lehre*), han creado el cálculo geométrico, ó concentrado sus esfuerzos en ciertas aplicaciones á la estática, á la mecánica, á la física y á la cristalonomía, tomando entre otras por base la teoría de la composición de figuras.

Y al llegar á este punto nos salen al paso las severas figuras de dos ilustres geómetras, ambos de fama imperecedera, aunque por conceptos algún tanto distintos: de Chasles y de von Staudt. De Chasles, preclaro académico del Instituto de Francia, autor de la *Reseña histórica de los progresos de la geometría*, acogida en el mundo científico con estruendoso y merecido aplauso; del *Tratado*, más tarde, *de geometría superior*, y de copiosos apéndices, complementarios á esta obra magistral. Y de von Staudt, modesto profesor bávaro, sin nombradía aparatosa y deslumbradora, que con la publicación de su, no más que en la apariencia, humilde *Tratado de geometría de la posición*, en 1847, cinco años antes de ver la luz la geometría de Chasles, conquistó puesto eminente entre los más aventajados creadores de la ciencia matemática moderna: puesto, en verdad, á que no ascendió de repente, ni sin porfiada lucha contra la indiferencia de sus contemporáneos, pero que en la actualidad nadie le disputa.

¿Desmerecen en algo, por su cotejo recíproco y por la discrepancia de método y estilo, los trabajos realizados por estos dos famosos geómetras, cada cual por cuenta propia, y siguiendo en prosecución de la verdad muy diversos caminos? Yo no lo creo así; y, antes bien, me parece que mutuamente se completan, y que los de uno cualquiera contribuyen á realzar, por efecto del contraste, el mérito é importancia de los del otro.

Á estos dos esclarecidos nombres he agregado, renglones antes, el de Grassmann, no porque juzgue á éste como propiamente geómetra, sino porque me parecerían más incompletas de lo que en realidad resultarían por ser más estas notas generales si no hiciese mención especialísima de sus teorías sobre la extensión, expansión ó generación de formas ló-

gicas en abstracto, que tanto han contribuído al sólido establecimiento de lo que con el nombre de *cálculo geométrico* hoy se propaga en provechosísimas aplicaciones prácticas.

En un concurso abierto en 1844 por cierta Sociedad científica alemana para premiar el mejor trabajo que tuviese por objeto renovar los ensayos de cálculo geométrico de Leibnitz, extendiéndolos y perfeccionándolos, Grassmann presentó su *Ausdehnungslehre* como nueva rama de la matemática.

Y en este libro, cuya segunda edición (1878) acabó de salir de las prensas cuando su autor pasaba á mejor vida, la geometría se define como ciencia del espacio y se clasifica entre las ciencias *reales*, al igual de la mecánica, y no entre las *formales*, que son la dialéctica y la matemática, pura por supuesto.

Ésta ofrece un tronco común, que modernamente se llama *Lógica deductiva* (*Formenlehre*), y cuatro ramas, una de las cuales (la que Grassmann denominó *Ausdehnungslehre*) prepara nuevos fundamentos á la geometría.

Schlegel, que de conformidad con estos principios escribió (1872-1875) su *Sistema de la geometría* (*System der Raumlehre*), atribuye el poco ó ningún aprecio que de la obra de Grassmann se hizo por espacio de muchos años á la extrañeza que causaba en su época hablar de n dimensiones y emprender operaciones desacostumbradas con entes tan poco antes manejados, y también á lo abstruso de las ideas, expuestas en términos más propios de la filosofía que de las matemáticas.

Mas ¿á qué continuar fatigando vuestra atención sin provecho ni beneficio?

Baste con lo dicho para que yo, cumplido un deber de cortesía, pueda poner punto final á mi discurso, sin retardar por un momento más la toma de posesión de su plaza por nuestro nuevo compañero.

Mi cometido principal está cumplido: mostrar explícitamente lo que implícitamente en el profundo trabajo del Sr. Torroja se encierra, á saber: que en nuestro siglo la geometría ha cobrado nueva y exuberante vida, con savia propia y sin dependencia alguna de las otras ramas de la matemática, á las

cuales ha igualado en amplitud y fecundidad; añadiendo de mi cuenta que el simple nombre de geómetra, amortiguado en los dos siglos anteriores por el deslumbrante resplandor que el de los grandes analistas de la cantidad despedía, hoy ha recobrado aquel magnífico realce y vivísima claridad con que brilló en la puerta de la Academia de Platón.

Con él se engalana el Sr. Torroja; por llevarle con prestigio conquistó envidiable derecho á contarse entre vosotros, y por mantenerle y acrecentar sus timbres tengo por seguro que ha de perseverar en el empeño de agrandar en nuestra patria la enseñanza de la ciencia del espacio.

¡Ojalá que, tomándole como guía y maestro, logren otros muchos dignos imitadores suyos vencer los obstáculos que en nuestra nunca bien desahogada vida nacional se oponen á que España alcance glorias propias en la historia de las matemáticas!

FRANCISCO DE P. ARRILLAGA.





LAS PRODUCCIONES NATURALES DE ESPAÑA

(Continuación) (I).

IV

Otras producciones minerales de Galicia.

Cómo se ha de entender la riqueza minera.—La asociación es necesaria para la explotación de la misma.—Canteras de piedras.—Los *mármoles* de la provincia de Lugo y fábricas que con ellos se sostienen en Mondoñedo.—Criaderos de *serpentina* en Abades y en la sierra de la Capelada.—Las *pisarras arcillosas* ó *pisarras de tejar* de Guntín, Meira y Ribadeo.

La riqueza mineral de Galicia no está bien conocida todavía, y á ello se debe su poco aprovechamiento.

La sociedad tiene ordinariamente una idea equivocada del valor que en general deben poseer las producciones minerales, creyéndose por la generalidad que la riqueza minera consiste solamente en la plata y el oro, considerando cuando más otras personas, de alguna instrucción, que merecen también explotarse como sustancias productivas los metales cobre, estaño, hierro y algún otro, siempre que se encuentren con mucha abundancia y que su extracción cueste poco dinero y dé resultados maravillosos.

(I) Véase la pág. 234 de este tomo.

Así pensando, se llega á creer que una mina, cualquiera que sea su naturaleza, ha de ser un tesoro, que en pocos meses y con reducido trabajo haga rico á su dueño.

Esta idea equivocada, unida á otras concausas, es el principal obstáculo que presentan las especulaciones cuyo objeto es beneficiar algún criadero metálico. La explotación de una mina exige estudios previos en los que se invierte al principio tiempo y dinero, y después un capital para los trabajos, que por lo general no son productivos desde que se emprenden. Por desgracia, muchos de estos trabajos son á veces infructuosos, ya porque desaparezca el mineral, ya también por encontrarse obstáculos insuperables que obligan á suspender las labores. De aquí resulta que esta clase de especulaciones deban acometerse más bien por una sociedad que por un hombre solo, pues de esta manera con pocos costosos sacrificios individuales se llega á reunir un crecido capital que permita emprender con regularidad y sin ahogos las obras y trabajos necesarios que conduzcan á un resultado satisfactorio. El espíritu de asociación, tan poco arraigado en nuestro país, es indispensable para aprovechar la riqueza mineral que encierra, y que no es despreciable, aunque, lo repetimos, está aún mal ó muy poco conocida.

Pero hay, no obstante, algunas explotaciones minerales que no se hallan en el caso de las minas metálicas, siendo accesibles á medianas fortunas, sin que ofrezcan grave peligro de ocasionar la ruina de los que las emprendan. Estas explotaciones á que nos referimos son las canteras de piedras susceptibles de labrarse ó tallarse, y que por circunstancia tal se prestan á varias aplicaciones útiles y conocidas. Tampoco tienen las canteras, por lo general, el inconveniente de presentarse en filones ó capas de riqueza dudosa, sino en masas considerables que aparecen sobre el nivel del terreno, pudiéndose, por lo tanto, explotar con muchísimo provecho (1).

(1) Se da el nombre de *cantera* á la formación geológica de donde se extraen las piedras para una construcción cualquiera. Cuando las canteras presentan los bancos que se van á extraer en la superficie del terreno, ó cuando

Se sabe por los que á este género de asuntos industriales ó comerciales se dedican, que en Cataluña, Granada y otras provincias de España se encuentran y labran esas piedras calizas de grano fino, relativamente duras y susceptibles de hermoso pulimento, que se llaman *mármoles*, y que tienen hoy en día grandes aplicaciones por usarse no solamente en la estatuaria, sino en la construcción de objetos comunes y utilitarios. Mas no se encuentran únicamente estas piedras en Cataluña y Granada, pues se hallan en esta región de que hablamos ahora, como en otras de nuestra España, ofreciendo su explotación felices resultados á nuestras industrias y artes. Sobre este punto vamos á hacer algunas indicaciones con ánimo de excitar á los interesados en estos negocios para que conozcan esta riqueza, que pudiera ser muy importante para Galicia.

De los *mármoles simples*, que son todos aquellos compuestos de carbonato de cal, solo ó combinado con materias colorantes, ofreciendo un gran número de variedades de un solo color, como los blancos, negros, rojos y amarillos, hay canteras en la provincia de Lugo, existiendo fábricas de baldosas de diferentes dimensiones, clases y colores en Mondoñedo. Es verdad que su grano no es tan fino como el de Paros ó Carrara, y que por esta razón no podría servir para esculturas finas; pero el que se encuentra en Galicia es susceptible de buen pulimento, y pudiera emplearse en construir otros más objetos que los que se han indicado.

No sabemos se hayan encontrado en Galicia *mármoles de*

pueden descubrirse fácilmente, se dice que la explotación se hace *al descubierto ó á cielo abierto*; por el contrario, las canteras en que los bancos se hallan á cierta profundidad requieren una explotación subterránea.

Cuando se proyecte emplear la piedra procedente de una cantera deberán ante todo examinarse sus propiedades físicas y químicas, viendo si reúne las condiciones necesarias, determinando su peso específico y, si es posible, su resistencia, labrando una cinta, observando el sonido y la fractura, y deduciendo en muchos casos su composición.

Antes de empezar la explotación de una cantera conviene darse cuenta de la disposición que afectan las rocas que se van á extraer, lo que no presenta dificultad cuando los bancos se hallan al descubierto; pero si se encuentran á alguna profundidad será preciso examinar las capas naturales del terreno ó las excavaciones ya existentes, y en caso de no poder usar estos medios, se tendrá que recurrir á la apertura de pozos. (De la excelente obra *Materiales de construcción*, escrita por el ilustrado ingeniero D. Manuel Pardo.)

varios colores como los que existen en Cataluña y Andalucía, pero en cambio hay en aquella región de España grandes criaderos de *serpentina*, una de las rocas ornamentales que se labra muy bien y recibe magnífico pulimento. Su estructura compacta y el color, que varía del gris casi blanco con numerosas venas de un verde muy oscuro que casi parece negro, repartido con desigualdad en toda la masa y con distinta intensidad de tonos, hacen que adquieran un aspecto muy agradable los objetos que con ella se construyen. Con este mineral se han hecho notables y valiosas obras en el Museo del Vaticano, mereciendo citarse también como muy especiales, en España, las columnas de una pieza del altar mayor de las Salesas de Madrid, que proceden del barranco de San Juan, en Sierra Nevada. Como se usa igualmente para hacer baldosas destinadas á los pavimentos, podemos recordar, en la magnífica iglesia de San Martín, en Santiago (Galicia), una muestra de este embaldosado en toda la parte que se halla junto al altar mayor y en los escalones por donde se sube á él. De *serpentina* de dicho país están hechos, presentando un color muy oscuro con pocas vetas claras, y que á pesar de los años que cuentan se conservan en muy buen estado y se han gastado muy poco, lo cual nada tiene de particular, porque aquella roca, que al salir del criadero es tan blanda que puede trabajarse fácilmente con instrumentos cortantes, adquiere con el tiempo, después de expuesta al aire, bastante dureza y no es tan quebradiza como el mármol. Como se ve, pudiera utilizarse además para hacer mesas, estufas y otros muebles más hermosos y ricos, si cabe, que los fabricados con el mármol. La *serpentina* se encuentra con abundancia en Galicia, en Abades, en la sierra de la Capelada, cerca de Mellid, y en otros varios puntos.

Abundantísima es en Galicia la *pizarra*, y algunas variedades de ella, como las *pizarras arcillosas* (1), por su estructura muy perfecta y las hojas en que se divide, rectas

(1) En los alrededores de Salamanca se encuentran grandes cantidades de estas pizarras.

y poco gruesas, se prestan fácilmente á la obtención de losas delgadas, de las cuales es frecuente ver en la provincia de Lugo algunas que tienen dos ó tres metros cuadrados, cuando su grueso alcanza solamente á algunos centímetros. Las *pizarras* que así se dividen son excelentes piedras para cubrir los techos de los edificios y mucho más ventajosas que las tejas, por ser menos pesadas, impermeables al agua, no tan quebradizas y de mucha más duración que aquéllas. Con propiedades tan buenas no ha de extrañar que el mismo Gobierno dispusiera que con estas piedras se cubrieran algunos edificios públicos, como pueden verse en la Coruña y otras localidades; pero es lo notable, por no decir escandaloso, que se haya acudido y se acuda á comprar estas losas en el extranjero, abundando como abundan tanto en nuestro país. Mas no tiene el Estado la culpa de esto, sino nosotros mismos que por pereza, ó por poca afición á la industria, ó por desconocimiento de las *producciones de nuestro suelo*, dejamos de utilizar las riquezas que nos rodean.

Como prueba de lo que escribimos, recordaremos lo que se hace en la provincia de Lugo, en la de Salamanca y otras, que se reduce á emplear las pizarras para cubrir las casas, con los tamaños y formas que sacan de las canteras, sin hacer en ellas ninguna modificación, apareciendo muy diferentes á las que vienen del extranjero que, iguales en todas sus dimensiones, delgadas y con caras paralelas, parece que es otra la sustancia que las constituye, cuando para el mineralogista y el verdadero industrial son las unas y las otras idénticas rocas. Así preparadas de una manera conveniente, se trasportan con facilidad, pudiéndose llevar á grandes distancias, y aunque su coste sea algo mayor que el de las tejas, su larga duración y lo innecesario de las frecuentes sustituciones de éstas, compensan en pocos años lo que pudiera haber de exceso en el coste. Muchos edificios públicos de París y otras poblaciones del extranjero están cubiertos de pizarras llevadas de Anger y de las Ardennas, en tiempos anteriores al en que los ferrocarriles facilitaron sus transportes.

Para tallar ó dar forma conveniente á las *pizarras*, se necesitan muy pocos instrumentos, reduciéndose éstos únicamente á los mazos ó martillos y á cinceles hábilmente manejados por operarios entendidos. Consíganse éstos para formar un buen plantel de obreros, y entonces las canteras de *pizarras de tejar* que se hallan en Guntín, en Meira, inmediaciones de Mondoñedo, en Ribadeo y en otros puntos de Galicia surtirán de estas piedras nuestras construcciones, y no solamente se impediría que vinieran del extranjero, sino que se podrían exportar millares y millares de ellas á otras provincias de España y aun fuera de ella, aumentando de este modo la riqueza pública por el mejor aprovechamiento de las *producciones de nuestro suelo*.

Búsquense en España las *pizarras* más á propósito en la construcción, teniendo en cuenta para las condiciones que han de reunir el informe luminoso de los ilustrados naturalistas Mr. Cauchy, Roget y G. Dandehn, y no nos cabe duda que se encontrarán homogéneas, con cohesión del grano, paralelismo de las estrías con respecto á la longitud de las *pizarras*, dureza conveniente, elasticidad, tenacidad, dimensiones proporcionadas y color, que así las hemos visto en algunas de nuestras provincias.

V

Aguas y clima de esta región de España.

El agua considerada como especie mineralógica.—Teorías de las corrientes generales oceánicas y aéreas.—Las corrientes influyendo sobre los climas en general.—Origen de la lluvia y reglas á que obedece su cantidad.—Direcciones que toma el agua de lluvia y beneficios que prestan los árboles en las laderas.—Crecidas de los ríos.—Las lluvias en la costa gallega.—Galicia, región de los prados permanentes.—El *eucaliptus globulus* en el clima y suelo de esta región.—Aprovechamiento de las aguas en general.—Ríos de la costa gallega; utilidades que pueden sacarse de los mismos.

Después del estudio de las producciones, de que nos hemos ocupado en los capítulos anteriores, vamos á hablar del *agua*, colocada también por algunos mineralogistas, y

Dufrenoy (1) entre ellos, como una de las especies del reino inorgánico.

El *agua*, en su más genuina representación, la vemos constituyendo ese vasto Océano que, sin orillas ni límites definidos, circunda á la tierra por todos sus lados, originando por su perenne agitación el clima de las diversas regiones del globo.

No hay necesidad de discutir sobre si fué Arago ó Hertzchel el primero que procuró explicar el fenómeno de los vientos y de las corrientes oceánicas por las diferencias de temperatura que existen entre los polos y el ecuador, pues basta para nuestro objeto recordar que el principio universal del equilibrio de temperatura, combinado con el de la fuerza centrífuga producida por la revolución diurna de la Tierra, explica satisfactoriamente los movimientos generales de la atmósfera y de los mares que cubren las tres cuartas partes de la superficie terrestre.

Situado un cuerpo en el ecuador, realiza su revolución completa alrededor del eje del globo que habitamos en el espacio de veinticuatro horas, caminando de 400 á 500 metros por segundo. Este movimiento acelerado, que pierde la tercera parte de su velocidad en la latitud de París y la mitad en San Petersburgo, se halla reducido á cero en los polos, por aquella ley, perfectamente establecida en mecánica, de que un cuerpo en movimiento conserva la misma velocidad mientras no encuentra obstáculos en su camino, y por lo tanto, una masa de aire partiendo del ecuador para los polos lleva consigo un exceso de velocidad en el sentido del movimiento de la tierra para el Este, es decir, que para nosotros, habitantes de Europa, se convierte en un viento del cuadrante Oeste. Por la misma razón una columna de aire que se precipita de los polos hacia el ecuador, sale con una velocidad pequeña para el Este, se retrasa hacia el Oeste á proporción que va disminuyendo la latitud, y produce un viento del cuadrante Este.

En el Océano acontece lo mismo, y estas teorías de las

(1) *Traité de minéralogie*, par A. Dufrenoy.—París, 1856.

corrientes generales, oceánicas y aéreas, sufren apenas modificaciones parciales por diferentes causas locales.

Se ha dividido por algunos el mar universal que cerca el globo en tres océanos: el Atlántico, el Pacífico, que ocupa la mitad de la superficie de la Tierra, y el Índico ó pequeño Océano de las Indias. Á éstos agregan otros sabios el Ártico y el Antártico.

En las regiones ecuatoriales las aguas marchan hacia el Oeste por un movimiento nunca interrumpido, marcha majestuosa que, según Babinet, alcanza 30 grados de latitud en anchura, de los cuales corresponden 20 al hemisferio Norte y 10 al hemisferio Sur. Esta corriente va á tropezar con las playas americanas, y entonces se dirige en el hemisferio boreal al golfo de Méjico, que contornea, sube á lo largo de la costa hasta el banco de Terranova, atraviesa el Océano dividiéndose en dos ramas, de las cuales una se dirige al mar Glacial y otra viene á chocar contra las costas occidentales de Europa, vuelve hacia el Sur á la altura de nuestra Península y sigue la costa occidental de África hasta reunirse con la gran corriente ecuatorial, formando un inmenso circuito de 30.000 kilómetros de extensión recorridos en tres años y medio.

Los vientos, más rápidos, siguen próximamente la misma dirección. Entre los trópicos, reinan los vientos del cuadrante Este, que llevan á América la atmósfera de África, á la manera que la corriente tropical lleva las aguas. Entre los Estados Unidos y Europa soplan vientos del cuadrante Oeste, como lo prueba la brevedad del viaje desde dichos Estados á nuestro continente y la dificultad que los buques encuentran en hacer la travesía de Europa á aquellos países á causa de los vientos y corrientes contrarias. El mismo viento Oeste atraviesa la Europa hasta la barrera de los montes Urales, vuelve para el Sur, produciendo los vientos generales del Norte, que soplan sobre el mar Caspio, sobre la Tartaria y sobre los ardientes desiertos de la Arabia, para irse á reunir á la corriente de los vientos tropicales. En el Atlántico Austral existen las mismas permutaciones de calor y de frío entre el ecuador y el polo.

Las corrientes referidas influyen sobre los climas en general y sobre los de Europa en particular, pues las aguas de la zona tórrida, calentadas por los rayos verticales del sol, producen una grandísima evaporación, que los vientos del Este dominantes en aquellas regiones impelen hasta la América Central; el aire caliente y dilatado de la planicie líquida, elevándose á lo largo de las montañas, se enfría, y los vapores se condensan en nubes que se precipitan en forma de lluvias torrenciales. Por otro lado, el viento Sudoeste que domina en Europa, atravesando el Océano por cima del Hulf-stream, toma la temperatura y los vapores del agua sobre la cual se desliza, trayéndonos el calor y la humedad que se deposita en cada cordillera, produciendo de este modo los riegos en las de nuestro continente.

Por todo esto, el viento Oeste llega á nosotros caliente y nos permite cultivar en Europa los cereales hasta el cabo Norte, situado á 71° de latitud, al paso que en Groelandia, cuya extremidad meridional está á 60° de latitud, la tierra está constantemente cubierta de nieve. En Boston, que se halla á la latitud del Sur de Francia, los lagos se hielan en invierno á un metro de profundidad, resistiendo, según se dice, el peso de los caminos de hierro.

Como la lluvia es producida por el enfriamiento de las capas aéreas, más ó menos cargadas de humedad, es evidente que las diversas desigualdades del suelo, como son una montaña ó la exposición de una vertiente, pueden modificar la temperatura y determinar variaciones pluviométricas locales.

Las observaciones hechas por M. Hr. de Lagrene en diversos puntos y alturas del globo han servido para establecer las siguientes reglas:

1.^a En cualquiera localidad la cantidad de lluvia que cae sobre el suelo es mayor que la que ha caído algunos metros más por cima del mismo.

2.^a La cantidad de lluvia que cae en un tiempo dado sobre cualquiera localidad es tanto más considerable cuanto más elevado sobre el nivel del mar se halla dicha localidad, esto dentro de ciertos límites.

Y 3.^a La cantidad de lluvia disminuye á proporción que el lugar observado se halla más apartado del mar ó de cualquier grande foco de evaporación. De aquí se deduce que en una vasta llanura limitada de un lado por el mar y de otro por una sierra, la cantidad de lluvia irá disminuyendo desde el mar hasta la ladera, para crecer después hasta la cumbre de los montes; pero en la naturaleza rara vez se encuentran formas tan sencillas; los valles, despeñaderos y el relieve desigual de los montes modifica las reglas, de modo que á veces llueve más en el valle que en las laderas, porque las corrientes aéreas, como las líquidas, se dirigen de preferencia por los valles, donde encuentran menor resistencia para correr.

La lluvia, que cae en una región dada, se divide en tres partes, de las que una se infiltra en el terreno y alimenta las fuentes y los ríos en verano, otra se evapora ó se utiliza por la vegetación, y la tercera corre por la superficie del suelo, produciendo los torrentes en los montes y las inundaciones en los terrenos bajos.

No podemos entrar á discutir la importancia que pudiera tener la presencia del monte bajo ó de otros cultivos influyendo sobre la cantidad de lluvia y sobre su repartición, porque las observaciones que se han hecho por los partidarios de opiniones contradictorias no son suficientes para resolver en definitiva la cuestión. Otra cosa es el beneficio que prestan los árboles en las laderas, pues sus raíces forman preciosísima red que impide la denudación de los montes, que cuando están yermos y caen en ellos torrentes de agua, ésta se despeña con gran velocidad produciendo imponentes inundaciones.

Además, el humus que desciende de lo alto para fecundizar la llanura es arrastrado sin provecho por la corriente impetuosa, y llevándolo los ríos al mar, sirve primero para elevar sus cuencas, haciendo más desastrosas las crecidas, y luego se pierde en el Océano, en donde forma nuevas estratificaciones destinadas tal vez á surgir de las aguas cuando una nueva crisis de nuestro planeta llegara á sumergir el continente. Así, la función de las aguas continentales y

oceánicas es diferente y opuesta, pues mientras las continentales descomponen y trituran los terrenos, fertilizando las llanuras en que se depositan los légamos, las oceánicas someten esos mismos légamos á una separación en que, dejando las arenas en las playas para formar el cordón litoral, llevan los lodos á profundidades en que se pierden por siempre para la agricultura.

Si los terrenos geológicos, formados de elementos simples, sirven para el monte bajo, que vive más especialmente de la atmósfera, las tierras de labor exigen, por el contrario, gran variedad de sustancias minerales, y como generalmente los aluviones de los ríos las contienen, de aquí resulta que éstos formen la tierra labrantía por excelencia. El Egipto debe su fertilidad extraordinaria á las inundaciones que lo cubren durante los meses de invierno, recibiendo entonces sin descansar todos los detritus de su inmensa cuenca hidrográfica, cuyos límites no se conocen aún á pesar de los importantes trabajos del insigne geógrafo portugués Diego Homen, que en 1558 publicó un mapa de África, y los más modernos continuados por el atrevido viajero inglés Lewingstone.

Estas crecidas, para ser provechosas, han de tener lugar en invierno, pues de otra manera son nocivas como las de primavera y hasta destructoras en el verano.

Como las avenidas extemporáneas ó excesivas pueden causar muchos males en nuestros campos, cuyas cosechas destruyen, se han propuesto diferentes medios que no las han evitado en absoluto. Y como no conviene privar á la tierra de légamos, cual sucede construyendo algunos diques en los ríos, es mejor hacer plantaciones en los acantilados y laderas elevadas, teniendo cuidado los labradores de cavar en los terrenos dedicados al cultivo mesetas horizontales de un metro de largo, 0,50 de profundidad por 20 ó 30 de extensión, cerradas en sus extremos, para que por estas gradas situadas en todo el declive de la montaña, con intervalos de 50 metros entre dos hileras, descienda el agua de lluvia que, adquiriendo menos velocidad después de haber llenado las mesetas, irá depositando los légamos que en

suspensión arrastraba. El depósito de agua se ha de conservar mucho tiempo en las mesetas para que, filtrándose lentamente por el terreno, suministre á éste la humedad conveniente en la primavera. Y como la producción ha de aumentar en pocos años con estos procedimientos, quedarán compensados los gastos que su establecimiento ocasiona.

Observando particularmente nuestro clima, vemos que las lluvias caen desde Setiembre hasta Abril, y muchas de ellas, cuando son torrenciales, empobrecen á las tierras elevadas al mismo tiempo que benefician los valles, sucediendo en el resto del año que cae poca agua, fuera de alguna tronada local, á cuya causa se debe el que las plantas herbáceas sufran tanto que llegan á perderse en ocasiones; sólo la vid y los árboles pueden continuar vegetando, porque la profundidad de sus raíces alcanza á utilizar las capas húmedas inferiores de la corteza terrestre.

Lo que hemos apuntado es concerniente á las aguas superficiales en general, pues refiriéndonos á la costa gallega nos encontramos que estos fenómenos sufren allí alguna modificación, hasta el punto de que en su vertiente cantábrica son casi continuas las lluvias, resultando relativamente escasa su evaporación.

Por eso en Galicia encontramos una de las pocas *localidades muy húmedas* de nuestra España (1), pues la capa de agua meteórica correspondiente al período anual asciende á 1.755 milímetros en el observatorio meteorológico de Santiago, que se distribuye en ciento setenta y siete días de lluvia; la evaporación viene á ser de 912,50 milímetros, dando como resultado un exceso del agua llovida sobre la evaporada de 842,50.

La temperatura media en el mismo observatorio es de 7,9 grados centesimales en invierno, de 12,4 en primavera, 19,1 en verano y 13,3 en otoño, llegando la máxima del año á 34,2 y la mínima á 3,8. Galicia, con sus terrenos sueltos

(1) A estas localidades pertenece Bilbao, cuya cantidad anual de lluvia es de 1.300 á 4.600 milímetros.

y permeables, su cielo nebuloso, sus frecuentes aguaceros y lo templado y húmedo del ambiente, es la región de los *prados permanentes* que caracterizan todo el litoral cantábrico; por tales circunstancias dicho suelo se cubre de una vegetación exuberante que le da el aspecto de grande fecundidad, ofreciendo copioso alimento á los ganados, y con especialidad al vacuno.

Las condiciones meteorológicas imponen al cultivo un límite bastante reducido: el *lino*, el *maíz*, la *patata* y la *parra*, cuyo fruto no llega á madurar sino en muy contadas localidades, pero que satisface una necesidad del país, son productos de aquella tierra saturada de lluvia y cubierta casi siempre de verdor. De la mucha extensión que tiene Galicia, de su exposición á vientos diferentes y de la varia disposición de su terreno resulta también la variedad de su clima, más frío y lluvioso en la parte del Norte, más templado en su centro, y caliente, á veces con exceso, en los valles, que se encuentran al Mediodía. Esta temperatura, relativamente elevada, fomenta el cultivo del naranjo hacia la costa y en los abrigos del interior, aunque en reducida escala, desarrollándose bien en otros sitios el *peral* y el *manzano* con todas sus variedades acídulas, lo mismo que el *nogal*, el *castaño* y la *encina*, que se desarrollan y fructifican en buenas condiciones.

Hay una planta preciosa, el *eucaliptus globulus*, de la que se han ocupado con interés todos los agricultores no hace mucho tiempo. Originaria de las Molucas, crece con extraordinaria rapidez, pues sus plantones alcanzan en un año 5 ó 6 metros de altura. La savia eminentemente aromática y balsámica sana la atmósfera, pasando por febrífuga, y sus hojas absorben una gran cantidad de humedad y de agua. Por todas estas propiedades conviene este vegetal para sanear los terrenos pantanosos, remediando su insalubridad. La madera del *eucaliptus*, á pesar [de su rápido crecimiento, es fina como la de la acacia; de la corteza, que se separa todos los años como la del plátano, se extrae un principio balsámico que da perfume á los cueros; y sus hojas y ramas, sometidas á la destilación, dan un aceite que

disuelve las resinas y que arde sin humo. La esencia del *eucaliptus* empieza á ocupar un lugar importantísimo en la perfumería y la farmacia, empleándola la medicina como sustituyente de la quinina. Por tan numerosas y excelentes virtudes se busca dicho vegetal para los paseos, y recordamos entre las plantaciones numerosas de él las de la Argelia, Italia y las de la región Sudeste de la Francia, habiendo en la línea de Marsella, por ejemplo, plantados más de 25.000 en los 300 kilómetros de aquel camino férreo. Esta plantación, que costó más de 18.000 francos, se esperaba que había de producir en veinte años más de 300.000 en maderas, deducidos los otros productos arriba mencionados. Es verdad que esta madera resinosa y aromática es propia para las piezas que están en contacto con el agua y la humedad, como estacadas, traviesas, barreras y postes para los telégrafos.

Conviniendo al *eucaliptus* los terrenos ligeros, como las orillas del mar, nada tiene de extraño que se haya desarrollado tan extraordinariamente en la costa gallega, en donde se ha introducido hace muy poco tiempo, pues según el testimonio del decano de todos los catedráticos de la Universidad española, nuestro respetable amigo y maestro el Excmo. Sr. D. Mariano de la Paz Graells, alcanzaban los numerosos ejemplares que procedentes de siembra vió en las inmediaciones de Santa Marta de Ortigueira una altura de treinta metros y de dos metros la circunferencia de su tronco á la altura del pecho, cuando su edad no era más que la de nueve años.

Los campos y montañas siempre verdes de Galicia, que apenas blanquean las nieves, los valles que abrigan, los ríos, el mar, las altas mesetas, la costa varia y dilatada y la tierra y el cielo, las aguas y los horizontes de este país, debieron encantar á los primeros celtas, como hoy encantan á sus descendientes, los cuales, adonde quiera que vayan, parece que llevan en sus ojos y en su corazón impresa la imagen de la patria gallega.

«Describir por entero y bajo todos sus aspectos un tan dilatado país y tan lleno de accidentes, sería caer de pro-

pósito en la monotonía de la palabra y de los cuadros. Más del dominio y ministerio de la poesía que de la historia, debe dejarse al poeta que, ora cante sus noches, ora dé á conocer los incomparables paisajes de que puede gozarse en cada momento y estación. Recréase el espíritu lo mismo allí donde verdea el maíz que en las llanuras en que los centenos se mueven y ondulan como mar amarillento; ora en aquellas encañadas en que el roble y el pino, el laurel y el naranjo sombrean y hacen agradables, como en la desierta meseta, en que pasta el caballo salvaje y se recortan en la larga línea del horizonte las aguas de los lagos y la silueta de los álamos que crecen en las solitarias orillas. ¿Cómo contar los misterios que engendran las nieblas de la montaña, las cuales, descendiendo sobre la hondonada, envuelven las corrientes y apenas se dejan herir por los primeros rayos del sol? ¿Qué decir de esas agrestes soledades en que el desmedrado carnero despunta los floridos citizos y busca goloso al pie de los juncales las aguas de la fuente oculta y las tiernas hierbas que el manantial cría y alimenta? ¿Qué, en fin, contar de la abrupta altura coronada por las ruinas del castillo feudal ó las del monasterio, como él representante de otros tiempos y como él abandonado? Aquí, como en el Ática, la golondrina de mar y la de tierra vuelan á un tiempo sobre los sembrados y sobre las olas y siguen el curso del arado y la estela de la nave. ¡Ah! Los encantos de esta tierra son indecibles, y el gallego haría perfectamente cantando como el normando aquella dulce canción que ha de equivaler en su día á la de *Je reverrai ma Normandie!* ¿Cómo no? El extranjero que hallaba á España tan triste y tan árida, asegura ya, al llegar al Bierzo, que (1) se cree transportado á la Grecia, á esa tierra de antiguo renombre, de la cual Teócrito describió tan perfectamente los montes salvajes y los sombríos bosques» (2).

A. DE SEGOVIA Y CORRALES.

(Continuará.)

(1) Galicia, por D. Manuel Murguía.

(2) Borrow, *The Bible in Spain*.



CASTA DIVA

I

—¿Conque te casas?... ¿Cosa decidida?

—Del todo, Luis.

—¿Pronto?

—Dentro de quince días.

—¡Aprieta! Y dime, Enrique, ¿es bonita tu futura?

—Á mí me parece encantadora.

—Lo creo. ¿Es rubia?

—Como el sol.

—¿Ojos azules?

—Como el cielo.

—¿Graciosa, elegante?...

—Tiene indecible atractivo.

—Excuso hablar de su edad...

—Veinte años.

—Y tú treinta. ¡Buena pareja, á fe mía!

Luis levantó su copa de ron y bebió lentamente.

Después continuó:

—Se llama...

—Eugenia.

—Y... ¿es rica?

—Ni poco ni mucho. Su madre, que falleció hace bastantes

años, carecía de fortuna. El padre, militar retirado, sólo posee su modesta paga.

—¡Diantre! Hé ahí un contratiempo.

—Al contrario. Me gustará que mi esposa me lo deba todo.

—No por ello será mejor.

—Es laboriosa, nada aficionada á la ostentación y muy amante de su casa: ¿qué más puedo desear?

—Sin duda, sin duda; pero...

—Tú no conoces á Eugenia—observó Enrique, apurando el café.—¡Si la vieras, solícita, afanosa, cuidar á su viejo y achacoso padre, entretenerle con deliciosa charla, recordarle sus campañas, los hechos de armas en que tomó parte y que siempre cuenta el pobre anciano con placer y orgullo!

¡Si la vieras hacer milagros de economía con el exiguo sueldo del veterano, cubrir decorosamente las diarias atenciones, vestirse ella con exquisito gusto y primorosa sencillez!...

¡Si la tratases y pudieras apreciar su discreción, su desinterés, la pureza de su alma!... ¡Si como yo hubieras sentido el encanto de su voz y abrasádote en la luz de su mirada... entonces, Luis, harías justicia á Eugenia y me considerarías dichoso por haber merecido el cariño de semejante mujer!...

—Permíteme que te admire, Enrique.

—¿Por qué?

—Porque conservas el candor y la inocencia, los sentimientos y creencias, el optimismo todo de la juventud. ¡Tú sí que eres bueno!

—¿Niegas por ventura el amor, la amistad, los nobles afectos del corazón?

—No tal; pero el amor verdadero, la amistad no egoísta y la virtud sin mancha ¡escasean tanto! No opino como el doctor Pangloss y como tú...; no es éste el mejor de los mundos posibles.

—¿Soy por eso más desgraciado?

—No en verdad.

—Si llegase á dudar de todo, á perder la fe... ¡Dios me perdone!... me mataría.

—¡Bah! Eso se dice.

—Y se hace.

—Pues bien, cree y sé feliz, pero bebamos.

Luis llamó y pidió más café, ofreció un habano á su amigo, encendió él otro, y recostándose en su asiento medio cerrados los ojos, aspiró con delicia el humo aromático de su cigarro.

II

Enrique contemplaba á su amigo con arrobamiento.

—¡Qué alegría experimento á tu lado, Luis!—dijo.—Cuando te creía fuera de España, en Francia ó Suiza, llegas á Madrid sin anunciarte, vas á mi casa y caes en mis brazos, causándome una de las más gratas sorpresas de mi vida. Con razón afirmaba Voltaire que era la amistad valioso presente de los dioses. ¡Cuánto charlamos esta tarde! ¡Qué de recuerdos, impresiones é ideas hemos evocado, recibido y cambiado! ¡Y qué agradable fué para mí esta comida en *Los Cisnes*, restaurant tantas veces en pasados tiempos por nosotros visitado y no siempre solos!... ¿te acuerdas? Pero hoy la satisfacción de haberte vuelto á ver me hizo olvidar mi ordinaria prudencia y sobriedad... Conozco que he abusado un tanto del Champagne y que estoy en camino de excederme con el café y el cognac.

—¡Si apenas has bebido! Además, estamos en un día excepcional... ¡Ea! Una copita de Chartreuse.

—Estoy ya mareado, Luis.

—¡Por Eugenia!

Y Luis llenó la copa de Enrique con el verdoso licor de los cartujos.

—Ya sabes—advirtió—que esta noche me perteneces, como has sido mío toda la tarde.

—Con placer grandísimo.

—¿Tu novia no te espera?

—Le he escrito participándole tu llegada y que paso contigo el día entero.

—Pues á divertirse. Volvamos por unas cuantas horas á nuestra antiguas costumbres, á nuestra vida de bohemios... Tú luego formarás el nido, tendrás dulce calor, mimos y halagos, pero tus alas perderán fuerza y energía y no podrás

como ahora remontar cuando te plazca el vuelo. Te conviene, pues, echar una cana al aire.

Yo estoy en caso distinto, no me casaré nunca; el matrimonio no sirve para mí; aunque mi mujer fuera la diosa Venus se me haría pronto habitual, y las impurezas de la realidad, la prosa de la vida, matarían en breve las pocas ilusiones que respecto á la mujer me quedan. En esto de casamientos, opino como Balzac. Soy, por otra parte, susceptible y exigente y ocasionaría la infelicidad de mi compañera con ridículas tiranías. Cierto que no sería mal padre, pero la vida es en la actualidad extraordinariamente cara y yo soy un modesto ingeniero como tú, pero no como tú rico, y no podría rodear á la mujer de todas las comodidades que deseara ofrecerle ni dar á los hijos la educación que yo quisiera. Solo, todo me sobra; en familia, me faltaría todo.

—Pero, Luis, la riqueza es elemento de felicidad, mas no la felicidad misma. Muchos viven con bastante menos que tú tienes y no son desdichados.

—No lo niego, pero llegaría á ser por mis hijos enormemente ambicioso, y lo dicho, viviría dado á todos los diablos con los modestos recursos de que dispongo.

Nada, conservaré mi libertad é independencia; cuidaré á mi madre, única mujer á quien adoro; trabajaré para distraerme y ganar el cotidiano pan; guardaré en mi pecho el sagrado fuego de la amistad, y usando de todo y no abusando de nada, en lo que á mi entender consiste la humana ciencia, trataré de prolongar esta vida fugaz, no tan buena como tú la imaginas, pero no tan despreciable que deba malgastarse. Pero basta de filosofías... Una última copa...

—Imposible: te aseguro que no tengo ya segura la cabeza.

—Á mi salud; ¿serías capaz de desairarme?

—Pero, Luis, ¿quieres que me emborrache?

—No tanto; pretendo sólo que nos alegremos. ¿Otra de Chartreuse?

—Será tuya la responsabilidad...

—La acepto... Yo tomaré ron; esos frailes azucaran demasiado... Y después iremos al Real; se canta *Mignon*; ¿te gusta la partitura de Thomas?

—No me entusiasma, pero aplaudiremos á la Nilson que, además de gran cantante, es una actriz admirable.

—Vamos allá; y á la salida del teatro, como fin y remate de este día placentero, visitaremos á madame Hortensia.

—¿Estás loco, querido?

—La *insigne modista* prepara por modo asombroso el ponche y unos cuantos vasos servidos por blancas manos nos sentarán divinamente.

—Pero ¿comprendes lo que dices? ¿Te parece bien que yo, que hace tiempo no pongo los pies en tales sitios, que sólo en momentos de desvarío he cedido al instinto grosero de la carne, que estoy próximo á casarme, que idolatro á mi futura, te parece bien vaya ahora á casa de madame Hortensia, concluya allí de *achisparme* y... Luis, amigo mío, te perturba y trastorna el *Jamaica*...

—¡Eh, qué diablo! Por lo mismo que vas á casarte, que amas con pasión á tu novia, que das un ¡adiós! á tu independencia de soltero, no está mal oigas de los autorizados labios de Hortensia hasta dónde suele llegar la flaqueza femenina y veas de cerca una vez más á la mujer caída para que, por el contraste, puedas apreciar mejor lo que vale un hogar honrado y una esposa honesta y fiel. Pero yo no trato en manera alguna de seducirte ni hacerte caer en pecado... Eso dependerá de ti mismo.

—Luis, Luis, eres un demonio tentador...

—Que te quiere mucho y desea ardientemente tu felicidad. ¿Salimos?

Vaciaron las copas y abandonaron el *restaurant* cogidos del brazo, brillantes los ojos, encendido el rostro, un tanto inseguro y vacilante el paso.

III

Son las doce de la noche.

Cerca de la chimenea encendida, sentados en dos butacas, están Enrique y Luis, silencioso el primero, decididor y alegre el segundo.

La habitación es grande y bastante bien amueblada.

Una lámpara colgada del techo lanza suave claridad que absorbe el color rojo de la sillería, colgaduras y alfombra y reflejan los dorados y espejos.

Á derecha é izquierda hay dos gabinetes cuyas entradas cierran espesos cortinones.

El aire tibio que se respira está cargado de perfumes.

Sobre un velador, cercano á la chimenea, y en amplía ponchera chinesca, brillan las movibles azuladas llamas del ron, que una mujer de mediana edad, no fea y vestida con pulcritud, agita acompasadamente con un cucharón de plata.

Es madame Hortensia, la famosa Celestina que, durante una larga década, ha contribuído en la medida de sus fuerzas, no escasas, á la baja de la moralidad en la coronada villa del oso y del madroño.

En una de las principales calles de la capital tiene un lujoso establecimiento, donde se ostentan los más recientes, costosos y tentadores caprichos de la moda.

Lindas muchachas, que confeccionan también toda clase de adornos para señoras, atienden con solicitud al público, con frecuencia escogido, que forma la clientela de la *reputada* modista francesa.

Nadie presumiría que era aquél un centro formidable de corrupción; que se atentaba allí al pudor de la doncella, desvaneciendo sus escrúpulos y temores, presentándole la *falta* agradable y fácil, rindiendo al fin la fortaleza de su recato; que allí solía la esposa recibir el ramo de flores, el billete apasionado, dar el primer paso en sendas y caminos de perdición, que allí olvidaba á menudo el marido la fe jurada.

En aquel establecimiento, que por los artículos que en él se expendían era frecuentado por tantas mujeres de diferentes condiciones, urdiase con infernal habilidad la intriga, se tendía la extensa red en que la necesidad, el temperamento á veces y la ciega tendencia á la disipación y al lujo arrojaban á muchas desdichadas jóvenes y á no pocos mentecatos.

Pero la infamia realizábase en la calle de..., en la morada de madame Hortensia, concurrida un tiempo por la flor, nata y espuma de los calaveras que á la diosa del placer y de la

hermosura llevaban más frecuentes y espléndidas ofrendas.

Y el vicio revestíase en tal lugar de aspecto risueño y deslumbrador, de formas delicadas, del encanto poderoso del misterio.

.....
—Está en punto, señores—dijo Hortensia, dejando tranquilo el cucharón.—Voy á servir á ustedes.

Y llenó los vasos.

—¡Inmejorable!—declaró Luis saboreando el ponche.—Hay que reconocer que para preparar este licor soberano tiene Hortensia angelicales manos.

—La costumbre... ¿No bebe su amigo de usted? Parece triste y preocupado.

—Es de melancólico carácter—advirtió Luis con seriedad—y nunca se encuentra contento en Madrid. Estos provincianos cuando se les saca de su pueblecillo... No me costó pequeño trabajo traerlo á esta casa; pero tenía empeño en que te conociera... ¿No pruebas el ponche, Enrique? ¿Y tú, Hortensia?

Y llenando el vaso de aquella Celestina, más temible que la descrita por Rojas, dijo mirándola de hito en hito:

—¿Sabes que estás muy guapa? Ni una cana, ni una arruga... nieve en los dientes, carmín en los labios, relámpagos en la mirada, soltura y elasticidad en el cuerpo... Chica, guardas de seguro el secreto de la belleza eterna.

—¡Adulador!

—Constituyes todavía un peligro, un escollo temible, difícil de evitar...

—Pues aparte la exageración de sus palabras de usted, es lo cierto que he envejecido muy poco, teniendo en cuenta mis sufrimientos .. Esta vida mía de inquietudes, contratiempos y amarguras perpetuas...

—¿Por qué no la deja usted?—interrumpió Enrique.

—No se puede todo lo que se quiere. Hasta ahora no me ha sido fácil salir de este mal andar, pero quizá logre realizar pronto mi sueño... porque tengo ya tiempo un sueño de color de rosa...

—¡Ah, ah! ¿De veras?

—Sí, don Luis; mi sueño, mi ilusión, el anhelo de mi vida

entera ha sido y es una casita blanca, situada al pie de una colina, rodeada de árboles frondosos. Y en esa casita pasar el resto de mis días tranquila, sin emociones, procurando borrar la memoria de lo que fué, regando mis flores, aspirando la brisa del mar, gustando el trato de gentes sencillas y honradas...

—Y prosternado á tus plantas un Pablo que te enamore. Vamos, el idilio de Bernardino de Saint-Pierre, salvo, se entiende, aquello que perdido no se recobra jamás. ¡Cosa más rara! ¿Quién lo pensara de tí, querida Hortensia?

Y Luis, riendo, sirvióse otro vaso de ponche.

Tomó Enrique algunos sorbos del suyo y volvióse un tanto sorprendido hacia la *modista*.

—Piensa usted así—dijo—y diariamente trafica con el vicio; pero ¿cree usted por ventura en la honradez y la virtud?

—¿Quién lo duda? Yo sé bien que existen la honradez y la virtud, porque más de una vez las he combatido inútilmente. Asegúrase que todas las mujeres se venden y que la diferencia está sólo en el precio...

—Lo aseguraba Isabel de Inglaterra—apuntó Luis.

—No es cierto: hay mujeres que no ceden á los horrores de la miseria ni á los esplendores de la fortuna. Son las menos, convenido, pero existen. Y yo, pensando esto, continuó siendo lo que soy por un conjunto de circunstancias que no es ésta ocasión de referir... Caí niña en el lodo, me pervirtieron, me explotaron horriblemente, pero llegó un día en que exploté á mi vez... y exploto todavía, muy decidida, sin embargo, á tomar otro rumbo, otra existencia, á morir de distinto modo que he vivido.

—Propósito excelente—apoyó Luis;—pero como, por lo visto, aún está un poco lejana tu redención, la época de paz y sosiego que ambicionas, hablemos de tu presente, que no es ciertamente paradisiaco. Oye: ¿tienes ahora tan buenas *afiliadas* como hace cuatro años? Supongo que las que nos vas á presentar serán de lo más selecto, granado y superfino...

—Ya sabe usted, D. Luis, que he procurado siempre complacerle.

—Y tú no ignoras que no regateo jamás los servicios que se me prestan...

—Con eso y sin eso. Debo á usted favores y le aprecio de veras... Las que vienen son *de lo superior*, dignas de un príncipe, y vienen porque usted no reside ya en Madrid y porque su compañero es, según dice usted, de provincias y se marcha pronto á su país.

—¡Hola, hola! ¿Son tal vez duquesas?

—Las duquesas no acudirían á mi casa por lo que esas señoras vienen, aunque por un *capricho* no digo que no; pero son personas en algunos círculos conocidas y á las que un mal encuentro pudiera ocasionar gravísimos perjuicios. El deseo de lucir, de tratarse bien, de no desmerecer con sus amigas, los pícaros *trapitos*... las hicieron resbalar y hundirse...

—¡Qué horror! ¿Y son de familias regulares?—preguntó Enrique.

—¡Y tanto!... Muy respetadas.

—Pero eso puede llegar á saberse—indicó Luis.

—Entonces sobreviene la catástrofe... pero es raro, muy raro que se sepa.

—Y usted—dijo Enrique duramente—desea vivir entre gente honrada y merecer su estimación.

La Celestina le miró con extrañeza.

—¡Bah, bah!—interrumpió Luis.—El mundo será siempre el mismo hasta la consumación de los siglos; hay bueno, pero lo malo abunda infinitamente más. Tomémoslo como es y gocemos... con razón y cuenta... Pero esas ninfas tardan mucho, Hortensia.

—Hace media hora que envié el coche... Deben llegar de un momento á otro.

—Lo más acertado será retirarnos—dijo Enrique poniéndose en pie.

—¡Voto á sanes! Ten calma. Ya me figuro lo que tú sientes y piensas, pero aguarda un poco. Hemos esperado demasiado para que nos marchemos sin ver los dos celestiales *palmitos* prometidos. Además, querido, recuerda: el contraste te hará apreciar mejor...

Sonó un timbre.

—Ahí están—dijo madame Hortensia.

Y corrió á la puerta.

Sentóse Enrique de frente á la chimenea.

Luis, al contrario, se volvió con viveza hacia la entrada de la habitación.

Se oyó en el pasillo cuchicheo, roce de vestidos, pisadas leves, é instantes después, levantado el *portier* por la mano de Hortensia, entraron, conmovidas, entrecortada la respiración, dos jóvenes de veinte años, poco más ó menos, ataviadas con elegancia, una morena, rubia la otra, y de belleza verdaderamente notable.

Luis se adelantó sonriendo.

—¡Preciosas!... ¡Adorables!—dijo.

Y saludando ligeramente les tendió las manos, conduciéndolas al sofá.

Pero de pronto fijó la rubia sus ojos en Enrique, que permanecía inmóvil en su butaca, exhaló un grito y cayó pesadamente al suelo.

Aquel grito estremeció violentamente á Enrique, que se puso en pie de un salto.

Miró á la joven desmayada y retrocedió dos pasos, cubierto el rostro de palidez espantosa.

Después, súbitamente, acercóse á aquella mujer, la levantó con fuerza incontrastable, contempló con intensidad aterradora su semblante descolorido como la azucena, blanco, de peregrina é ideal hermosura, y acercándolo al suyo hasta casi tocarlo, murmuró con infinito dolor, con acento que nada tenía de humano:

—¡Eugenia!

Y dejando caer bruscamente el cuerpo de la joven, lanzóse arrebatado, delirante, loco, fuera de la habitación y de la casa.

IV

Luis llegó tarde.

Enrique se había herido mortalmente con un revólver.

Agonizaba tendido en uno de los asientos de la plaza de

Oriente.

—¡Gran Dios! ¡Qué has hecho, Enrique?—exclamó Luis con desesperación, sosteniendo entre sus brazos al moribundo compañero.

—Eugenia... ¡una prostituta!...—dijo con voz apenas perceptible.

—¡Hermano mío, hermano mío!—repetía Luis sollozando.

—Tienes razón—añadió Enrique con inmenso esfuerzo, llevando las manos convulsivamente al pecho.—¡Todo es mentira!

É inclinó sobre el hombro del amigo la lívida cabeza y cerráronse sus ojos para siempre.

R. ACEVEDO RIVERO.





NOTICIAS SOBRE LA IMPRENTA Y EL GRABADO EN FILIPINAS

La imprenta en Filipinas tiene, en sus aspectos material y moral, caracteres que le dan una fisonomía propia.

Moralmente ha sido y es un instrumento en manos del Estado y la religión: no ha esparcido, pues, mala semilla, hablando en el sentido español y católico, y es mucho poder decir que, si no puede jactarse de haber vulgarizado los conocimientos modernos en todos los ramos del saber humano, también es infinitamente más cierto que tampoco ha enseñado á los filipinos las teorías cuyo valor científico y moral no me meteré á examinar, pero que conmueven hoy y hacen vacilar el Estado, la sociedad, la familia y la religión en los países más adelantados del globo. ¡Las prensas filipinas, pues, han *gemido* siempre oficialmente! Ni la madre patria ni la religión católica pueden dejar de mostrarse allá agradecidas á tan noble industria humana.

El Estado se ha servido de la imprenta para dar á luz las reales órdenes, los reglamentos, toda la complicada legislación de su administración; las Ordenes religiosas, para publicar las crónicas de sus *provincias*, la historia de Filipinas, los vocabularios y gramáticas de aquella multitud de lenguas y otras obras de gran utilidad para la civilización de los malayo-

filipinos. Entre ellas figuran en primera línea, las de propaganda religiosa en español y dialectos del país y otras de ciencias y artes, bien que en pequeña cantidad y de escaso mérito, por ser regularmente de Europa las que, como es natural, prefieren los colegios superiores. La prensa periódica, en fin, en manos de personas que no representan oficialmente ni el Estado ni la religión, tiene el mismo carácter, es decir, que no saca á la prensa de sus *gemidos oficiales*, bien sea por armonizar voluntariamente su acción con la del Estado y la religión, bien porque, aunque así no lo quisiera, hay una previa censura que se lo exige.

El hecho es que, por una especie de convención tácita, bajo la vigilancia de esa censura siempre alerta, la prensa no ha sembrado más que ideas propias para mantener y extender en Filipinas el amor y la veneración á España, y la comunión de todas aquellas razas en la fe católica.

Materialmente es y ha sido modesta, produciendo lo suficiente para los hábitos intelectuales de aquellos habitantes, sin lujo tipográfico alguno. Esto último responde á la vida en general, que es también pobre en aquel país, en donde el arte, el buen gusto, el lujo y la fantasía, se consideran extremados cuando alcanzan manifestaciones de un nivel no superior al que en Europa se considera apenas fuera de lo adocenado y vulgar. No se busquen, pues, esas famosas ediciones que la hermosura de su impresión y otras galas tipográficas las hacen tan deseadas por los bibliófilos. Una orla miserable, algunas mayúsculas historiadas, una ó dos líneas en tinta roja en la portada, constituyen los adornos con que se ha engalanado alguno que otro libro, en los que aparecen también raros grabados sin más mérito que el haber sido ejecutados por artistas que jamás vieron cosas más famosas que las que hacían ellos mismos.

Más que en ninguna parte, las causas de destrucción de los libros son poderosas y variadas en Filipinas. Las poblaciones de casas de caña y nipa, que arden como la yesca, no son ciertamente las mejores para conservar antigüedades, y como no hay allá pueblo que no se haya quemado completamente dos veces por lo menos en el transcurso de cincuenta años,

resulta que el único local en donde puede conservarse y envejecer algo es el convento, y en las poblaciones de gran importancia, alguna que otra casa de materiales fuertes. En edificios de esta categoría tiene el libro que temer, además del incendio, aunque no sea tan frecuente, la humedad común en aquella tierra, el *anay* y la polilla. Añádase á éstas las causas de destrucción generales en todas partes, como el desprecio á los libros *viejos*, su abandono en manos de los niños, etc., etc., y se comprenderá cómo algunos se han llegado á imaginar que en Filipinas ya no existe nada antiguo fuera de los conventos de Manila.

Tal era también mi creencia cuando en 1887 fuí al Archipiélago, y durante los primeros días de los dos años que en él pasé, ni siquiera me ocupé en buscar libros, porque tenía la seguridad que no existían, hasta que en los últimos meses se me ocurrió ponerme á la caza de ellos. Mis primeros pasos dados con este fin fueron para desanimar á cualquiera; pero un día ocurrió que cierto amigo mío, á quien no nombraré para no molestar su pequeño amor propio, al contestarme con la mejor buena fe que no poseía nada interesante ni viejo, añadió que, si quería, podía para convencerme registrar su biblioteca. Aprovechando la oferta, á pesar de la alta temperatura y de la venerable capa de polvo que envolvía como un sudario un montón de libros abandonados en una habitación por fortuna no húmeda, me puse á registrarlos escrupulosamente. Lo primero con que tropecé, después de unas novelas de Pérez Escrich y D.^a María Sinués de Marco, fué con la Crónica del P. Fr. Juan de San Antonio, en tres tomos. Esto me dió la clave del procedimiento que en adelante debía seguir; desde aquel memorable día ya no preguntaba si tenían libros viejos las personas á quienes molestaba, sino que les rogaba me permitieran ver y registrar los libros que en menos estima tuvieran en su casa. Muchos accedían gustosos á lo que consideraban una excentricidad, otros se negaban creyéndome un espía del Gobierno para descubrir libros prohibidos; pero yo, en fin de cuentas, reuní una buena colección de libros que hoy me permite redactar este trabajo.

Otros antes que yo (¿es acaso pueril decirlo?) tuvieron el

mismo propósito, pero no seguido de los mismos resultados; uno de ellos, por cierto de los más ilustres, el célebre General Enrile, Gobernador de Filipinas, no pudo lograr adquirir ni ver siquiera libros de los primeros años de la imprenta en el país. Esto no impidió que dicho General se trajera de Manila una importante colección de documentos impresos y manuscritos, no muy anteriores á su época, y yo poseo en mi biblioteca un diccionario pangasinán de los que trajo y que debo á la bizarría del Coronel Enrile, su hijo. Debo añadir, que no ha sido en Manila en donde he podido adquirir libros antiguos filipinos, y si bien logré allá algunos, he adquirido, sin embargo, los más importantes en París y Londres, ¡y á qué precios!

Últimamente apareció en Madrid el catálogo de la «Biblioteca filipina» que un laborioso y distinguido filipinista, el señor D. W. E. Retana, ha logrado formar. El Sr. Barrantes y D. Juan Álvarez Guerra, tienen también libros interesantes; pero en donde parece que existen más numerosos y quizás más escogidos es en el Museo biblioteca de Ultramar, fundado en Madrid por D. Víctor Balaguer cuando fué Ministro del departamento.

En esta última biblioteca existe un manuscrito del señor D. Francisco Díaz Puertas, redactado cuando la Exposición filipina de Madrid en 1887, titulado «Ligeros apuntes sobre la imprenta en Filipinas,» en el que, desdichadamente, nada ó casi nada dice de las imprentas antiguas, ó sea anteriores á 1830.

En un periódico de Cádiz que me ha facilitado el profesor Blumentritt, sabio y conocido filipinista, de Leitmeritz, *El Comercio*, leo un artículo publicado por el Sr. Sánchez del Arco (29 y 30 Julio 1885), titulado «La imprenta en Filipinas,» en el que su autor no habla más que de generalidades, sin aclarar nada de tan interesante asunto. Á esto se reducen los trabajos que preceden al mío.

Un sabio orientalista holandés, el doctor J. Brandes, me escribió en 1885 desde Bali-Boeleleng (Java), diciéndome que, ya en 1593, se imprimió en Manila una *doctrina* cristiana en español-tagalog con caracteres propios de esta última lengua. Otros

orientalistas, cuando el último Congreso de Londres, en 1891, me dieron la misma noticia. Ninguno me dijo, sin embargo, dónde leyeron semejante cosa, ni mucho menos, que hubieran llegado á ver tal libro; cuando registrando hace poco un ejemplar raro que adquirí en París (*Alter. Ueber die tagalische sprache. Wien, 1803*), vi que el autor citaba tal doctrina cristiana y decía que sabía su existencia por el abate Hervas. Es un error, y sin duda tal doctrina era manuscrita, porque en 1591 no existía ninguna imprenta en Manila ni otro punto del Archipiélago, y sabemos hoy cierta y positivamente que el primer libro que vió la luz allá salió en 1610.

Es también un error el de creer que la imprenta se introdujo en Filipinas por los chinos, porque por más que en China se conocía entonces el estampado (la impresión por planchas grabadas), desconocían completamente la tipografía. La tipografía, el arte de imprimir *componiendo con caracteres* móviles era, mal que les pese á los que quieren descubrir en China el conocimiento de todo lo que hoy nos maravilla, cosa que no sabían los celestes, y su descubrimiento gloria indisputable que pertenece á Gutenberg. Los europeos la introdujeron en el Celeste Imperio posteriormente á la época que señalamos en Filipinas. Ha sido, pues, completamente imposible que el material de las primeras imprentas en las islas, viniera de China.

He dicho antes que las condiciones materiales de nuestros libros son inferiores: los impresos anteriores á 1830 están hechos sobre un papel que unos llaman de arroz, otros de seda y también de China, por el lugar de procedencia.

Este papel es una de las causas de la grande destrucción de aquellos libros. Es detestable, quebradizo, sin resistencia ni consistencia, y se le llama de arroz porque se le supone fabricado con esta gramínea. Era el único que se empleaba entonces en Filipinas, no sólo para la imprenta, sino para todo género de escritos, cartas, etc., etc., y aún recuerdo que en 1874, cuando el tabaco era monopolio del Estado, se hacían los cigarrillos con este papel, y que los indios y chinos lo preferían (y quizás aún hoy lo prefieran) al papel de hilo, al de Alcoy, etc., á pesar del detestable gusto que comunica al tabaco.

En China fabrican comúnmente el papel con el bambú, pero más principalmente con el algodón y una planta que los viajeros no citan más que por su nombre vulgar, que trasciben de diversos modos, llamándolo *kochu*, *kotsu* ó *kotzu*. Hoy día se sabe que esta planta es una ulmácea (*Broussonetia papyrifera*, Vent.) con cuyo líber también fabrican una tela en el Japón. El papel de algodón es el superior y, naturalmente, más caro; pero los papeles de calidad secundaria que se recibían en Manila, adonde no se importa regularmente más que artículos comunes y de bajo precio, eran de *kotsu*. Como todos los de fabricación china, están cargados de alumbre, los más finos como los más gruesos, con objeto de blanquearlos y suavizar la superficie, manipulación deplorable, porque hace al papel muy higrométrico, condición fatal para un clima tan húmedo como el de aquellas islas. Además, como el alumbre que emplean es impuro y contiene grandes proporciones de sales de hierro, la humedad y el tiempo hacen que se forme un óxido que mancha al fin el papel, por cuya razón los libros filipinos presentan una coloración que recorre la gama de tonos desde el color de hueso al de canela obscuro.

Los frailes y jesuitas han dejado escritas multitud de crónicas é historias que son una preciosa mina de noticias de toda índole relativas á Filipinas, pero desdichadamente, la imprenta les llamó muy poco la atención á juzgar por el silencio que han guardado sobre ella. Apenas si la han dedicado algunas líneas que citaremos al hablar de cada una de las que se fundaron en el país.

Las primeras y únicas que allá hubo hasta principiar el presente siglo, fueron fundadas y eran propiedad de los frailes y jesuitas. Los dominicos, los jesuitas, los franciscanos y agustinos, tenían imprentas, cuyo papel en la historia de la civilización de aquellas razas es de una importancia tal que excusa todo comentario.

Á principios de este siglo sus productos fueron, hablando materialmente, deplorables, y lo atribuyo á que los tipos y material empleado eran viejos, cansados y fuera de uso. Los más hermosos impresos, la flor de aquellas imprentas, vieron la luz desde principios á mediados del siglo XVIII: fué el perío-

do de apogeo y brillo, bien modesto por cierto, pero brillo al fin, que decayó rápidamente. Finalmente, con el siglo XIX se han ido introduciendo allá los perfeccionamientos del arte, pero lenta, lentísimamente, como se introduce la civilización en aquellas tierras.

Imprentas de los dominicos.

1. *Imprenta de Bataan.*—Al P. Francisco de San José, ó Blancas, fraile dominico, cabe el honor de haber introducido la imprenta en Filipinas. Pocas noticias, ó por mejor decir, muy escasa es la noticia que sobre tan importante acontecimiento tenemos, pues sólo se reduce á una nota cortísima que le dedica el cronista de la Orden dominicana en Filipinas, el obispo Aduarte, quien al hablar del P. San Joseph, dice: «Como no había imprenta en estas islas ni quien las entendiese ni fuese oficial de imprimir, se dió trazas de cómo hacerla por medio de un chino cristiano que vino (á China) á sacar todo lo necesario para imprimir.»

La imprenta se instaló en el convento que los frailes dominicanos tenían en el partido de Bataan, y las primeras obras que salieron de sus prensas fueron las del mismo P. San Joseph. Este fraile había llegado á Filipinas con la misma misión que el venerable Fr. Aduarte en 1595, y los únicos datos biográficos que de él he hallado, se reducen á señalar el lugar de su nacimiento, Tarazona, y la edad en que ingresó en la Orden dominicana, los quince años. Murió en Manila hacia 1613, y durante los diez y nueve años que permaneció en las islas se dedicó con empeño al estudio del tagalog y á la conversión de los indios de Bataan, vertiendo á su lengua infinidad de libros religiosos que se reimprimen aún hoy día, y conquistándose el cariño y la veneración de los neófitos.

La primera gramática tagalog, al par que el primer libro que se imprimió, fué su siguiente obra:

2. Arte y reglas || de la lengua || tagala || || *En el partido de Bataan* || || *aio, Año de 1610.*

El único ejemplar que de tan curioso libro existe es el que

posee el Museo-biblioteca de Ultramar de Madrid, de cuya portada tengo un calco que debo á la amabilidad de su director D. Francisco de P. Vigil. Dicha portada tiene en el centro un grabado en madera de 95 milímetros de alto por 75 de ancho que representa las armas de la Orden de Predicadores; tiene una orla, pero por desgracia sus bordes están carcomidos, y el pie de imprenta resulta incompleto, no conservándose de él más que las palabras que hemos transcrito. Es un en 4.^o pequeño de 7 hojas sin numerar y 311 páginas numeradas; el papel es de china y la impresión no mala. Hay en él algunas palabras en caracteres propios de los tagalog.

No me ha sido posible hallar el nombre del chino cristiano, de que habla Aduarte, que sirvió al P. San Joseph para la instalación de la imprenta, y quizás fuera su nombre el que falta en el pie de imprenta, del que pudieran ser las últimas letras, las *aio*, que van antes del año 1610.

Tengo en mi biblioteca la segunda impresión de esta gramática seguida de la reimpresión de un libro contemporáneo cuyo título es:

3. «Librong pagaaralan || nang manga Tagalog nang nicang Castilla || Libro en que aprendan || los Tagalos, la lengua castellana || || Hecho por Thomas Pinpin, || natural de Bataan || *En Bataan, por Diego Talaghay || Impresor de Lib. Año de 1610.*»

Me llama mucho la atención que en el mismo año en que veía la luz el *arte*, el primer libro impreso en Bataan, cuando según Aduarte no había quien supiera el arte de imprimir más que el «chino cristiano,» un indio (*Talaghay* es nombre puramente tagalog), titulándose ya *impresor de libros*, publicara el que acabo de mencionar. El P. San Joseph había estudiado en la Universidad de Alcalá, ciudad que, en aquella época, era un gran centro productor de obras tipográficas: posible es, y para mí muy probable, que el fraile dominico, por afición ó por necesidad, trabajara en alguna imprenta y fué de este modo como, al llegar á Manila, pudo enseñar la tipografía á los indios de Bataan, ó por lo menos á Diego Talaghay. Como lo tipos, prensas, etc., no existían en Manila, es también probable que aquel «chino cristiano» le sirvió para hacer

la compra del material, cuya adquisición pudo haberse hecho en Goa, por ejemplo, porque en China ya hemos demostrado que no era posible. Yo no tengo duda de que el referido chino fuera nada más que el comprador, después que el P. San Joseph le diera, como es natural, las explicaciones propias para hacerle comprender el mecanismo de una imprenta, para ponerle en disposición de poder cumplir debidamente su comisión: no fué, pues, el *introduccionista* de la imprenta en Filipinas, es decir, el que se creaba un puesto de honor en la historia de la civilización de aquellas islas.

El citado libro de Tomás Pinpin (ver núm. 3), cuyo nombre veremos más adelante, llevaba al final un «Interrogatorio para la confesión,» en español tagalog, hecho por el mismo P. San Joseph.

Las obras de este religioso, que debieron imprimirse en Bataan, pero de cuyas ediciones no se encuentran ni rastros, fueron: *Memorial de la vida cristiana*; un libro en tagalog para la *confesión y comunión*; *Confesionario copioso* y *Postrimerías ó libro de los cuatro novísimos*. Para completar diremos, que había dejado á su muerte las siguientes obras manuscritas: dos tomos de sermones; vidas de santos; *Las excelencias del Rosario*; *Explicación del Pater-noster*; *Tratado de la oración*; *Meditaciones* y un *Vocabulario español-tagalog* del que se sacaron las principales materias para la formación del diccionario que en 1754 publicó en Manila el jesuita San Lúcar (núm. 46).

Bataan es el nombre de una provincia de la isla de Luzón, situada al N. O. de la bahía de Manila, en la que se halla situada la famosa sierra de Mariveles, cuyas altas cimas son las primeras que aparecen en el horizonte cuando un barco que se dirige hacia Manila se acerca al término de su navegación. En la actualidad no hay en la provincia ningún pueblo que se llame Bataan, y aunque en lo antiguo existió uno así llamado, cuya situación se ignora hoy día, no fué, sin embargo, en él donde se instaló la imprenta, porque fué administrado por frailes agustinos. Además, en el libro del P. San Joseph se lee: *en el partido de Bataan*, sin señalar el pueblo. En 1610 no había en aquel partido más que los pueblos de *Abucay* y *Samal*, á cargo de los dominicos. Supongo que fuera en Abucay

en donde se instaló la imprenta, porque tenía más importancia que Samal: en 1588 era ya una vicaría, en tanto que el último sólo lo fue en 1641.

Sánchez del Arco dice, que esta imprenta se trasladó en 1612 al colegio de Santo Tomás de Manila; pero no me parece esto exacto, y por lo que se verá después, me inclino á creer que, bien porque se vendiera, bien porque la recibiera como herencia del P. San Joseph, lo cierto es que pasó á ser propiedad de Tomás Pinpin, que fué autor del libro tagalog que antes he citado. Después veremos, al hablar de imprentas de franciscanos, que dicho Pinpin la llevó al pueblo de Pila.

4. *Imprenta del colegio de Santo Tomás.* No he hallado en ningún libro noticia relativa á esta imprenta. Díaz Puertas, en su memoria manuscrita, dice respecto á ella lo siguiente: «La » imprenta fué dada á conocer en Filipinas el año 1620 por » los PP. dominicos, instalándose la primera en el solar don- » de está hoy el colegio de Santo Tomás: estaba dirigida por » un lego de la orden, el cual fué el primero que enseñó el arte » de la imprenta á los indios tagalos del arrabal de Sampaloc » y á otros ilocanos que eran criados del convento.» Es inútil insistir sobre la inexactitud de estas noticias después de lo dicho respecto á la imprenta de Bataan; pero lo que quizás haya de cierto en ellas es la fecha de la instalación de la imprenta en Santo Tomás. Me parece que la que dirigía Pinpin, en Pila, vino á funcionar al colegio, porque es posible que dicho Pinpin fuera con ella adonde lo llamaran, por cuya razón lo veremos trabajar en distintos lugares.

Según los libros que tengo en mi biblioteca y notas bibliográficas que poseo, he podido llegar á conocer los nombres de los que imprimían en Santo Tomás, y son los siguientes:

5. *Thomas Pinpin.*—El libro más antiguo de que tengo noticia, salido de aquellas prensas del colegio, es:

6. «Relación verdadera y breve de la persecución y martirios que padecieron... en Japón quinze Religiosos de la provincia de San Gregorio... por fray Diego de San Francisco... » *En Manila, en el colegio de Santo Thomas de Aquino, por Thomas Pinpin, impressor de libros. Año de MDCXXV.* En 4.º,

»de 3 hojas sin numerar (h s n) y 64 folios (f f), en papel
»de arroz.»

Pocas, casi ninguna noticia tenemos de libros de esta época, y atribuyo á la misma imprenta, puesto que era la única en Manila, la obra del P. Carrero, dominico, titulada: *Triunfo del Santo Rosario*, que salió á luz en 1626. De este libro no existía más que un solo ejemplar en 1866, que permitió á los dominicos hacer una segunda edición en 1868. Á dicha obra seguía esta otra: *Relación del martirio del B. P. Fr. Pedro Vázquez*, etc., ambas sumamente interesantes para la historia de la cristiandad en el Japón, porque no se limitan á dar cuenta de los padecimientos de los cristianos y mártires en aquel imperio, sino que refieren mil circunstancias políticas, militares, etc., relacionadas con los sucesos que más principalmente mencionan.

Copiaré del primer libro unas líneas que hablan de la imprenta, y que el P. Carrero escribe apropósito de una obra que tenía manuscrita: «...Algún día saldrá á luz, sino que la poca comodidad que para ello hay no ha dado lugar á que se imprima, por ser los impresores indios naturales de esta tierra, que jamás vieron tal modo de imprimir, y ésta es la causa de que se hayan impreso algunas relaciones breves, y esas con algunas faltas de impresión, porque los oficiales no son para más. Demás de esto, el papel no es muy apropósito, y los demás adherentes se hallan con dificultad, que es la total causa de no haberse impreso muchas obras.»

No puedo decir hasta qué fecha imprimió Pinpin en Santo Tomás; pero en 1639 me consta que dirigía la de los jesuitas (ver núm. 34). Fué, como se ve, una especie de impresor ambulante. Era un indio singularmente activo y laborioso, natural de Bataan, educado por su protector el P. San Joseph, á cuya instigación, sin duda, escribió é hizo imprimir su libro (ver número 3) para que sus paisanos aprendieran el español. En este libro, él mismo se les presenta como envidiable ejemplo, excitándoles á que le tomen por modelo. Sin duda alguna tenía motivos para estar enorgullecido, no sólo por la educación que recibiera del bondadoso dominico, sino por el hecho de ser autor de uno de los primeros libros (el segundo quizás) que se im-

primían en Manila. Aprendió el arte tipográfico, y en 1613 le vemos imprimiendo en compañía de Domingo Loag, tagalog como él, el vocabulario del fraile Pedro San Buenaventura, en la villa de Pila. El nombre, pues, de Pinpin se ve mezclado á los primeros acontecimientos literarios y tipográficos en Filipinas.

Á la muerte del P. San Joseph, todo el material debió quedar de su propiedad y fué con él á ofrecer sus servicios á quien quería de ellos. El P. San Buenaventura le retuvo en Pila mientras permaneció de cura en aquel pueblo, hasta 1620. Entonces Pinpin se presentó al colegio de Santo Tomás, en donde trabajaría hasta 1627 ó 36, época en que se fué con sus aparatos al colegio de los jesuitas, en donde, como veremos en su lugar, trabajó hasta 1639 y aun quizás hasta 1648. Después de esta última fecha no tenemos datos que nos permitan seguir su pista y sólo me parece que moriría antes de 1668, pues en este año la imprenta de los jesuitas la dirigía un *Simón Pinpin*, que tal vez fuera su hijo. Aunque hubiera muerto antes, y siempre sería después de 1648, parece que llegó á una avanzada edad, pues que suponiéndole veinte años cuando en 1610 publicó su libro, debía tener cincuenta y ocho años en 1648.

T. H. PARDO DE TAVERA.

(Continuará.)





EL DIOS DE LOS CONSUELOS

TRADICIÓN ALICANTINA

(*Conclusión*) (I).

V

En medio de espacioso cuadrilongo cuyos ennegrecidos muros de piedra delatan las injurias del tiempo, se ve en revuelta cama tendido y casi inmóvil á Fernando. Junto á la cabecera, y al lado derecho, solloza Laura, al izquierdo vela el buen anciano, y á los pies, humildemente prosternado, un ministro del Señor impetra con rezos piadosos la anhelada salud para el alma y cuerpo del agonizante capitán.

La ciencia ha pronunciado ya su última palabra por boca de un sabio médico de la ciudad. Salafranca morirá fatalmente en cortísimo plazo, y sólo de un milagro depende ya su curación.

Sobre él, pues, la efímera jurisdicción de los hombres va en breve á terminar, y únicamente quedará sujeto á la eterna jurisdicción de Aquel á quien por algo apellidamos Todopoderoso.

(I) Véase la pág. 203 de este tomo.

Á través de los cristales de un ancho mirador penetran en el sombrío aposento los primeros albores del memorable día 24 de Septiembre.

Fernando se revuelve en el lecho unos instantes, abre los vidriados ojos, se incorpora un poco apoyándose en la almohada, mira atónito á su alrededor, contempla suspenso á Laura, y con afónica y entrecortada voz exclama delirando:

—De este modo ansiaba yo morir... teniéndote cerca para dedicarte mi último latido y recibir en mis pupilas el postrer rayo de luz envuelto en tu mirada... ¡Lástima que más allá de esta vida no haya otra inacabable y en ella un cielo donde es seguro que volveríamos á juntarnos por toda una eternidad!... Pero aquí acaba lo que aquí tuvo principio...

—¡Fernando!—repone Laura, queriendo en vano llamarle la atención.

—Eso del infierno y de la gloria es una ruin patraña que, por conveniencia, viene ha muchos siglos tolerando la humanidad, víctima consciente de su fanatismo, sin desprenderse nunca del absurdo... Dejar de ser no es más que el derrumbamiento de un pequeñísimo montón de tierra nominado *hombre* sobre otro montón más grande llamado *mundo*...

—¡Pero, Fernando!

—Algo así como fuerza que se gasta, hilo que se rompe, energía que se consume, soplo que se extingue, impulso que se para, destello que se eclipsa, palpitación rápida y débil que comienza en la vida y concluye en la muerte... Todo se reduce á un largo y frío beso que da la arcilla modelada que cae al barro informe que la recibe...

—¡Por Dios, Fernando mío!

—El alma, localizada en el cerebro, no es sino el conjunto de fibras vibratorias cuyos imperceptibles movimientos se traducen en ideas y sensaciones. Cuando estas fibras se entorpecen, se desgastan ó se atrofian, sobreviene la inercia, que es el no ser...

—¡Basta, basta!...

—No pretendáis embaucarme con que hay un Dios que premia el bien y castiga el mal, pues en el mundo he visto, y ocurre casi siempre, lo contrario... Si existiera esa inverosímil

Divinidad y fuese tan justiciera y omnipotente como afirmáis, yo, por mi honradez, y Laura, por su virtud, habríamos obtenido ya una recompensa...

—Existe, Fernando—dice Laura oprimiéndole una mano con vehemencia.—Sí que existe, y aunque tú no lo comprendas, debes darme crédito, porque soy yo quien te lo aseguro. Yo siento dentro de mí esa Divinidad que me engrandece, impregnando mi alma de dulzura y confundiéndose en ella con el acendrado cariño que te profeso. Y, sábelo de una vez: yo te amo tanto porque así lo decretó la Providencia. Si Ella no quisiera, yo no te amaría... ¿Cómo, teniendo tú un alma tan buena, has podido vivir sin creer en Dios, que te la ha dado y que es la bondad suma?... ¡Ah! Lo leo en tu querido rostro. Si antes fuiste ateo, ahora, al oirme, vas desechando tu antigua incredulidad. Veo que te asaltan las dudas, y en ti dudar de Dios es ya creer en Él.

Además, Fernando mío, tú, como yo, has nacido en Alicante; tu madre, como la mía, te habrá llevado en la niñez al templo cristiano, donde se adora al Altísimo con esplendorosa magnificencia, y te habrá enseñado algo más, á querer y bendecir la preciosa reliquia de la Santa Faz, que constituye el más glorioso timbre de Alicante y la poderosa égida á que acuden en sus grandes tribulaciones los hijos de esta noble tierra. Evoca en tu alma esos gratísimos recuerdos, y toma este escapulario de la Santa Faz que siempre me acompaña; bésala muchas veces y ora conmigo para desagraviarla de lo mucho que la has ofendido, no acordándote de nuestra reliquia en tanto tiempo, cuando ella jamás te ha olvidado y dejado de querer como quieren los padres á sus hijos, por ingratos y pérfidos que sean. Es imposible que no hallen en ti eco mis palabras y mis sentimientos, hermanos gemelos de los tuyos. ¿Vacilas, Fernando? No, no. Ten firmeza en tus nuevas convicciones, que son las verdaderas, y no vaciles ni un segundo más. Dime al punto que amas á Dios y crees en el Divino Lienzo. ¡Ah, sí! ¡Necesitarías arrancarte del pecho tu corazón alicantino para dejar de tener fe en la milagrosa reliquia de la Santa Faz! Recémosle juntos y encomendemos á ella tu salvación.

Apenas Laura concluye de hablar, cae Salafranca en sopor agónico, á tiempo que el sol, velado antes por densas nubes, las desgarras con fogoso ímpetu y se ostenta radiante y majestuoso, lanzando sus nacientes fulgores sobre la ciudad, así como saludándola después de larga ausencia, ó cual si fuese un alegre heraldo que viniera galopando por el éter para anunciar algún feliz acontecimiento.

De pronto se empavesan los buques surtos en el puerto, se enarbolan banderas en los consulados, edificios oficiales y torres de las iglesias; lucen ventanas y balcones vistosas colgaduras y se tienden las tropas por las calles enramadas de mirtos y laureles.

Truena el cañón haciendo retemblar los espacios con su estampido, luego óyese un gozoso repique de todas las campanas de la población, incesantes disparos de tronadores y fusilería, vítores de entusiasmo y lloros de regocijo, enardecedores toques de corneta y armoniosos acordes de las músicas tocando la marcha real, y, por último, un nutrido murmullo que va ascendiendo gradualmente hasta convertirse en inmensa algazara de hombres, niños y mujeres, cuyas voces elevan un grandioso himno al Creador.

¿Qué sucede? Traída en rogativa, con motivo de la epidemia, sobre la cima del castillo acaba de aparecer, bajo palio, como visión sobrenatural, la veneranda reliquia de la Santísima Faz del Redentor, y el pueblo duda en los primeros instantes si la han subido á aquel lugar desde la tierra ó ha bajado hasta allí desde los cielos.

En la imaginación de los alicantinos el lienzo sacro pierde sus contornos, se transforma y agranda hasta tocar el firmamento, y parece que el mismo Dios, surgiendo entre arreboles con gigantesca figura humana, extiende sus amorosos brazos hacia Alicante para cobijarlo todo de una vez en su adorable corazón. ¡Aquella figura colosal y sublime era el Dios de los consuelos!...

VI

Estruendoso cañonazo de las salvas de artillería hace dar al moribundo capitán una fuerte sacudida que le despierta del letargo. La tremenda crisis de la enfermedad ha terminado favorablemente, contra las predicciones de la ciencia, y, como por eléctrico resorte, el lívido semblante, bañado en sudor copioso, se tiñe de púrpura que cambia el estupor en alegría; desaparece la postración del organismo; la crispadura de los miembros se trueca en movimientos naturales; el pecho se dilata por amplia respiración; dibújase en los húmedos labios la sonrisa; la frente se ilumina, más por los buenos pensamientos que vienen de dentro, que por los rayos solares que llegan de afuera; abre Fernando, en su casi resurrección, los ojos alborozados y brillantes, en los cuales de nuevo la vida resplandece, dirige una mirada de gratitud á Laura y á D. Diego, que le acogen entre sus brazos, y acercándose á los labios el escapulario de la Santa Faz, lo besa repetidas veces, mojándolo de lágrimas, y exclama conmovido:

—¡Dios mío! ¡Cómo no creer en Ti cuando la Santa Faz acaba de salvarme de una segura muerte! Yo venero y acato tu divina omnipotencia, y puesto que infinita es tu misericordia, perdonámelo todo, porque soy tu hijo y te amo lo mismo que en mi niñez.

Ya me siento bien. Llevadme con presteza, si es posible, al monasterio de la Santa Faz. ¡Estoy tanto tiempo sin verla, que ardo en deseos de postrarme ante su presencia y darle gracias fervientes por el milagro que en mí se ha realizado!

—Sin salir de aquí—dice Laura—la verás muy pronto, Fernando mío, pues la Faz Divina ha venido á visitarnos y en este momento la está adorando todo Alicante, que la contempla con alborozo sobre la cumbre del castillo. Apóyate en nuestros brazos, ven y verás cuán hermoso es el Dios de los consuelos.

VII

Entre D. Diego, su hija y el sacerdote, que lloran de júbilo, llevan solícitos á Salafranca hasta el mirador, desde donde se divisa con claridad el sorprendente panorama.

Ver Fernando la preciosa reliquia sobre la cúspide del Benacantil é hincar las rodillas en el suelo, es obra de un segundo.

Ante la grandeza majestuosa de tan sublime espectáculo queda extasiado el capitán y se agolpan á su mente multitud de ideas, todas buenas, como queriendo traspasarla con su empuje para llegar á Dios más pronto y rendirle entusiasta vasallaje; en su alma brota un dulcísimo raudal de sentimientos que se derrama por los párpados en forma de llanto consolador, y los infantiles recuerdos se desbordan como un torrente por su corazón de niño, sobresaliendo entre todos intenso amor á aquella Faz Divina que, al verle arrodillado, parece que le envía una mirada de satisfacción directamente para sus ojos y un beso de cariño expresamente para su alma.

—Éste es el día más grande y feliz de mi existencia—pronuncia difícilmente Fernando en medio de su emoción.—Éste es el día en que todo me sonrío y lo veo entre nimbos de luz, lo oigo todo con fruición inexplicable y todo me habla de venturas infinitas. Éste es el día en que renazco á nueva vida y á nuevo mundo con la alegría propia del extraviado viajero que salva milagrosamente un precipicio y se halla de pronto en la tierra querida de sus padres. Éste es el día en que el mar y el sol, caducas criaturas que fenecerán al trascurso de los siglos, me parecen menos grandes que yo, porque llevo aquí, en mi espíritu inmortal, un retazo de cielo donde brillan inmanentes los resplandores de la Divinidad que me ha creado á su imagen y semejanza. Éste es el día en que principia para mí el goce anticipado de la parte de gloria que Dios me reservará por lo mucho que le amo y amaré hasta la

hora de mi muerte. Éste es el día, D. Diego, en que puedo ofrecer á mi Laura un inapreciable tesoro de bienes regalados por el cielo para que vos, tan magnánimo de corazón, á quien estaré obligado por cariñoso y perdurable reconocimiento, os dignéis otorgarme la altísima honra de ser vuestro hijo, llamando yo esposa mía en el altar á esta *perla de Alicante*, tan hija vuestra, que ha sido mi ángel de redención.

Á lo que el nobilísimo Rovira contesta profundamente afectado:

—¡Yo os bendigo, hijos míos, como, sin duda alguna, acaba de bendeciros la Santa Faz!

Y el regocijado capitán añade ansiosamente con edificante actitud:

—Elevémosle todos juntos nuestras plegarias para que haga cesar pronto la terrible epidemia de la cual han sucumbido tantos hermanos nuestros, dejando á sus tristes familias entre pena y desamparo.

¡Basta ya, Faz Divina, de luto y desolación que tienen aterrado á tu querido pueblo! Enfrena ya á ese monstruo que nos arrolla y despedaza; unge con tu celeste bálsamo nuestro dolor, y puesto que has venido á vernos para confortarnos, muestra al fin tu clemencia á estos pobres hijos tuyos que sin ti no quieren nada y de ti lo esperan todo, porque eres el sacratísimo y fuerte lazo que les une al Dios de los consuelos.

.....

Luego el sacerdote, Laura y su padre rezan en voz baja una oración, y cada vez que Fernando convierte los ojos al cielo y dirigiéndose á la Santísima Faz exclama: *¡Misericordia, Señor, misericordia!* la población entera parece que repite como un eco robusto é interminable: **¡MISERICORDIA, SEÑOR, MISERICORDIA!** (1).

J. PONS SAMPER.

(1) Deprecación popular dedicada al Divino Lienzo.



RELATO DE UN VIAJE DE ESPAÑA Á FILIPINAS ⁽¹⁾

Á bordo del vapor León XIII, en el canal de Suez.

10, Diciembre, 1881.

Mi querido amigo:

Estamos mejor que podíamos imaginar. Nos molestó en el Mediterráneo el movimiento del vapor, el mareo nos hizo sufrir bastante y hubo sus *inquietudes* en los días 4 y 5. Todo pasó y, en cambio, del movimiento nadie se apercibe ahora; todos los pasajeros gozan salud perfecta y han olvidado pasadas zozobras. Pues verás si somos descontentadizos: á pesar de estar en pleno y tranquilo goce de lo que no ha mucho era nuestra aspiración, todos renegamos de la pausada marcha del *León XIII*. Motivan este disgusto las dilaciones que vamos experimentando en el paso del canal, que ocasionarán retraso á nuestro viaje: aún no han puesto á flote los barcos varados desde ayer tarde, y estamos detenidos esperando lo sean en breve. Mucho lo estarán deseando los interesados; pero, aunque egoístamente, no lo deseamos menos nosotros.

¡Mala suerte nos ha tocado! Es lo general invertir en el

(1) Véase la pág. 300 de este tomo.

trayecto de Port-Saïd á Suez unas treinta y seis horas, con la detención de una sola noche. Tres de éstas nos costará á nosotros por lo menos, y pedimos á Dios no sean en mayor número. Siendo así, tardaremos en recorrer las 87 millas del canal casi tres días completos, pues creo vendrán á resultar unas setenta horas: de modo que, atravesando el istmo por la nueva vía en buque de vapor, vamos alcanzando poco más ó menos la velocidad que proporcionaban los pollinos que servían de *vehículo* para salvar el desierto antes que hubiera ferrocarril. Pero como por muchos lamentos que hagamos no hemos de llegar antes, manifestaremos conformidad y... nunca peor.

Después de concluir mi correspondencia ayer tarde me senté en cubierta á leer un rato; pero me interrumpió mi compañero de camarote invitándome á que le acompañara á ver la máquina, deseo que varias veces me había manifestado.

—Ya se lo he dicho á D. Miguel (el primer oficial) y no hay inconveniente; él nos dejará al pie de la escalera para que conste entramos con la venia requerida.

—Pues vamos allá—le contesté;—pero en verdad, aquello no estará muy comfortable. ¡Debe hacer un calor!...

—No ande usted con remilgos; estaremos tan sólo unos minutos.

Nos dirigimos hacia popa, donde tiene su camarote el oficial primero, y habiéndole manifestado Fermín que deseábamos hacer uso de su permiso, se adelantó á la escotilla del departamento que íbamos á visitar, y gritó:

—¡Máquina!

Fermin y yo nos miramos como interrogándonos qué significaba aquella voz; pronto lo supimos: es la que se emplea para llamar al personal subalterno, pues á poco se presentó un fogonero con un puñado de hilacha de algodón y la ofreció á D. Miguel, que le dijo:

—Más para estos señores; llamar á Tonet.

Volvió el fogonero con más hilacha, precedido del llamado Tonet, que es el cuarto maquinista, valenciano como el oficial primero.

Éste nos indicó que tomáramos en cada mano un puñado de hilacha, con la que evitáramos ensuciarnos con el polvillo del carbón que cubre las barandillas de las escalas; á su paisano le encargó nos acompañara en nuestra visita á la máquina.

Bajamos con algún cuidado la angosta y empinada escala que á ella conduce, llegando al local donde está el personal de servicio, que es regularmente espacioso; pero á pesar de estar retirados los fuegos (pues no se han de apagar por completo), y de haber varios ventiladores, la temperatura hubiera agradado sobremanera en pleno invierno en Siberia. Dura su guardia cuatro horas seguidas, y terminada aquélla tienen libres las ocho siguientes, volviendo después á nuevo turno, pues son en número suficiente á tres relevos. Con cada turno entran los maquinistas segundo, tercero y cuarto: el primero no hace guardia, teniendo obligación de estar siempre al cuidado de todo.

Al llegar nosotros presentaba aquello un cuadro por demás animado, que hubiera contemplado por más tiempo si el termómetro acusara unos cuantos grados menos.

Unos fogoneros retiraban de los hogares las cenizas, echándolas en unos cubos que con auxilio de poleas eran subidos al entrepuente, y de allí vertidas á la mar, esto es, al lago; otros con un gran puñado de hilachas en una mano y una alcuza en la otra quitaban el polvo ó lubricaban las piezas que les indicaba el maquinista que se hallaba de guardia cuando se dió fondo.

También estaban allí los otros dos, que como el que dejo citado son ingleses: los tres nos saludaron cortésmente, sobre todo el primero que parece persona bien educada; sus paisanos tienen aire muy tosco. Nos ofrecieron de beber, señalando unas botellas que había sobre una mesa en una bandeja con varios vasos, dándoles las gracias por señas, pues nosotros no sabemos inglés, ni ellos español.

No dejó de llamarnos la atención un buen montón de botellas vacías que estaban en un rincón en una caja de madera, y buen repuesto de otras llenas en un estantillo clavado en un mamparo: el cognac, el whiskey y la gi-

nebra se deben consumir allí, al parecer, al por mayor.

Tonet nos enseñó aquel, para mí al menos, complicadísimo mecanismo, compuesto de múltiples piezas de hierro de varias formas y dimensiones que funcionan con precisión admirable, sin más esfuerzo que el necesario á imprimir movimiento á la palanca que abre la válvula que permite el paso del vapor para que ejerza su acción sobre los émbolos.

Nuestro *cicerone* nos indicó ordenadamente, y con mucha claridad, cómo sucede todo eso, y se empeñó en hacernos bajar al túnel (así le llaman) ó hueco en que se aloja el eje de la hélice, á lo que condescendimos, si bien no de muy buena gana, porque había que andar por allí encorvado hasta hacerse un ovillo.

Alternando con la explicación de Tonet, contestaba á algunas preguntas que le dirigimos Fermín y yo sobre su relación y trato con los ingleses. Según nos dijo, el primer maquinista es un buen hombre, que *sabe mucho* y trata muy bien á sus inferiores; el segundo entiende su oficio, pero tiene un genio de mil demonios, sobre todo cuando le cae mal la segunda botella de whiskey; el tercero es un pobre diablo que jamás bebe estando de guardia, pero en cuanto la concluye se desquita á sabor.

—Al llegar á puerto—añadió Tonet,—mientras se hace la limpieza como en estos momentos, no hay cognac que baste para esos tres hombres; ahí donde los ven ustedes, de seguro se han echado al cuerpo lo menos dos botellas cada uno.

—Pero ¿cómo se entiende usted con ellos sin conocer su idioma?—le pregunté.

—Yo, si bien no hablo inglés, conozco las palabras del servicio de máquina; cuando entro de cuarto, me indica el saliente en el manómetro la presión á que he de mantener el vapor, señalando los números, y si ha de variar durante la guardia, me dejan nota escrita.

Terminada nuestra visita, al despedirnos, Fermín sacó su petaca y ofreció cigarros que aceptaron los ingleses y el valenciano. Como quedara aquélla exhausta, al fogonero que llevó el bombillo cuando bajamos al túnel sólo alcanzó

la cajetilla (cuasi entera) de pitillos. Yo, sabes no fumo, por lo que no pude hacer igual obsequio, pero di unas monedas al fogonero.

Al llegar á cubierta, me detuve con satisfacción al aspirar aire no impregnado de grasas y de polvillo de carbón, como el que llena el espacio todo de la máquina, y rogué á Fermín no me invitara á otra excursión semejante, pues me vería obligado á no complacerle.

La toldilla ofrecía ayer tarde el mismo aspecto que la anterior: la consabida D.^a Emilia, tan compuesta y rodeada de su corte, y si he de decirte la verdad, no sé á quién tocó en suerte (ó turno) ser el *valido*, si bien no he de ocultarte que en averiguarlo no puse gran empeño.

La señora de un jefe militar no pudo, sin duda alguna, resistir al *reto* de D.^a Emilia, y también *se vistió*, haciendo igual con sus dos niñas, mortificándolas por cierto, pues las obligaba á estar inmóviles ó poco menos, para que no ajasen la ropa: por no obedecer las indicaciones de la mamá, las pobres criaturas (la mayor tiene unos once años) se llevaron algunos pellizcos. El hecho (el de vestirse) no debió agradar al marido, porque antes de comer, estando en su camarote, hubo allí una gresca mediana. Ella daba sus explicaciones y él las rebatía en tono de *sol mayor*, salpicando su reprimenda con *variación* de interjecciones, todas de carretero... ¡Señor! Yo que no puedo convencerme de que esto es un pasaje de *primera clase*...

Mas con referirte estas cosas, nada te he dicho de las vistas que nos ofrecen las orillas del lago: nuestro barco está fondeado en la parte central del mismo, para tomar fácilmente la línea navegable en dirección del canal. A la izquierda es el terreno bastante accidentado, con vegetación escasa, por ser aquél de roca en gran parte. Una de las mesetas se denomina *de las hienas*: alguien lo ha dicho al bueno de D. Damián, que en seguida vino en consulta para saber si es cierto y si habrá riesgo de que nos ataquen los tales animalitos. Como antes de ayer, hube de esforzarme en disuadirle de todo temor, por más que para ello bastara considerar que estamos á tres millas, lo menos, de la ori-

lla en que está situada la meseta, y aun cuando hubiera fieras (ya muy escasas), imposible que por ellas fuéramos molestados.

En la orilla derecha, viniendo de Port-Saïd, está Ismaïlia; con mis regulares gemelos (los que ahí llevaba al teatro, que tienen triple ocular) descubro un paisaje de lo más bello que se puede imaginar, no siendo ni con mucho exagerado lo que de él dicen algunos viajeros.

La lozanía del arbolado, el aspecto de las tierras en cultivo, todo indica el producto de los factores trabajo é inteligencia. La población, dicen, tiene sobre 8.000 habitantes y hay en ella cuantos elementos de vida y progreso se hallan en Europa; es un gran centro de comercio, que se verifica por el canal y además por el ferrocarril que la une al Cairo y á Suez; todo esto data del año 1862, en que Lesseps se estableció en esta zona de los trabajos como punto central de los mismos.

Pero toda la transformación que dicha zona ha experimentado en menos de veinte años es debida á lo que, con alguna variedad, es la pesadilla de los que viajamos por mar.

La masa de agua salada que lo constituye, que en sus momentos de retozo amenaza *absorber* á los buques y su *contenido*, es la pesadilla; pero cuando dicha masa está despojada de sus componentes salinos y es de agua dulce, se transforma en el elemento que hizo nacer á Ismaïlia, y por el que sucesivamente ha alcanzado la prosperidad que hoy goza. Las aguas del Nilo, que por un canal navegable llegan hoy á aquella población, á Suez, y por tuberías de hierro hasta Port-Saïd, fueron también un gran elemento para la obra del canal del istmo.

No fué olvidado por Lesseps lo ocurrido á los ingleses cuando construyeron el ferrocarril de Alejandría á Suez: en el paso del desierto fallecieron á millares los trabajadores por falta de agua, pues la que en odres se transportaba en camellos á los campamentos era insuficiente. Por eso, antes de aglomerar gente en las zonas de trabajo, hizo aquél construir el canal de agua dulce para asegurar desde el

primer momento el abastecimiento del precioso líquido...

En la orilla en que está Ismaïlia se ha construído un hermoso muelle que dista del sitio en que está fondeado el *León XIII* unas dos millas y sobre 300 metros de la población.

Para visitarla hay que hacer excursión marítima y terrestre; la primera en unos botes muy pequeños, y la segunda *caballero* en pollino, si no se prefiere al coche de... San Francisco.

Á pesar de esto hubo aficionados, y después de comer se fueron á tierra unos cuantos pasajeros de los más animados. Quedó, por tanto, á bordo la mayoría del pasaje, que poco á poco se fué reuniendo en las agrupaciones de costumbre.

Entrada ya la noche, en un vapor francés que estaba muy cerca del nuestro se oyó tocar el piano y después cantar varios números de los más chispeantes de la *Belle-Helène*. El médico de nuestro barco toca algo el piano, y tomando en él su puesto nos hizo oír una *deliciosa* tanda de *vases*, tributándole nosotros un nutrido aplauso. Al subir á lo toldilla oímos puntear una guitarra por mano que debía ser maestra; era la del segundo sobrecargo, á quien por sus pocos años se le llama el *sobrecarguito*. Tiene veinte años escasos, es alegre y decididor, pero me parece que en punto á cosas de mar no pesca gran cosa: de modo que, como su inmediato superior no anda muy allá en lo que al desempeño de su cometido atañe, según te he dicho ya en otra carta, con tal ayuda no saldrá de muchos apuros.

Pero, en fin, cada cual gana, ó por lo menos cobra su sueldecito, que es lo interesante (para ellos se entiende).

Pero si el joven *sobrecarguito* no entiende *jota* de la gestión económica de un barco, en cuanto á rasguear la guitarra puede ponérselas con el primero: preludió algo serio, pero no pudo continuar, porque nada hay serio para él, y cambiando de tema, tocó unos aires andaluces como pudiera hacerlo un afamado *tocaor*. También nos hizo oír su voz de timbre no desagradable, cantando por lo flamenco con **muchísima gracia**.

No quedó circunscrita la *sesión musical* al vapor *Iraouady* (el francés en que había empezado) y al nuestro: otros dos, cuya nacionalidad no puedo asegurar, siguieron también el ejemplo; en uno de ellos no había piano, al menos no hicieron uso de él; pero cantaron varios coros con bastante afinación y armonía, sobre todo el del *concilio* de *La Africana*, resultó de muy buen efecto. El otro vapor que tomó parte en la *velada* lo verificó de un modo particular: el personal filarmónico embarcó en dos de sus botes, y en ellos paseó por el lago, en el espacio que ocupaban los buques fondeados. El instrumental no era muy selecto, unos cuantos cornetines.

Instintivamente hubo la atención de no interrumpirse: mientras en un buque ó en los botes se tocaba ó cantaba, guardaban silencio los demás, siendo después recíprocos los aplausos.

Hé aquí uno de los secretos del arte: poner en relación á gran número de personas que no se conocen, que pertenecen á varias naciones y que es lo probable no se vean ni se hablen jamás. Al oír los acordes de un piano ó voces que interpretan una composición que les es más ó menos conocida, la atención de todos converge al punto de donde proceden, se escuchan satisfechos y se guardan cortesía que tal vez en otra ocasión esquivaran...

—Ese loco ya tiene para rato—presumo que dirás al leer esto;—en tratándose del *do, re, mi*, se le va el santo al cielo.

No serás muy justo que digamos, si cierto es lo que me figuro, porque ahora creo haber hecho mi narración en forma bien concisa. Como soy, cual contigo debo, franco hasta la pared de enfrente y reconozco mis yerros, no se me olvida que más de una vez te he dado alguna *tabarrita* (yo así nada más la califico, tú de seguro la recuerdas como superlativa) diciéndote algo de la última ópera que había oído.

Pero no soy flaco de memoria y también me acuerdo de que creías vengarte cruelmente haciéndome escuchar, con gran satisfacción mía por cierto, *por gruesas* escenas de *En el puño de la espada* ó *El gran galeoto*, que te sabes al dedillo

y que recitas con maestría tal, que su autor (tu dramaturgo favorito) se entusiasmara al oír tan bien dichas frases por él pensadas.

Pero ahora ten un poco de paciencia, que no quiero dejarte ignorar el último episodio de la *velada musical* que en el lago Timsah tuvo lugar en la noche de ayer.

Los que se mostraban más entusiasmados con la guitarra y las peteneras del *sobrecarguito* eran los de los botes, que en una ocasión llegaron muy cerca del *León XIII* y aplaudieron frenéticamente, prorrumpiendo en estrepitosos ¡hurrah! Tuvo entonces el médico una feliz ocurrencia: se sentó al piano y tocó el himno nacional inglés. Como movidos por un resorte, los ingleses (pues lo eran) se pusieron en pie en los botes, suspendieron su faena los que remaban, y todos cantaron su tradicional *God save the Queen*. Después, como delicada correspondencia, dieron un ¡hurrah! á España y otro á nuestro Rey D. Alfonso XII.

¡Qué diferencia entre el proceder de estos ingleses y el de los *renegados* de Port-Said!.....

Conforme avanzaba la noche, fué descendiendo notablemente la temperatura y la humedad era excesiva; imposible por tanto permanecer en cubierta, por lo que todos nos retiramos á descansar. Posible es que esto no venga mal para tener sueño adelantado cuando naveguemos por mar, esto es, fuera del canal, porque entonces no serán tan pausados los movimientos del barco.

Al levantarme hoy, muy temprano por cierto, nada se sabía aún de la hora de salida, y aprovechando la quietud y silencio, empecé esta carta, suspendiéndola poco antes de almorzar, y la continúo después de anocheado, estando el vapor amarrado en la estación de Chalouf.

A eso de las diez vino una lancha con aviso de que estuviese el vapor preparado, porque el práctico no tardaría en llegar; vimos también entonces que varios vapores habían levado anclas y se ponían en movimiento; eran los que habían llegado antes que el nuestro, pues se guarda rigurosamente el turno de entrada en el canal.

Al fin nos tocó la vez; á las once llegó el práctico, y trascurridos unos minutos abandonábamos el lago Timsah. Poco después entrábamos de nuevo en el canal artificial; en esa parte fueron necesarios trabajos gigantescos de tanta importancia ó más que los llevados á cabo en el Guisr; además de los bancos de arena endurecida, se encontró uno de roca muy dura y en él hubo que hacer un desmonte de no sé cuántos millones de metros cúbicos.

En el trayecto anterior hay dos recuerdos históricos, ambos notables, si bien se refieren á asunto muy distinto. El monte que se ha rasgado para dar paso á las aguas sobre que hace pocas horas flotaba el *León XIII*, conserva el nombre de *Serapeum*, porque en su falda estuvo el gran templo de Serapis; al pie del mismo monte se construyó también en remotos tiempos el canal de Necos, que llevaba al mar Rojo las aguas del Nilo.

Dicen que se descubren vestigios del templo y del canal; verdad será, pues se asegura formalmente; pero con ingenuidad te digo que por mi parte nada vi. Estábamos unos cuantos, gemelos en ristre, dirigiéndolos adonde nos parecía debía haber algo de aquellos restos, haciéndolo á la vista de un plano que nos facilitó el médico D. Raimundo, que, como hace el viaje por sexta vez, le gusta ser *cicerone*; pero á pesar de sus indicaciones y de seguirlas con gran atención, repito que nada descubría, siendo otros más afortunados, pues que aseguraban verlo todo *clarísimo*.

Pasadas unas ocho millas llegamos á los lagos Amargos, cuya entrada está perfectamente valizada con boyas de palastro. Es la extensión de dichos lagos de unas veinte millas, y como hay fondo suficiente en cualquier dirección que se navega, no hay en su trayecto que subordinarse á orden ninguna; una vez fuera de las boyas, cada barco anda lo que puede sin cuidarse de los demás; tiene lugar una verdadera regata, cuya utilidad es nula, siendo, por lo menos, dudosa su conveniencia, y sí posible alguna desgracia. Hasta ahora creo no ha ocurrido ninguna, pero en asuntos de fuego y agua vale más decir *por si acaso* que ¡quién lo pensara! imitando al Carranza de la fábula.

Cuando llegó nuestro barco al sitio en que el andar es libre, los que nos precedían habían tomado el suyo y nos llevaban una buena delantera. En el Mediterráneo había tenido el *León XIII* una marcha excelente, y navegando con el mismo rumbo que otros vapores, á todos había venido dejándolos por la popa: esto nos hizo creer que en los lagos Amargos sucedería lo propio, si no con todos, al menos con el mayor número.

Pero nada de eso: no alcanzamos ni con mucho á los vapores que iban delante; pero sí nos quedamos rezagados respecto de los cuatro que de Ismailia habían salido después.

Como nadie esperaba tal fracaso, se hicieron acerca de él variados comentarios, atribuyéndolo á diferentes motivos.

—Como esos perros maquinistas son ingleses han llevado la presión para media máquina, á fin de que la bandera española no se anteponga á esas inglesas que van delante.

—Eso no puede ser. En la máquina se observan las órdenes del capitán; éste habrá dispuesto lo que se ha de hacer.

—Será por no gastar carbón, porque al fin la marcha libre es de corta duración.

—Pues yo creo que no es eso. Vean ustedes el semblante de D. José. Tiene ahora un ceño de pocos amigos, que no parece muy satisfecho con lo que sucede.

Estas y otras muchas opiniones se vertieron sobre el particular: si he de decirte lo que pienso, es lo cierto que nada puedo asegurar, pues carezco de fundamento para dar preferencia á una ú otra explicación del hecho. Lo que no cabe duda es que el *León XIII* ha tardado más de dos horas y media en recorrer veinte millas, lo que no llega á ocho por hora, siendo así que hasta llegar á Port-Saïd su marcha ordinaria era de once...

Entramos, como te dije, los últimos en el canal, lo que luego fué causa de que no pudiéramos hacer á algún buque la mala partida que á su pesar otros nos jugaron los dos días anteriores. Como una hora después de salir de los la-

gos, nuestro barco rascó algo en el fondo del canal, su marcha disminuyó bastante y empezó á dar unos balances muy pronunciados que introdujeron alguna alarma. Pero afortunadamente pronto volvió á flotar el *León XIII*, su marcha fué de nuevo lenta y uniforme, según costumbre, y todos recobramos el ánimo que vacilante estuvo durante algunos minutos; digo recobramos, porque me cuento en el número de los que lo necesitaban y lo reconozco ingenuamente, al revés de otros á quienes sucedió lo mismo, y al recordar el caso se hacen los indiferentes.

La varada fué, pues, sin perjuicio de tercero, por no haberlo para experimentar sus consecuencias, y tampoco las tuvo para la empresa ó dueño del vapor. Pueden aquéllas ser *metálicas*, pero con saldo en contra, porque al barco que vara se le deja que ponga en juego sus medios propios para salir avante, y si no lo consigue en unas cuantas horas se le *facilitan* por las estaciones del canal los recursos necesarios, *mediante unos cuantos miles de francos*.

La parte del canal que últimamente hemos pasado es la más angosta del trayecto, porque está abierta en roca viva, que exigió recurrir al uso de la pólvora en millares de barrenos. Hay próximos á sus orillas algunos caseríos que tuvieron su origen en los campamentos que se establecieron al empezar el trabajo antes citado; como duró muy cerca de dos años, las primitivas tiendas se transformaron, primero en modestas barracas, y sucesivamente en casas, de las que algunas tienen muy bonito aspecto; están aisladas y rodeadas de jardines con bastante arbolado.

La permanencia de estos caseríos es posible se deba á que, estando ya cerca de Suez, pueden recibir sus habitantes de esta ya importante población cuantos recursos puedan serles necesarios.

Durante el día de hoy no ha ocurrido novedad; unos ratos de conversación, otros de lectura, paseos por el barco, y nada más.

Siendo esto lo que forzosamente habremos de hacer durante unas cuantas semanas.

Sobre las cinco y media hemos llegado á la estación de

Chalonf, y como ya no quedaba día suficiente para llegar á Suez, en ella pasaremos la noche, y es la tercera en el canal. Estamos completamente solos; esto es, no hay otro barco que el nuestro, por lo que no ha podido reinar la animación de anoche.

La humedad es tremenda, no siendo posible permanecer en la toldilla, pues la temperatura es muy desagradable. Esto ha hecho que las reuniones se disuelvan temprano, y poco después del té cada mochuelo se ha ido retirando á su olivo, como voy á hacerlo también.

Ésta la enviaré mañana al correo al llegar á Suez. Si tengo tiempo añadiré unos renglones.....

.....

II, Diciembre, á la vista de Suez.

Á las seis y cuarto empezó hoy la marcha; son las ocho y media y estamos muy cerca de Suez, adonde llegaremos poco antes de las nueve.

El capitán ha avisado que entreguen sus cartas los que quieran escribir á Europa, encargándose él de que se pongan en el correo por el empleado de la casa que vendrá, ó mejor dicho, que se acercará al vapor, pues creo haberte dicho reina el cólera en esta población y no se puede comunicar con ella.

Como sucede lo mismo en Aden, iremos directamente á Punta de Galles, según aviso que se nos dió en Barcelona. Se empleará en la travesía lo menos catorce días, de modo que después de recibir ésta ya pasarán algunos antes que llegue otra mía á tu poder.

Como he dicho hasta aquí, te escribiré cuando pueda y tenga humor, porque sería faltar á la verdad decir que en una navegación como ésta falta tiempo para algo, cuando es lo cierto que para todo lo hay sobrado.

¡Adiós!

M. WALLS Y MERINO.

(Continuará.)



BOCETOS LITERARIOS

RAFAEL GARCÍA SANTISTEBAN

(† EN MADRID Á 10 DE AGOSTO DE 1893)

Nuestros padres le aplaudieron á rabiar: era el autor de *Robinson*.

Diéronle sus obras fama y fortuna; el género bufo, entronizado entonces, le contaba entre sus más poderosos mantenedores.

Pasó aquel delirio, vinieron otros tiempos y otras costumbres; el poeta se hizo viejo, pero el hombre conservó su notoriedad.

En la historia de la zarzuela corresponde al autor de *Robinson* un puesto importante.

Pero como estudio aislado, la vida literaria del poeta carece de trascendencia. Es uno de tantos entre la falange de los elegidos; tuvo su momento feliz, su éxito pasajero; agradó y fué agasajado como Eguílaz, como Larra hijo, como Escrich, pero no supo remontarse á las regiones de la gloria, donde no marchita el tiempo los lauros del triunfo, donde vivirán eternamente Zorrilla y García Gutiérrez, el dolorido Bécquer y el soberbio Ayala, genios potentes cuya labor no se destruye al apagarse los primeros aplausos.

Profanaría la tumba del muerto quien edificara sobre su losa, con improvisadas admiraciones, un túmulo majestuoso, pompa ligera que derriba el viento, pensando así robustecer la fama del poeta. El hombre que ayer abandonó la tierra, hundiéndose para siempre ya en las tinieblas de lo infinito, merece respeto y no reclama estrofas doloridas ni apoteosis de cartón dorado. Como dramaturgo, la historia del teatro harále justicia y le dará el puesto que le corresponda; solamente como figura social merece que le consagremos un recuerdo cuantos le conocimos, antes que de nuestra memoria se borre su imagen ó el tiempo nos borre á nosotros en la cuenta de lo existente.

Para conocer á Santisteban poco había que profundizar, y para encariñarse con su trato bastaba oírle una vez. Su palabra era lenta sin tropezones, y chistosa sin chocarrerías; la percepción de lo externo era bastante clara en él para dibujar lo que le preocupaba con frases correctas y precisas; pero su percepción interna era difusa; no se comprendía, y sus *ingenuidades* le perjudicaron muchas veces.

Alto, encorvado y vacilante al andar, su figura y su porte le acreditaban de cierta distinción ó elegancia nativa nada común. Hay poetas que parecen guardias civiles, músicos empaquetados como presidiarios, pintores con cara de prestamistas. Hay muchas personas que no representan lo que son, á quienes conocemos de nombre y de cuya figura nos asombramos al verla, porque la supusimos de otro modo.

Pues bien, si alguien que hubiese oído hablar de Santisteban como autor de varias obras muy aplaudidas (*Robinson, Las hijas de Elena, El Potosí submarino, El tributo de las cien doncellas*, etc.), ó como individuo del cuerpo diplomático, imaginara su figura con los atavíos de distinción, elegancia, inteligente aspecto, conversación delicada y cuanto agradable podemos desear en la persona que ha de merecer nuestra simpatía, esa imagen hubiera podido siempre fundirse con la verdadera figura y expresión del hombre cuyas obras habían dado motivo para crearla.

Sus conversaciones favoritas versaban siempre acerca de asuntos referentes al teatro y á la religión.

En asuntos teatrales, tenía por axiomática la conveniencia de seguir el gusto del público, pues, aunque yerra mil veces, hay siempre algo de fundamental y de lógico en sus caprichos. Lo que aplauden los espectadores no carece nunca de algún interés ó algún atractivo, y al fin y al cabo siempre resultan más tolerables las equivocaciones del público que paga, que las del crítico que pega, no menos frecuentes. Adoraba en los bufos, considerándolos muy superiores á todo encarecimiento. Recordaba con entusiasmo la época brillante de la zarzuela española, y atribuía su muerte á la carencia de actores que pudieran compararse con los de aquel tiempo, considerando que músicos y poetas no faltan. Proyectaba obritas en un acto, herido por el desengaño que recibió al estrenar *Maria Egipciaca*, obra que merecía sus preferencias y de la que hablaba mucho, doliéndose unas veces de que no hubiera entrado en la entraña del público, y otras confesando que si el tercer acto fuese bueno como los otros y no se desviara del pensamiento primitivo, tuviéramos *Egipciaca* para rato. En este asunto sus imaginaciones eran infinitas. Adoraba su obra sin duda, porque habiéndola proyectado y escrito en tiempos de vejez y decadencia, costaríale más trabajo y más afanes.

—¡Oh! ¡Si no hubiera sacado á los personajes de Panamá!

—La Tubau ya no la representa en provincias porque aplauden á Vallés más que á ella. En Barcelona gustó mucho.

Así disimulaba las amarguras del fracaso.

Hablaba de religión con un tino poco acostumbrado en esta noble tierra, donde tan intransigente resulta la incredulidad como el fanatismo.

En materia religiosa no hay, por desgracia, más que dos opiniones extremas: los despreocupados reniegan de todo y se burlan de los creyentes, los creyentes lo admiran todo y maldicen á los despreocupados. La despreocupación desmascarada resulta grosera, y el fanatismo á todo trance resulta... ridículo. Ambas opiniones chocan y se pisotean, originando estériles combates, donde cada contendiente supone suya la victoria; inútiles rozamientos de los cuales no salta jamás una chispa de luz.

Santisteban, sin esconder sus despreocupaciones, argumentaba favorablemente para los fanáticos.

¿Y si luego resulta que no hay cielo?

Pues no habiendo cielo seremos todos iguales *allá*, donde sea, pero en el mundo habrán sido los fanáticos más felices que nosotros.

Para el que sabe confesar, no hay remordimiento insoportable; para el que imagina eternos goces, no hay penas crueles; para el que se llama esclavo de Dios, no hay en la tierra esclavitud posible. La religión, ofreciendo las delicias del cielo, endulza los dolores del mundo. El ateo se desgarrá el corazón cuando la muerte le roba un ser querido. El católico dice: hasta mañana, y reza. Todas las contrariedades, todas las derrotas para el creyente son *títulos al portador*, pagaderos en el otro mundo en oro puro y dicha sin fin. Las fortunas y los goces terrenales disfrútalos dos veces, como tales fortunas y goces y como premio de virtudes.

La cosa no puede ser más clara. Vivir satisfecho, evitar las molestias humanas con ilusiones divinas, creando un egoísmo especial que á nadie perjudica, y ganarse con esto la bienaventuranza...

—Cuando yo veo un pobre le doy limosna, pero me daña su miseria, que acaso no juzgo merecida y que no puedo en absoluto remediar.

El creyente ve al pobre, le hace caridad, piensa en la justicia de Dios y en el premio futuro. Así el pobre se queda tan pobre, y el creyente se queda tan fresco, sin las preocupaciones que me sugirió la pobreza...

El mismo contacto, la misma obra es para el ateo una pesadilla y para el creyente una esperanza.

Las desilusiones, los desengaños y el dolor ajeno que se ceba en él cuando el propio no lo ocupa, van labrando para el ateo su terrenal desesperación, mientras el fanático procura por su gloria; *su butaca de primera fila en el cielo*, como decía Santisteban graciosamente.

¿Y si luego resulta que no hay cielo?

Pues nadie gana más que los creyentes, los cuales disfrutaban ya del cielo en esta vida con sus meditaciones piadosas.

Y que les quiten lo bailado.

Santisteban tenía una hermana monja, y otra muy metida en devociones.

Para complacerlas hizo unas *jaculatorias* en verso, y tanto les gustaron á las pupilas del convento, que, suponiendo imposible tal fervor piadoso en un poeta profano, imaginaron que Santisteban era fraile y hablaban entusiasmadas de los versos del *padre Rafael*.

¡Pobre *padre Rafael*! ¡Con qué gusto refería estas cosas! La *ingenuidad*, que tanto le perjudicaba en otros asuntos, hablando así, era encantadora.

¡Pobre padre Rafael! Puesto que tú ya lo sabes, dí á los que dudan ¿adónde van las imaginaciones del hombre cuando su carne corrompida se une otra vez á la madre tierra para fecundarla.

LUCIANO SALVADOR.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO⁽¹⁾

El Blanco y Negro y el pintor GARTNER.

Mantiénese esta revista ilustrada á gran altura y el número de sus apasionados va en aumento. En ella hemos visto el retrato, muy parecido por cierto, del joven y laureado pintor D. José Gartner, la copia de sus dos principales marinas, *Calma* y *La Invencible*, y dos preciosos apuntes. La silueta del notable artista que traza D. Augusto Comas y Blanco, es exactísima. No se puede en menos líneas abarcar por modo tan admirable la compleja naturaleza de Gartner, artista y *gentleman*, hombre de negocios y literato por la cultura de su espíritu. Gartner, como dice su biógrafo, es ya, no obstante sus pocos años, un veterano del arte. «Medalla de oro en Boston, Mención honorífica en Berlín, admitido en el Salón, premiado con tercera medalla en la Exposición nacional de 1890 y con medalla de segunda en la internacional celebrada el pasado año.»

Sentimos que Gartner disfrute de una posición desahogadísima; quisiéramos que hubiese de trabajar en peores condiciones económicas. ¿Por qué? Porque de tal suerte no se redu-

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al Director de esta publicación.

ciría á pintar un solo cuadro en ocho meses, cuadro hermoso, pero menguada labor para quien en aquel tiempo pudo hacer una obra de más valía. Á Gartner le sobran aptitudes para colocarse en primera fila entre nuestros pintores. Descuide un poco su segunda naturaleza, aplíquese á satisfacer las nobles aspiraciones de su alma genial antes que los deberes del cortesano y *homme d'affaires*, y pronto, seguros estamos de ello, inscribirá la fama su nombre con letras de oro en el catálogo de las glorias artísticas de nuestra patria.

Bien está que sea el *enfant gaté* de los salones aristocráticos; pero le queremos artista mejor que hombre de mundo, ya que Dios le dotó de la inspiración, destello de la divinidad. Los triunfos que se logran en la alta sociedad pasan y se olvidan con el último compás del rigodón ó con la primer arruga que estropea un rostro encantador. Los triunfos que se logran en el ancho campo del arte perduran como el arte mismo.

*
* *

La Iglesia y la democracia. *Historia y cuestiones sociales, por el RDO. P. VICENTE MAUMUS, dominico.*—Madrid, administración de la *Revista de Medicina y Cirugía Prácticas, Preciados, 33, bajo, 1893.*—En 8.^o, 340 páginas. Encuadernado en piel, 4 pesetas.

Obra de mucha importancia en la que su docto autor estudia, en sucesivos capítulos, las ideas cristianas y las leyes paganas, las emancipaciones, los estados generales, progresos del tercer estado, la igualdad ante la ley, las desigualdades sociales, el socialismo, la Iglesia, el Estado y la libertad. Como es justo, toma el P. Maumus las principales enseñanzas de la historia y doctrinas del catolicismo, y particularmente de las admirables Encíclicas del Papa León XIII. En el prólogo que dedica á aquel gran Pontífice y á Pío VII, dice: «León XIII sabe que la Iglesia no es una meta colocada ante la humanidad para detenerla en su marcha; es un círculo cuyo centro es fijo, pero cuya circunferencia se ensancha y extiende á medida que se desarrollan las sociedades. El centro fijo, in-

móvil, es el dogma necesariamente inflexible, y la circunstancia es esa maravillosa flexibilidad de la Iglesia, que la permite adaptarse á las exigencias, necesidades y aspiraciones de los tiempos.»

En este amplio espíritu se inspira la interesante producción del ilustre dominico, la cual producción forma un hermoso volumen de excelente papel y tipos claros.

*
* *

Baños de Busot.

Hemos recibido el prospecto del acreditado establecimiento termal de Busot. Se halla situado al Nordeste de la provincia de Alicante, en el término municipal del pueblo de Aguas, á menos de una legua del mar y á 500 metros de altitud, en una pintoresca vertiente del monte Cabezó de Oro, y ofrece espléndido paisaje y bellísimo panorama. Abraza cinco manantiales, en terreno cretáceo, variando la temperatura entre 39 y 41 grados. Las aguas, sulfatado-cálcico-magnésicas con otras sustancias, están indicadas para las enfermedades del estómago, del hígado, de la piel y de las vías urinarias, reumatismos, epilepsias, parálisis, etc., etc.

Forma el establecimiento balneario de Busot una calle de entrada que da acceso á una gran plaza, en donde se halla el Hotel del Indostán, que corre á cargo de la conocida dueña de la Fonda de la Marina y del magnífico Hotel de Roma, de Alicante; hay habitaciones en el balneario para las familias que se quieran instalar fuera de la fonda; capilla, en la que se dice misa, correo diario y servicio de coches desde la capital.

Con valer todo esto mucho, es, á nuestro juicio, lo principal que al frente del establecimiento se halle D. Juan Carrió Grifol, médico-director en propiedad y por oposición; de envidiable reputación científica, atento con todos, desviviéndose por atender á los que allí acuden. Si á lo dicho se agrega que Busot es el rincón más hermoso de la provincia de Alicante, cuyos encantos naturales habrían menester para describirlos del pincel de un Fortuny ó de la pluma de un Valera, se com-

prenderá que en ambas temporadas oficiales, y particularmente en la que da comienzo el 1.º de Septiembre y concluye en 20 de Octubre, acudan centenares de personas, no todas buscando alivio á achaques físicos que no tienen, por fortuna, sino movidas por el deseo de disfrutar de aquel delicioso país, que embalsaman las emanaciones resinosas de los pinos y los perfumes de los jazmines.

R.

*
* *

Vindicación de la Gramática castellana, por el doctor D. JOSÉ MARÍA RIGUERA MONTERO, censor de la Academia Española del Uruguay.—Segunda edición, revisada y aumentada con un dictamen sobre el uso de los apellidos españoles. Montevideo, 1891.

Con motivo de la estancia accidental del ilustre señor Riguera entre nosotros, hemos tenido ocasión de admirar este hermoso libro del censor de la Academia del Uruguay; libro tanto más digno de aprecio y estimación, cuanto que á su superior mérito como obra literaria une un alto valor como medio de *españolización* de las Repúblicas sudamericanas, tan influídas hoy por elementos extraños á nosotros y tan adelantadas en lo de ir perdiendo la lengua y la cultura castizas de los inmortales descubridores de América. Cuanto tienda á conservar el habla de Castilla en aquellas lejanas naciones es obra patriótica porque asegura en América nuestra influencia, es obra humana porque sirve de unión entre razas de una gran familia, y es obra de trascendencia artística porque perpetúa el hermoso idioma de Cervantes, del cual idioma dijo con razón Lope de Vega: «Aquí no llega lengua alguna, perdonen la griega y la latina.»

P.

*
* *

Otras publicaciones.

Se ha impreso en precioso opúsculo, con cubierta á dos tintas, el gallardo monólogo que se intitula *La primer noche de claustro*, escrito por D. Luis Cánovas con la maestría que realza todas sus producciones. El ejemplar del folletito se vende á peseta en las librerías de Fe y de Romo y Füssel.

Nuestro estimado colega *El Correo* dedica un artículo en su número de 18 del corriente á asuntos de índole forestal; elogia los importantes trabajos que, bajo la dirección acertadísima del joven y docto catedrático de la Escuela de Montes D. Miguel del Campo, se han emprendido á fin de repoblar las mil hectáreas del monte La Jurisdicción. Más de dos millones de pinos, arces, fresnos y otras especies arbóreas crecen lozanos en el vivero. También aplaude los esfuerzos que otro entendidísimo profesor, D. Pedro de Ávila, auxiliado por el estudioso ingeniero D. Rafael Vélaz, hace para la cría de muchos millares de truchas en la casa llamada del Batán, truchas que más tarde se extenderán por presas y arroyos; y encomia la magnífica estufa que se ha empezado á instalar en la Escuela, según los planos del laborioso y esclarecido profesor D. José Secall. Se ve, por lo que muy brevemente extractamos de *El Correo*, que la Escuela de Montes se halla en un período de fructuosa actividad, iniciada por su digno director D. Juan Crehuet, á quien, por haber ascendido, sucede en el cargo otro ingeniero también muy inteligente, D. José Sáinz de Baranda, para el que deseamos iguales buenos éxitos.

Casta Diva.—Así se denomina un cuento tan notable por lo castizo de la forma como por lo trascendente del fondo, que debemos á D. Romualdo Acevedo Rivero, director del periódico *La Idea Moderna*, de Lugo, abogado elocuentísimo, literato de nota, quien, á residir en Madrid, gozaría ya de renombre en toda España á la manera que lo tiene en Galicia, por su clarísimo talento, fácil palabra, variada instrucción y fino trato. Nuestro sistema centralizador hace que brillen en

la corte personas que, en ocasiones, valen incomparablemente menos que otras de provincias.

Biblioteca del siglo XIX. Tomo 35. *Relatos trágicos*. Barcelona, rambla de Cataluña, 123. En 16.^o, 190 páginas: 50 céntimos de peseta.—Componen este tomito: *Un drama judicial*, por D. José de Siles; *Andrés*, por Carlos Rubio; *La venganza*, por J. Adán Berned, y *La sima de San Pedro*, por José Comas. La fama de los autores nos exime de entrar en detalles. Todas cuatro narraciones ofrecen mucho interés y mantienen la atención del lector.

Diccionario enciclopédico hispano-americano.—Los señores Montaner y Simón han repartido los cuadernos 297 á 301 de esta importante obra. Comprenden desde el artículo *Mamalogía* al artículo *Mark Palmer*, y están ilustrados por multitud de dibujos y con hermosas láminas de colores, como los planos de Manila y Málaga.

R.



BANCO HISPANO-COLONIAL

ANUNCIO

Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba.

EMISIÓN DE 1886

Con arreglo á lo dispuesto en el art. 1.º del real decreto de 10 de Mayo de 1886, tendrá lugar el vigésimo noveno sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1886, el día 1.º de Septiembre, á las once de la mañana, en la sala de sesiones de este Banco, rambla de Estudios, núm. 1, principal.

Según dispone el citado artículo, sólo entrarán en este sorteo los 1.184.500 billetes hipotecarios que se hallan en circulación.

Los 1.184.500 billetes hipotecarios en circulación se dividirán, para el acto del sorteo, en 11.845 lotes de á cien billetes cada uno, representados por otras tantas bolas, extrayéndose del globo catorce bolas en representación de las catorce centenas que se amortizan, que es la proporción entre los 1.240.000 títulos emitidos y los 1.184.500 colocados, conforme á la tabla de amortización y á lo que dispone la real orden de 4 del actual, expedida por el Ministerio de Ultramar.

Antes de introducirlas en el globo destinado al efecto, se expondrán al público las 11.544 bolas sorteables, deducidas ya las 301 amortizadas en los sorteos anteriores.

El acto del sorteo será público y lo presidirá el Presidente del Banco, ó quien haga sus veces, asistiendo además la Comisión ejecutiva, Director gerente, Contador y Secretario general. Del acto dará fe un notario, según lo previene el referido real decreto.

El Banco publicará en los diarios oficiales los números de los billetes á que haya correspondido la amortización y dejará expuestas al público, para su comprobación, las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro del importe de la amortización desde 1.º de Octubre próximo.

Barcelona 14 de Agosto de 1893.—El Secretario accidental, *Manuel García*.

BANCO HISPANO-COLONIAL

ANUNCIO

EMISIÓN DE 1890

Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba.

Undécimo sorteo de amortización.

Con arreglo á lo dispuesto en el art. 1.º del real decreto de 27 de Septiembre de 1890, tendrá lugar el undécimo sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1890, el día 9 de Septiembre á las once de la mañana, en la sala de sesiones de este Banco, rambla de Estudios, núm. 1, principal.

Según dispone el citado artículo, sólo entrarán en este sorteo los 371.850 billetes hipotecarios que se hallan en circulación.

Los 371.850 billetes hipotecarios en circulación se dividirán, para el acto del sorteo, en 3.719 lotes de á cien billetes cada uno, representados por otras tantas bolas, extra-yéndose del globo cinco bolas, en representación de las cinco centenas que se amortizan, que es la proporción entre los 1.750.000 títulos emitidos y los 371.850 colocados, conforme á la tabla de amortización y á lo que dispone la real orden de 21 del actual,

expedida por el Ministerio de Ultramar.

Antes de introducirlas en el globo destinado al efecto, se exprondrán al público las 3 679 bolas sorteables, deducidas ya las 40 amortizadas en los sorteos anteriores.

El acto del sorteo será público y lo presidirá el Presidente del Banco ó quien haga sus veces, asistiendo, además, la Comisión ejecutiva, Director gerente, Contador y Secretario general. Del acto dará fe un notario, según lo previene el referido real decreto.

El Banco publicará en los diarios oficiales los números de los billetes á que haya correspondido la amortización y dejará espuestas al público, para su comprobación, las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro del importe de la amortización desde 1.º de Octubre próximo.

Barcelona 24 de Agosto de 1893.—El Secretario general,
Aristides de Artíñano.